

1
5

D-2
865

COMPRADO

LA HISTORIA

DE ESPAÑA

DE R. P. DOMINGO DE SOTO

De J. Cortillau

Por el Sr. P. José Francisco de Soto

Imprenta y Encuadernación

B.P. de Soria



61116597
D-1 2145

1
45

Dr. J. C. ...

COMPENDIO

DE LA HISTORIA

DE ESPAÑA.

ESCRITO EN FRANCES

*POR EL R. P. DUCHESNE, MAESTRO
de sus Altezas reales los señores Infantes
de España.*

TRADUCIDO AL CASTELLANO

*POR EL R. P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA,
con algunas notas críticas, que pueden servir de su-
plemento, por el mismo traductor.*

CORREGIDO Y ENMENDADO

De orden del Consejo.

TOMO PRIMERO,

que contiene las tres primeras partes.

BARCELONA.

IMPRESA DE SIERRA Y MARTÍ.

1830.

BOULEVARD

THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE



OF THE

OF THE

EL TRADUCTOR.

AL QUE LEYERE.

El año de mil setecientos cuarenta y uno salió á luz en Francia esta bella produccion de la fecunda y hermosa pluma del R. P. Duchesne: apellido que en el idioma castellano corresponde á *Encina*, y desde entonces quedó desairado el arrogante pronóstico de Plauto: *Numquam dedit, nec dabit quercus palmas*. Si se hubiera contentado con ser poeta, sin meterse á pronosticador, quedaria bien puesta su verdad, y no habria que replicar á su sentencia. Hasta su tiempo, y acaso hasta los nuestros ninguna palma se vió nacer de una encina; pero desde que el R. P. Duchesne produjo tantas palmas como hojas en este bellísimo compendio, quedó sonrojado el pronóstico, y floja la sentencia del mejor cómico de los poetas latinos.

Por el mes de enero de mil sete-

cientos cuarenta y dos ya hicieron el extracto de esta obra las memorias de Trevoux en el artículo VI. Los sábios autores de estas memorias, que á ninguno alaban sin mérito, ni perdonan por contemplacion, aun tratan con mayor severidad á los de casa; y si por algun lado se pudiera dudar de su imparcialidad, seria por el rigor con que castigan los descuidos domésticos que parecen mas veniales, escaseando siempre los elogios á los de adentro, quando tal vez parecen prodigos en los que franquean á los forasteros. Esta observacion la pueden hacer cuantos lean con reflexion dichas memorias. No se deja de conocer que es religiosa modestia, fundada en una buena crianza, y en la advertencia que nos hace el oráculo divino: *Laudet te alienus*; pero ni el oráculo ni la crianza hablan con los que se constituyen jueces; los cuales deben hacer justicia igual y seca en ambos extremos de esta virtud, de premio y de castigo sin embarazarse en conexiones.

Como quiera , aquellos sábios jesuitas nada hallaron que censurar; y encontraron mucho que aplaudir en la obra que ahora se publica. Esta es, á nuestro modo de entender, la mayor ponderacion de su estraordinario mérito: dicen que «este com-
»pendio procura á la memoria todas
»las comodidades del órden, y al en-
»tendimiento todas las ventajas de la
»reflexion:» es decir, que no puede ser ni mas metódico ni mas discreto. Esplican mas su pensamiento cuando añaden «que no es este mé-
»todo del número de aquellos cuya
»insuficiencia, ó acaso ridiculez, ha
»dado á conocer la esperiencia.» Sin notar en particular á ninguno se rien en comun de tantos charlatanes, entremetidos á autores, que en vez de métodos, nos venden embolismos, insinuando que seria grande injusticia mezclar al P. Duchesne entre esta *turba multa*.

No se atreven á decir abiertamente que es original en su método, y tienen mucha razon, porque ya se ha-

bian valido de él los dos hombres mas sábios de su siglo ; conviene á saber, los *PP. Petavio y Labbé*, citados por el *P. Buffier* en su práctica de la memoria artificial; pero se puede decir sin miedo de que se culpe la arrogancia , que ninguno precedió á nuestro autor en esta especie de compendio , que en suma son dos compendios en uno. Primero ciñe con inimitable claridad, estrechez y órden todo el vasto cuerpo de la historia á un brevísimo volumen en prosa castiza y fluida : despues compendia este mismo compendio , y le reduce á solos doscientos pies de versos franceses, tan fluidos como la prosa : de manera que la memoria menos feliz puede en una semana decorar en verso toda la historia de España. Para mayor abundamiento vuelve despues en el cuerpo de la historia á usar de los mismos versos en lugar de epígrafes ó cabeza de capítulos , para que con la continuacion de leerlos se constituya en precision de conservarlos , aun la memoria mas tarda, hallándose con

ellos sabidos, casi sin que le cueste la diligencia de estudiarlos. Aun hay en esto otra ventaja, y es que siguiéndose inmediatamente al verso la esplicacion de las especies que excita en prosa algo mas difusa, viene á ser cada verso (como se esplican felizmente los PP. de Trevoux) una especie de anteojo de larga vista, que representa de una ojeada y sin efusion un larguísimo espacio de pais ó de tiempo." Y esta es la singular inventiva que constituye original el método de esta obra, colocándola en clase aparte, y muy superior á las muchas.

« Su estilo (prosiguen los mismos autores) es conciso, como corresponde á un tan corto compendio." Tambien pudieran añadir que es terso, elegante y claro, sin que el trabajo de la concision se halle deslucido con la obscuridad. Por eso está muy distante de quedar comprendido en la nota que hace el mejor de los satíricos de aquellos estilos misteriosos y estrujados, que á fuerza de compri-

mir lo que dicen, no se percibe lo que quieren decir: *Brevis esse laboro? Obscurus fio.*

«Jamás pierde de vista el autor (continúan los mismos PP.) » el fin » que se propone de formar el corazón de sus discípulos por las mismas » luces con que enriquece su ingenio.» Así lo promete en el prólogo, y así lo cumple en la obra. ¡Pero qué autor deja de prometer lo mismo, y qué poquitos son los que cumplen lo que ofrecen! Apenas se encuentra con proemio el libro más infecundo en que no nos hallemos con magníficas promesas de dulzura, de utilidad y de enseñanza, tanto que él

*Omne tulit punctum, qui miscuit
utile dulci,*

se ha hecho como chorrillo de todas las introducciones. Vamos después á la prueba, y hallámonos metidos en un erial, donde si se encuentra algún fruto, es fruto silvestre, insípido, zonzoso y sin jugo, con la pensión de meter la mano entre espinas para alcanzarlo; y con todo eso nos quieren hacer

creer que la obra es un almacén bien proveído de luces para el entendimiento, de impulsos para el corazón, y de sáinetes para el buen gusto; pero tendrá buenas creederas el que se lo deje persuadir sobre la palabra de los prologuistas, y tal vez de los aprobantes.

« Nada falta de cuanto puede contribuir (añaden los sábios críticos) á inspirar el gusto de la virtud, y de una virtud fundada sobre las ideas de una sana política, de una sólida religion, y de la verdadera grandeza.” Este solo elogio, que es comprehensivo del principal mérito de esta obra, basta para engrandecerla sobre todo encarecimiento. Con efecto es así: nuestro autor enlaza tan admirablemente lo historiador con lo religioso, que no pierde ocasion de retratar la virtud ó el vicio, segun la oportunidad sale al encuentro de la narracion. Y esto lo hace con tal arte, que sus reflexiones no parecen añadidas morales, sino cláusulas precisas, sin cuya luz quedaria obscurecida la

claridad de los sucesos, ó el carácter de los personajes. Así se desvia de la impropia intempestiva práctica de aquellos historiadores, que por lucir lo sentencioso, en vez de libros de historia, hacen libros de proverbios; y juzgando añadir ornamentos á su obra, la desfiguran estrañamente: no de otra manera que una hermosura cargada excesivamente de dijes y de joyas, desluce lo bello por hacer vanidad de lo ostentoso.

Ni la virtud que inspiran oportunamente las máximas del P. Duchesne es una virtud puramente filosófica, ó humanamente política, como lo suele ser la que se celebra, y la que se intenta persuadir en la mayor parte de las historias profanas; sino es una virtud fundada en las ideas de una sana política, de una sólida religion, y de la verdadera grandeza. Por eso se podrá observar que jamas refiere con aplauso los aciertos de aquella política que se gobierna por el artificio; y se podrá igualmente reparar que ni aun por descuido celebra con

particular elogio aquellas virtudes naturales que pueden nacer del temperamento, y tal vez de la misma vanidad; no porque las vitupere, cuando sabe muy bien que en su línea son tambien recomendables, sino porque juzga impropio de una pluma religiosa, dedicada á la instruccion de unos Príncipes católicos, enamorarlos de otras virtudes que de las que merecen este nombre con todo el rigor de su significado, dirigidas siempre por una intencion derecha, y derivadas de la instruccion que da el Rey de los Reyes en la política del evangelio. No reconoce otra grandeza verdadera sino la que admite por tal la religion; y en la aduana del P. Duchesne pasa por contrabando de lo heróico lo conquistador, lo valiente, lo magnífico, lo liberal y lo justo cuando no está acompañado de lo pio y de lo cristiano. Esto se entiende en aquellos Príncipes á cuyos ojos del alma llegaron las luces de la verdadera fe: que á los demas, como practiquen en grado superior estas virtudes

naturales por razon , y no por capricho ni por ostentacion, ya se les puede conceder que sean héroes de segunda clase.

Celebrando los PP. de Trevoux estas bellas reglas que observa nuestro escritor , preguntan : “ ¿ En qué consistirá que siendo tan buenas, no las usen muchos, que debiendo ser los maestros del género humano, nada menos son que lo que deben ser? ” Si se hubiera de dar satisfaccion á esta pregunta, se podia responder en pocas palabras, que esto consiste en que hay muchos escribientes, y pocos escritores, porque los mas se meten á este oficio sin legítima vocacion. Pero como por ahora no es de mi instituto censurar los defectos de otros , sino aplaudir las perfecciones de la obra que publico , me contento con desaprobare los primeros, y con hacer visibles por medio de esta advertencia las segundas.

Siendo estas tantas como se dejan conocer de lo que llevamos dicho, aun no se pudieron escapar de que la se-

veridad y la perspicacia de estos sabios críticos descubriesen entre ellas algun defectillo, que ni por venial quisieron perdonarle. « Acaso (dicen) » se reparará tambien que en algunos » lugares se apropia con algo de ex- » ceso algunas frases y espresiones or- » dinarias. » No censuran absolutamente el uso de estas frases en la historia, porque saben bien que constando esta de narracion, descripciones y razonamientos, y concurriendo á componerla tanta variedad de sucesos, unos heróicos, los mas políticos, muchos militares, y algunos tambien caseros, es menester acomodar en ella todos los estilos, y aun todas las locuciones, sin desdeñar las mas humildes, con tal que sean decentes. Sin embargo, notan en el P. Duchesne *algo de exceso* en usar de esta licencia; y yo confieso con ingenuidad que no lo he advertido; antes bien he juzgado que dificultosamente se hallará otra historia que exceda á la presente en la gravedad, en la dulzura, y en la igualdad del estilo medio. Pero esto ¿ qué

prueba? Que las lechuzas no pueden alcanzar lo que penetran las águilas.

Mas aun concediendo este leve lunarillo al compendio de la historia de España, formé tan elevado concepto de su singular belleza en virtud de los elogios con que la celebraban unos hombres de gusto tan esquisito, que desde luego nació en mi deseo una impaciente ansia de leerle. Presto me le contentó la generosidad y la bondad del *R. P. Jaime Antonio Fevre*, preceptor que era tambien á la sazón de los señores serenísimos Infantes, y compañero de nuestro autor en tan elevado ministerio: regalóme con un ejemplar, acompañándole al mismo tiempo de particulares elogios suyos, que pudieran parecer encarecimientos á quien no tuviese tan conocida y tan experimentada como yo la moderación con que en todo se aplicaba el *P. Fevre*. Esto aumentó imponderables realces á la sublime idea que ya tenia formada de esta obra. En alguna mas que ordinaria comunicacion con que me habia honra-

do la bondad del *P. Fevre*, habia conocido que este insigne jesuita era un filósofo excelente, un teólogo consumado, un canonista de los mas bien instruidos, un crítico nobilísimo, adornado de una erudicion tan vasta, tan escogida en todo género de literatura seria y amena, que desde luego le veneré como á uno de los hombres mas llenos y mas cabales que habia tratado. Un voto de este carácter elevó hasta lo sumo el anticipado concepto que ya tenia formado de este compendio.

Con su lectura creció la estimacion, y al mismo tiempo el desconsuelo de que una obra tan excelente, en que interesaba tanto nuestra nacion, estuviese como escondida á la mayor parte de ella en idioma forastero. Así llamo á la lengua francesa; porque aunque se ve hoy tan introducida en España, que ya se tiene por hombre muy vulgar el que la ignora, y muchos por aprenderla han olvidado la propia (llegando la estravagancia de infinitos á mirar con asco el idioma

castellano, si en su pronúnciacion no fingen el dialecto, y no remedan los barbarismos franceses); esta igualmente risible que deplorable ligereza de muchos indignos españoles, no quita que haya en España otros muchos mas hombres verdaderamente serios, y verdaderamente sabios, que para serlo no han menester la noticia de esa lengua. En gracia pues de estos, á quienes tributo mayor veneracion que á los que son meramente sabidillos de corbata, me condolia de ver una obra tan excelente retirada de su noticia y de su voto; y aunque sentí desde luego algunos impulsos de dedicarme á su traduccion, me desviáron prontamente de este pensamiento dos poderosos motivos.

El primero la falta de tiempo para aplicar la atencion á este género de estudio, que aunque al parecer ligero, siempre habia de consumir algunas horas. Dedicado por la obediencia á las graves tareas de una seria y tirante cátedra de teología, á las que era preciso añadir otras inescusables funcio-

nes de púlpito, seguidas de la indispensable carga del confesonario, aumentado todo con la sobrecarga de otros negocios y cuidados que trae necesariamente consigo la aplicacion á estos ministerios; no era fácil hallar tiempo para divertirse á distintas atenciones.

El segundo motivo era la justa desconfianza que tenia de mi suficiencia para el desempeño de esta traduccion. El traducir como quiera, es sumamente fácil á cualquiera que posea medianamente dos idiomas; el traducir bien es negocio tan árduo como lo acredita el escasísimo número que hay de buenos traductores, entre tanta epidemia de ellos. Cuando son muchos los que conspiran en un empeño, y pocos los que le logran, es la mayor prueba de su dificultad. Los eruditísimos diaristas de España en su incomparable obra del diario, la mas útil que hasta ahora salió á luz en nuestra lengua, y por esto duró poco, hablando de este punto en el tomo 1.^o artículo 12 dicen lo siguiente:

“ El empeño de traducir el castellano
“ del idioma frances ha parecido en
“ nuestro siglo muy fácil á muchísi-
“ mos ; pero con todo esto nos atre-
“ vemos á afirmar sin la zozobra de
“ una justa retractacion , que en la
“ multitud de traducciones que en él
“ se han publicado, exceptuando las
“ de la vida del grande Teodosio , y
“ del catecismo histórico del abad
“ Fleuri , se pueden equivocar, á cor-
“ ta diferencia , todas las demas con
“ las del señor **, á quien les falta
“ mucho para tenerlas por buenas ; y
“ acaso habrá quien las dispute lo to-
“ lerable.”

Refiero, no adopto el rigor de esta severa censura según toda su latitud. Ni la pudiera adoptar en su estension sin una notoria inconsecuencia ; porque en mi prólogo á la *vida del gran Teodosio*, que publiqué en mis juveniles años, propuse entre otras, como modelo de buenas traducciones la del *Retiro espiritual*, hecha por el R. P. Gabriel Bermudez, confesor que fue de Felipe V. Esta tra-

duccion , que es *del idioma frances al castellano*, y se trabajó en este siglo (con cuyas dos limitaciones se debe entender la censura de los diaristas), no puedo comprehenderla en su rigor , porque me confirмо en mi primer dictámen ; y si fuera de mi incumbencia hacer crisis de esta crítica , acaso me pareceria tambien reservar de ella á tal cual traduccion, aunque muy rara , de este siglo y de este idioma.

Sea de esto lo que fuere , los sábios diaristas acreditan mi voto con el suyo , conviene á saber , que es empeño superior á regulares esfuerzos traducir con propiedad y con aire. Pruébanlo despues apuntando las primeras y mas principales reglas de una buena traduccion, y afirman que
” á todas faltan comunmente nues-
” tros traductores ; *porque* aunque es
” muy notoria y sabida la teórica de
” las leyes , se olvidan ó se despre-
” cian en llegando á la práctica.” Pe-
ro ninguno hizo mas visible esta dificultad con igual nervio y discrecion

que D. Gomez de la Roche en su cultísimo prólogo á la traduccion de la *Filosofía moral* del conde Manuel Tesauro. A él remito á mis lectores por no detenerlos ociosamente en asunto tan trivial.

El conocimiento de estas dificultades acobardaba los primeros impulsos que sentí para entretenerme en esta traduccion. Ni me alentaba mucho el favorable voto de los diaristas á mi primer ensayo en esta especie de trabajo; ya porque aunque los juzgo imparciales y justos, no los tengo por infalibles; y ya tambien porque el mayor comercio con los libros, el mas continuado ejercicio de entrambas lenguas, y la edad madura en que me hallo, lejos de darme mayor aliento, me desmaya mas. Los pocos años siempre son animosos: el que despues de cuarenta no es cobarde, bien puede haber estudiado mucho, pero ha adelantado poco.

Sobre estas dificultades generales, me encontraba con otra muy particular en la traduccion de esta obra. Con-

sistia esta en la difícil traslación del verso francés al castellano, en cuyo ejercicio jamás me había probado. Desde luego se me representó esto como un escollo insuperable. Primero había de lidiar con la perfecta comprensión del concepto, sin lo cual no era posible explicarlo en nuestro idioma; y esto no era tan fácil como puede parecer á primera vista. No es lo mismo entender medianamente una lengua forastera cuando se explica con las frases ordinarias, y en estilo corriente ó libre de la prosa, que cuando se estrecha y en cierta manera se oscurece, ya con las frases sublimes, y ya con las locuciones figuradas del verso. Aun respecto de la misma lengua nativa suele esperimentarse esta diferencia. ¡Cuántos penetrarán con perfección todo lo que dice el discretísimo don Antonio de Solís en su elegante *historia de la nueva España*, que no formarán ni aun una mediana idea del alma que centellea en sus sonetos!

Después tenía que vencer otro no inferior estorbo. Aun cuando se suje-

tase á mi comprehension el concepto del verso frances, restaba el empeño de reducirle sin desaliño y con aire al verso castellano. Esto se me figuraba sumamente árduo. Lo primero porque no tenia noticia de que hasta entonces ningun otro lo hubiese intentado. Lo segundo por la enorme diferencia, y aun casi oposicion de principios, sobre que giran la poesía castellana y la francesa: aquella remontada, esta casi sin levantarse del suelo: aquella haciendo ostentacion del artificio, ésta haciendo artificio de la misma naturalidad: aquella huyendo con estudio de las voces comunes, ésta buscando con cuidado las mas usuales: aquella embozándose entre alusiones y figuras, ésta no practicándolas sino para burlarse de ellas. Y aunque por esta razon no es tan dificil la inteligencia del verso frances como la del castellano, por la misma es menos fácil la version; de manera que no suene con flojedad en nuestra lengua.

Aun habia que vencer otra mayor dificultad en los versos del compen-

dio. Como estos son puramente históricos, y su mayor gracia consiste en ceñir á menos cantidad todas las especies que excitan, hallé ser absolutamente imposible (á lo menos así lo concebí) estrecharlos en castellano al mismo número de pies que tenían en el original. El verso endecasílabo frances consta de trece sílabas: el castellano que hoy está en uso de once; y es mucha la ventaja de dos sílabas en cada pie, para que se pueda decir mas en una lengua que en otra.

Acobardado con el peso de estas dificultades que se me representaban con viveza, habia dado de mano al ofrecimiento que tuve de aplicarme á esta traduccion, cuando de repente me hallé empeñado en ella por una de aquellas precisiones á que no puede negarse con decencia la atencion y el reconocimiento. El *R. P. Fevre*, primero de palabra, y despues por escrito, cuando se hallaba ya dirigiendo la real conciencia de Felipe V, me instó con el mayor empeño á que me aplicase á esta obra, sin hacerle fuer-

za las espresadas razones en que se fundaba mi desconfianza, las que le propuse con religiosa ingenuidad.

Respondió á la primera que la misma seriedad y tirantez de las otras tareas, ministerios y ocupaciones pedia de justicia alguna honesta distraccion hácia otro género de estudio menos laborioso, que fuese descanso, y no fuese ociosidad; y que pues necesariamente habia de buscar algun otro recreo, no era fácil encontrarle mas útil ni mas proporcionado. Satisfacia á la segunda acordándome el buen acogimiento que habia logrado en el público mi primera traduccion del Teodosio, como lo acreditaba el calificado voto de los diaristas, y el pronto despacho de las dos impresiones que se hicieron en dos años; significándome que si habia experimentado esta fortuna en una obra trabajada en edad menos madura, y cuando estaba apenas con los principios del ejercicio en el idioma frances, no era verosímil que fuese menos afortunada la que deseaba emprendiese, cuando me halla-

ba constituido en circunstancias tan distintas. Finalmente, respondia á la tercera que no podia yo saber si alcanzaban ó no alcanzaban mis fuerzas á convertir el verso frances en verso castellano, mientras no hiciese la experiencia; porque no pocas veces se puede mas de lo que se piensa, aunque es mas regular poderse mucho menos de lo que se presume. Y aunque me confesaba la dificultad de reducir los versos franceses á igual número de pies en nuestro idioma, me exhortaba á que no me embarazase en este pequeño tropiezo; porque aunque se duplicase y se triplicase el número en la traduccion, siempre quedaria bastantemente ceñido para el socorro de la memoria. Concluia en fin la carta con esta obligante espresion: *Y sobre todo espero que V. R. no me negará este gusto.*

A quien pide lo que puede mandar, y á quien obliga tanto con el modo de pedir, ¿cómo es facil resistirse? Sobre la superioridad que le daba la elevacion de su empleo, tenia otros

mil motivos personales que dejaban sin mérito mi rendimiento, aun en asuntos mas árduos; y así desde luego me dediqué á complacer al *P. Fèvre*. Cinco años ha que dí principio á la obra, pareciéndome que era negocio de pocos meses de verano. Con efecto, en breves dias vencí la principal dificultad de la traduccion del verso, aunque sin atarme ni con moderada servidumbre á las voces del original, atendiendo únicamente á esprimir bien el concepto, sin embarazarme en que para esto se multiplicasen los pies. Comunicué lo escrito con sugeto de mi mayor confianza, y admitido en toda España por voto de la mayor excepcion. Alentóme á la continuacion con grandes encarecimientos, despues de haber advertido mi ignorancia con dos breves correcciones, á las cuales me rendí con gustosa docilidad. Pero en cuatro años despues apenas pude dar plumada.

Los extraordinarios embarazos que, encadenándose unos con otros, se añadieron á las ocupaciones ordinarias; el

quebranto de la salud, y otros accidentes que sobrevinieron, que si no turbáron mucho el corazon, dejáron poco lugar al exterior sosiego; absolutamente me imposibilitáron aplicar la atencion á este cuidado: pero habiendo debido de algunos meses á esta parte á la piedad del cielo y de los superiores un género de vida retirada y quieta, en que recobradas las fuerzas, y restituido á mi robustez, puedo disponer del tiempo sin afan y sin atropellamiento, me entregué con alguna seguida aplicacion á esta tarea. Pudiera, al parecer, entibiarme ya en este cuidado la diferente constitucion en que se hallaba el que mas me obligó á él.

Estaba muy bien servido Fernando VI del zelo, de la religiosidad y del amor del *P. Fevre*, por cuya acertada direccion corrian las dos reales conciencias de Rey y Reina. Pero corriendo hácia el fin el primer año de su reinado, llegó á entender el Rey que no obstante el universal aplauso que merecian á toda la nacion los

aciertos de su confesor frances, seria mayor el consuelo de los pueblos si se confiase este ministerio á un español. Esto bastó para que sacrificase la inclinacion que tenia á la persona del *P. Fevre*, al gusto y al mayor bien que se representaba en el dictámen general de sus vasallos. Exoneróle pues de su empleo por medio de un papel sumamente honorífico y satisfactorio, dejándole con todos los honores y con el sueldo de cuatro mil ducados, sin admitir la renuncia que hizo de este con religioso desinterés y modestia, y permitiéndole se retirase á su colegio de Estraburgo, como lo pidió con instancia el mismo padre. Esta novedad parece que si no me descargaba del todo, á lo menos me aliviaba mucho del empeño contraido. Pero por el contrario, nunca me juzgué mas empeñado en el cumplimiento de mi palabra; porque jamas he sido de ánimo tan humilde, que me hiciesen fuerza mas que para la exterior veneracion los dictados postizos de los sugetos, yéndose siempre en derechura el culto y el

aprecio del corazon al mérito sustancial de las personas.

Por lo mismo pues me apliqué con mayor satisfaccion mia á complacer á este insigne jesuita , cuando ya no podia esperar otra recompensa de este obsequio que la de asegurarme mas en su benevolencia. Corrió la pluma por la traduccion sin especial embarazo en aquellos primeros siglos de la monarquía española , porque hallé el original bastantemente conforme con las noticias de nuestros mejores autores ; y es que hasta entonces tenia poco ó ningun interes la monarquía francesa con la nuestra. Pero apenas comenzaron á mezclarse los intereses de las dos naciones , cuando observé que el P. Duchesne deferia á mi parecer algo mas de lo justo á sus escritores , desviándose de lo que decian nuestros nacionales. Pudo ser , como es muy natural , estar mas versado en los suyos que en los estraños ; pero no sé si todos admitirán por legítima esta disculpa ; porque en un escritor que toma á su cargo la historia de una na-

cion, parece obligacion precisa consultar mas á los domésticos que á los forasteros, por la regla general de que «mas sabe el necio en su casa que el cuerdo en la agena.»

Ni es descargo la parcialidad que se supone por lo comun en los autores nacionales; porque de esa manera seria menester desconfiar de todas las historias, siendo muy contadas las que no estan escritas por los de la misma nacion. Fuera de que en todo el mundo está tan acreditada la veracidad española, que muchos se rien de ella como excesiva, notándonos no pocos críticos de tan secos y tan poco elogiadores de nuestras cosas, que antes declinamos al extremo de despreciarlas que de encarecerlas; y no falta quien califique esta ingenuidad nacional con el impropio nombre de *orgullo español*. Pero cuando todo esto no fuera así, no debiera el P. Duchesne fiarse tanto de los autores franceses para la historia de España, porque son muy notorios los justos títulos que tenemos para recusarlos por testigos ó ca-

lificadores de nuestras glorias pasadas.

Ademas de la singularidad con que el P. Duchesne referia algunos sucesos, observé que tambien suprimia otros que no eran para del todo callados, cuando no cupiese su estendida relacion en la estrechez del compendio. Asimismo se me hizo reparable tal cual crítica pasagera, que á mi modo de concebir no correspondia tan exactamente al carácter de las personas, ó de las materias sobre que caia, aunque por lo comun la miraba muy exacta, juiciosa y arreglada. Esto me hizo pensar que era preciso añadir al compendio algunas notas: unas por via de lenitivo, y otras por via de suplemento; pero unas y otras esplicadas con la modestia que debe hacer el principal carácter de toda pluma religiosa: con la veneracion á que son acreedores de justicia los elevados talentos de nuestro autor; y con la cariñosa fraternal cortesanía con que deben tratarse los hijos de una misma madre, que pueden muy bien discurrir con

diversidad, sin que por eso dejen de amarse con estrechez.

Antes de poner en ejecucion este pensamiento le comuniqué con el mismo *P. Fevre*, quien en carta de 25 de mayo de 1745 me espresa que no solo no halla inconveniente en que prosiguiese la traduccion con la adiccion de las notas, sino que concebía en eso mucha mayor utilidad, previniendo únicamente con estimable dignacion que no las mezclase en el cuerpo de la historia, por no interrumpir el hilo de la narracion, sino que las reservase para el fin de cada reinado. Así lo he practicado, arreglándome á un consejo tan prudente; y solo debo advertir que si he dejado algunos reinados sin escollos, no es porque no hubiese bastante que añadir en todos ellos, sino por ceñirme precisamente á lo que me parecia muy sustancial y casi indispensable.

Estas adiciones son tambien las que han contribuido no poco á que se dilatase tanto la conclusion de esta obra; pues luego que entré en alguna des-

confianza de tal cual suceso, y que una ú otra noticia no me parecia tan arreglada á lo que tenia leído y observado: entré tambien en necesidad de consultar mis dudas con la mayor parte de nuestras historias; diligencia inescusable que necesariamente habia de consumir mucho tiempo, pues tal vez estuve leyendo dos semanas para poder escribir con mediano pulso dos solos renglones. Añadiéndose á esto la suma escasez de libros en el retiro en que me hallo; fue menester valerme de algunos eruditos ausentes que me honran con su amistad, encomendando á su exámen varios puntos, y esperar la averiguacion hasta que se lo permitiesen sus tareas, y encomendasen las respuestas á la perezosa lentitud de los correos.

Nada mas tengo que prevenir en este prólogo: solo advierto al público, que si este género de estudio le mereciere alguna aprobacion, procuraré continuarle mientras me hallare con fuerzas; cuidando de que la

eleccion recaiga en obras que no tengan equivalente en nuestro idioma, y que por otra parte sean de notoria utilidad. Varios sugetos verdaderamente sabios, pero demasiadamente benignos, que no me conocen bien, han procurado con el mayor esfuerzo desviarme de esta especie de tarea, tratándola de nimiamente mecánica, y adelantándome con muy errado concepto á que emprendiese alguna obra que fuese de mi cosecha. He vivido y viviré siempre muy reconocido á su excesiva merced; pero bien atrincherado dentro del conocimiento propio, que verdaderamente en nada me engaña (porque me hace ver con la mayor claridad hasta donde llega la suma limitacion de mis facultades; y no solo no me disimula mis defectos, advertidos de los demas; sino que me pone á la vista otros mil que á ellos se les encubren) me he resistido y me resistiré siempre á semejantes instancias; porque por una parte para ser mero copiante ó farraguista, no me hallo

con humildad ; y por otra , para ser escritor, me falta estudio y talentos.

A P É N D I C E .

Estaba ya para darse á luz esta obra , revista y aprobada por la compañía , y entregada en Madrid para solicitarse la licencia del consejo, cuando de repente se publicó la traduccion del mismo compendio , hecha por el *P. Antonio Espinosa*, de nuestra compañía , cuya feliz laboriosidad en este género de estudio está bien acreditada. En vista de esto , se pensó en suprimir este trabajo, como ya menos necesario, y porque no presumiesen se habia hecho en emulacion del primero aquellos entendimientos vulgares , que colocan el discurrir bien en juzgar de todo mal : sin embargo de que seria fácil convencerlos, que no solo no se tenia la menor noticia de esta obra; pero ni prudentemente se podia imaginar que el *P. Espinosa* tuviese tiempo para dedicarse á este en-

tretenimiento, cuando estaba ocupado en otro empeño tan laborioso y tan vasto. ¡Qué léjos estaria yo de pensar en una competencia, tan agena de mi profesion como de mi genio, cuando no me podia pasar por la imaginacion que el *P. Espinosa* se divirtiese á este asunto!

Con todo eso me costó poca dificultad conformarme con este dictámen, porque ni soy indócil, ni soy hombre esgrimidor. Pero considerando el punto con nueva reflexion, se juzgó que se podia, y aun se debia dar á luz esta traduccion por las razones siguientes.

I.º Las dos traducciones se deben considerar como dos obras diferentes en la substancia y en el modo, aunque convengan en la materia. Una es literal, otra parafrástica; una atada al texto, otra libre y desembarazada; una con multitud de notas históricas y críticas, que aumentan considerablemente el original, otra sin ellas. La del *P. Espinosa* añade al original lo que le faltaba desde el

año de 1735 hasta el de 1749: la mia solo hace un brevísimo reclamo de lo sucedido hasta el de 1742, y en él se cierra la obra por justos respetos. El *P. Espinosa* enriquece su traduccion con una difusa descripcion geográfica de España: la mia sale á luz sin este adorno.

2º A ninguno que tenga la razon bien puesta y sano el corazon le puede hacer emulacion (si no que sea aquella emulacion honrada que se llama noble y de buena casta) que dos hijos de una misma madre trabajen en ilustrar á un hermano suyo. ¿Y quién duda que las diferentes versiones de una obra la ilustran ó la acreditan, siendo un gran testimonio de su mérito que muchos conspiren, y como que se apresuren á comunicársela á sus naturales, y hacérsela gustar con diversos condimentos? Nunca se hicieron mas estimables en Francia las obras del grande Plutarco, que cuando se viéron empeñadas en su traduccion dos de las mas famosas plumas que ha producido

la academia francesa; primero la de *Mr. Amiot*, y despues la de *Mr. Bacheo*, señor de *Meziriac*. La grande estimacion con que corre en toda España la *introduccion á la vida devota de san Francisco de Sales* se debe en gran parte al zelo con que casi á un mismo tiempo se aplicáron á traducirla el célebre *don Francisco de Quevedo*, y el laborioso *don Francisco de Cubillas Donyague*.

Pero no salgamos de casa, y vayan solos tres ejemplares domésticos por no molestar, y todos tres terminantes, por ser en materia de pura traduccion. Los *PP. Giatino*, y *Cornaro*, aquel en Venecia, y este en Génova, tradujéron en latin la historia del concilio de Trento, escrita en italiano por el *cardenal Palavizino*. Los *PP. Sirmondo* y *Saliano*, viviendo juntos en el colegio de París, tradujéron á competencia un manuscrito hebreo que se halló en la librería del mismo colegio; y aunque se dividiéron los votos de la Francia, porque unos celebraban una tradue-

cion, y otros otra, nunca se desuniéron las voluntades de aquellos dos grandes jesuitas, que siempre se conserváron estrechísimos amigos; sabiendo bien que esto de los aplausos va en gustos, y que no pocas veces acredita mas la fortuna que el mérito de las obras. El año de 1709 dió á luz su traduccion de Horacio el *P. Luneville*, maestro de retórica del colegio de Leon; el año siguiente publicó la suya el *P. Tarteron*: ambas fuéron aplaudidas, porque ambas merecian serlo cada cual por su camino. ¿Pues por qué no podrémos hacer el *P. Espinosa* y yo lo que hicieron tantos otros (y toda gente honrada) que nos precedieron?

3º Finalmente, cuando se publique esta traduccion, ya habrán pasado cuatro años despues que se divulgó la primera: tiempo muy sobrado para que se haya agotado aquella impresion y mas, segun el ansia con que se arrojáron á ella los

eruditos; con que podrá pasar esta por edicion segunda, añadida por un amigo del autor.

PROLOGO.

A un historiador le es muy fácil ser prolijo ; pero no le es igualmente fácil ser compendioso y ser claro. Sin embargo el que quiere ceñirse á los términos de su asunto, tocando de él lo necesario, y omitiendo lo superfluo, se dilata poco, y adelanta mucho. En los epítomes principalmente se deben tener muy presentes estos dos puntos. Puédese en ellos reducir á breve volumen la historia profana de una monarquía ilustre y antigua, desembarazándola lo primero de todos los sucesos eclesiásticos que no tienen connexion con el gobierno civil. Lo segundo, de las tradiciones apócrifas, que siempre se entremeten á llenar los vacíos de los primeros siglos. Cada nacion tiene sus fábulas ; pero el referir fábulas no es hacer historia. Lo tercero, de una inmensidad de sucesos estrangeros, que no tienen otro parentesco con el asunto que el

del tiempo, y el de la vecindad; lo contrario no será escribir historia de una monarquía, sino de todos los estados confinantes. Lo cuarto, de aquellos incidentes maravillosos, y de aquellas digresiones episódicas que suele introducir el historiador para que los lectores descansen en el camino. Semejantes adornos, tan impropios á un lector de juicio, mas le fatigan que le recrean, y mas le cansan que le divierten; va buscando la instruccion, y se halla con el entretenimiento.

Lo quinto, se deben descargar los compendios (y no fuera desacierto no cargar tanto á las mismas historias extendidas) de tantas y tan molestas arengas en que el escritor quiere lucir lo retórico, y desluce lo historiador, vendiendo por discursos agenos las propias fantasías: de tantos artificios soñados y de tantas negociaciones fingidas, como se suponen á los que hacen papel en la historia; y finalmente de tantas menudencias, cuentecillos y particularidades indignas de que se les haga lugar en la historia de una nacion.

Y lo sexto, se debe cercenar considerablemente la prolija y fastidiosa descripción de sitios, marchas y batallas en que el autor parece que arrima la pluma, y empuña el baston de general, descubriendo con sobrada claridad el hipo de acreditarse hombre á quien se le alcanza un poco el arte de la guerra, cuando no pocas veces se muestra muy forastero en ella. Ahorraráse al público dinero, tiempo y paciencia siempre que se le ofrezca una historia desembarazada de estos despropósitos. Esto y no mas es lo que pretende el autor de este compendio.

En la historia de España no se descubren los primeros crepúsculos de la verdad hasta que desembarcaron en ella los fenicios y los cartagineses: por eso se da principio á este compendio desde aquel tiempo hasta nuestro siglo.

Divídese en cinco partes, correspondientes á las cinco principales revoluciones de la monarquía. En la serie de los Reyes solo se cuentan los que verdaderamente reinaron en Es-

paña ; no los usurpadores que se arrojaron al trono, pasando por encima de los legítimos Soberanos que aun vivian : ni de aquellos Príncipes niños, Monarcas titulares, que solo tuvieron el nombre mientras otro poseia la magestad ; ni finalmente de los que se fueron al sepulcro sin mas posesion de Reyes que la del derecho á la corona.

La multitud de Monarcas que á un mismo tiempo reinaron en diferentes rincones de España, y la identidad ó semejanza de sus nombres, servirian al lector de tropiezo en el gusto, de embarazo en la memoria, y de confusion en la idea. Para prevenir estos inconvenientes se ha procurado reducir todos aquellos Reyecillos y todos aquellos reinezuelos á la monarquía dominante como á centro de la unidad. La monarquía dominante en los primeros tiempos fue la de los visogodos, que se sorbió los estados de los vándalos, de los alanos, de los suevos y de los romanos. Despues de la invasion de los moros fue do-

minante, respecto de los cristianos, aquella monarquía en que sucesivamente se unieron los reinos de Oviedo, Asturias, Leon, Castilla, y finalmente de España. La corona que en la primera línea de los Reyes godos fue electiva, pasó á ser hereditaria en la segunda, estendiéndose el derecho de la herencia á entrambas líneas, masculina y femenina. Los sucesores de Pelayo la dividieron y la multiplicaron, hasta que el matrimonio de Fernando el *católico*, heredero de los estados de Aragon, con la reina Isabel, heredera de los de Castilla, volvió á reunir las coronas en las sienes de su hija la princesa doña Juana, que por el matrimonio con el archiduque Felipe el *hermoso* los pasó á la casa de Austria.

Los moros por su parte fabricaban monarquías de cada provincia, y hacian córtés de todas las ciudades principales que rendian. Cada mañana amanecía un nuevo Rey, y cada semana aparecia un nuevo reino. Tanta máquina de nombres bárbaros,

y poco accesibles á la pronunciacion, serian obscuridad en el texto, y fatiga en la memoria : por eso (á reserva de los mas sobresalientes) todos los demas son comprendidos en el nombre general de infieles, bárbaros, sarracenos y africanos.

De buena gana se hubiera conformado el autor con el estilo de los mejores historiadores que dejan á las ciudades, á las provincias, á los rios etc. con aquellos diferentes nombres que tenian segun los diversos tiempos de la historia; mas por condescender con los que ignoran la geografia antigua, ó con los que carecen de las antiguas cartas geográficas, pareció mas conveniente en materia de nombres apuntar los antiguos, y usar de los modernos; siendo muy puesto en razon parecer menos sabio por hacerse mas inteligible. Por este mismo principio añadió al texto de la historia el mapa ó la carta geográfica de España: dispuso una tabla cronológica de los Reyes, y notó al márgen los años en que acaecieron los sucesos principales.

Empeñado el autor por el empleo con que le honró la piedad de sus Magestades católicas en dar lección de la historia de España á Príncipes y Princesas de tierna edad, no pudo usar ni de la excelente historia de Mariana, por ser tan estendida, ni de la elegante de las revoluciones de España por ser tan limitada; con que se vió precisado á disponer un compendio para el uso de sus Altezas reales, proporcionado á la comprehension de sus delicados años, y arreglado á las demas ocupaciones que corresponden á la elevacion de su augusto nacimiento: reduciendo despues el mismo compendio á doscientos versos franceses, que encomendados á la memoria, ó por juguete ó por habilidad de la niñez, bastarán para conservar siempre muy viva y muy presente la substancia de la historia. Y como sus Altezas reales poseen igualmente el idioma frances y el castellano, no debe hacer novedad que se hubiese escrito esta obra en el primero. Ni mucho menos debe estrañarse verla á trechos, y acaso con

alguna mayor frecuencia, entretejida de máximas cristianas, y de reflexiones morales; porque la obligacion y la profesion del autor le empeñaban en aplicarse con mayor desvelo á formar unos Príncipes cristianos que á sacar unos discípulos eruditos. Después de haber enseñado á sus Altezas reales la esfera, la geografia universal, el blason, la aritmética, la cronología y la historia eclesiástica, los introdujo á la profana, poniendo en sus reales manos esta, que les interesa mas que todas. Los grandes talentos de que les ha dotado la divina Providencia, los hace capaces de aprender todas las ciencias, y su nobilísima docilidad á ninguna se resiste.



MAPA DE ESPAÑA 1817

SUMARIO
DE LA HISTORIA
DE ESPAÑA

EN VERSO.

PRIMERA PARTE.

Reino de los cartagineses y de los
romanos en España.

*Libre España, feliz independiente,
Se abrió al cartaginés incautamente.
Viéronse estos traidores
Fingirse amigos para ser señores;
Y el comercio afectando,
Entrar vendiendo por salir mandando.
Los tesoros que abriga en cada entra-
ña,
Viboreznos ingratos para España,
Rompiendo el seno, que los cubre en
vano,
Cebáron la ambicion del africano.*

Roma envidiosa, con mayor codicia,
 Hace razon de estado la avaricia:
 Que estando en posesion de usurpadora,
 El serlo mas Cartago la desdora,
 Echar de España intenta al de Carta-
 go,
 Y antes se sintió el golpe que el amago.
 Su soberbia se humilla
 De Asdrúbal á implorar la infiel cu-
 chilla,
 Y á los ojos de Aníbal, en un punto,
 Ciudad, pueblo y ceniza fue Sagunto.
 Roma en cuatro funciones destrozada,
 Pasa á España en ejércitos formada:
 Y el español rendido,
 Contra su libertad toma partido;
 Y juntando su mano á las ajenas,
 Él mismo se fabrica las cadenas.
 Cartago cede en fin; Asdrubal huye;
 Y asegura Escipion lo que destruye.
 Viriato guerrero,
 Pasando de pastor á bandolero,
 Y de aquí á general el mas famoso,
 Gefe fue á los romanos ominoso;
 Pues solo en catorce años con su gente,
 Seis veces venció á Roma heroicamente:
 Pero el cobarde bárbaro romano

*Fraguó su muerte por traidora mano.
Numancia, horror de Roma fementi-
da,*

*Mas quiso ser quemada que vencida.
Desterrado Sertorio á las Españas,
En italiana sangre sus campañas
Inundó vengativo;*

*Hasta que mas dichoso y mas activo
El gran Pompeyo puso á sus furores
Sangriento fin de muertes y de horro-
res.*

*Atónita la España á golpe tanto,
El valor cambió á miedo: y con espan-
to,*

*Cuando esperaba mas crueles penas,
Agradeció á Pompeyo las cadenas.
Pero el mismo Pompeyo fue vencido
De César, su rival esclarecido.*

*Lérida lo dirá con sus murallas,
A un mar de sangre márgenes y va-
llas:*

*Como Munda lloró en sus baluartes
La rota, en sus dos hijos, de dos Mar-
tes.*

*Octavio entró en España, y su milicia
Rindió á Cantabria, Asturias y á Ga-
licia:*

*Con que sujeta España á los romanos,
Doradas las esposas á las manos,
De sus conquistadores,
Convirtiendo en remedios los horrores,
Recibió ceremonias,
Lengua , ritos , costumbres y colonias.*

SEGUNDA PARTE.

Reino de los godos hasta la irrupcion
de los sarracenos.

QUINTO SIGLO.—400.

Despues del nacimiento de Cristo.

*A*l año cuatrocientos, el alano,
El godo, el suevo, el vándalo inhu-
mano,
De las cobardes manos que la tratan,
La España á viva fuerza se arrebatan.
Ataulfo valiente,
En cuya heróica frente
De los godos descansa la corona,

Ocupando á Tolosa y á Narbona,
 Se acantona en Gascuña,
 Y estiende su cuartel á Cataluña.
 Mas Valia, belicoso, á los romanos
 Redujo, suevos, vándalos y alanos.
 Teodoredo y Aecio coligados
 En estrechos tratados,
 Con Meroveo, que reinaba en Francia,
 De Átila humillaron la arrogancia.
 Teodorico, hecho rey de fratricida,
 Rindió á otro fratricidio reino y vida;
 Al Suevo orgulloso
 Privó de rey, de reino y de reposo.
 Hízole tributario;
 Pero Eurico mas vano y temerario,
 Le quitó la corona enteramente;
 Y estendiendo su imperio estrañamen-
 te,
 A Toledo ocupó, y en marchas listas
 Dilató hasta la Francia sus conqui-
 tas.

SEXTO SIGLO.—500.

La vida de Alarico fue trofeo
 En quinientos del grande Clodoveo;
 Y con su muerte, el godo

Cuanto en Francia ocupó, perdiólo todo.

*Amalarico en sus mas tiernos años
Subió al trono por fuerza y por engaños;*

*Y ultrajando á Clotilde cruelmente,
Aunque esta esforzó un tiempo lo paciente,*

*Cansada la paciencia y la esperanza,
Le hizo sentir al cabo su venganza.*

*A Teudis mortalmente un puñal hiere,
Que quien á hierro mata, á hierro muere.*

*El frances acomete á Zaragoza;
Y cuando casi su posesion goza,
Reprimido el encono*

*A vista de Vicente, su patrono,
Retrocede en efecto;*

*Y el que antes fue furor pasó á respeto.
Teudiselo cruel y lujurioso,*

Ya torpe, ya furioso,

Todo lo mancha, todo lo atropella,

No perdona á casada ni á doncella,

Hasta que al fin, cansado el sufrimiento,

Con su sangre lavó su atrevimiento.

Agila en lo lascivo no le imita,

*Mas en lo ocioso sí; con esto irrita
 Tanto el desprecio del soldado fuerte,
 Que comenzó motin, y acabó muerte.
 A los franceses se une Atanagildo,
 Y al débil Liuva sigue Leovigildo:
 Padre, herege y tirano de un rey santo,
 Al griego, al suevo, al cántabro es es-
 panto.
 Su hijo Recaredo le sucede,
 Con quien tanto la luz, la verdad puede,
 Que á sí y á su nacion de secta arriana
 Obediente rindió á la fe romana.*

SEPTIMO SIGLO.—600.

*Liuva, Witerico y Gundemaro,
 Con Sisebuto (¡ caso extraño y raro !)
 Aunque poco hazañosos,
 Lograron unos reinos venturosos.
 Suintila en la guerra adquiere gloria,
 Y en la paz es horror en la memoria.
 Al frances Sisenando y á su espada
 Debe el ver su cabeza coronada:
 En su reino ahuyentando la malicia,
 Se abrazaron la paz y la justicia.
 Sucedióle Chintilla, despues Tulga:
 Chindasvinto á sí mismo se promulga*

Por rey; y á Chindasvinto
Le sucede su hijo Recesvinto,
Vamba (¡ raro prodigio!) se resiste
A ser rey, cuando el reino mas le em-
biste;
Y dándole á escoger corona ó muerte,
Aun dudó si era aquella peor suerte,
El cetro admitió en fin para dejarle,
Despues de haber sabido vindicarle
De los que conspiráron
Contra el mismo á quien tanto deseáron,
Mejoradas las leyes y costumbres,
A un monasterio oculto entre dos cum-
bres
Se retiró glorioso,
Dos veces de su reino victorioso;
No tanto por haberle resistido,
Cuanto por no ser rey el que lo ha sido,
La corona que Hervigio en paz conser-
va,
Para el ingrato Egica la reserva,

OCTAVO SIGLO.—700,

Salomon al principio fue Vitiza,
Pero Neron al fin escandaliza;
Entregado Rodrigo á su apetito,

*Triste víctima fue de su delito;
 Cuando Julian, vengando su deshonra,
 Sacrificó á su rey, su patria y honra.*



TERCERA PARTE.

Irrupcion de los moros en España.

*Continuacion de los godos
 en Asturias.*

*D*esde un rincon de Asturias D. Pe-
 layo

Hizo á España volver de su desmayo:

Y el católico Alfonso con Favila

Al reino dilatáron mas la orilla:

Froila á ser soberano

Ascendió, fratricida de su hermano.

De triunfos coronado y de laureles

Despues de haber vencido á los infieles,

Y edificado á Oviedo, es hecho fijo

*Que á quien mató el hermano, mató el
 hijo,*

NOVENO SIGLO.—800.

Un tratado afrentoso,
Que rompió ALFONSO EL CASTO generoso,
Su reino y su memoria
Llenó de años, de aplausos y de gloria.
El grande Iñigo Arista,
Rey de Navarra, al Aragon conquista.
De Aragon y Castilla los estados
Son á un tiempo erigidos en condados.
Los moros por Ramiro (fue el prime-
ro)
Dando Santiago brios á su acero,
Vencidos una vez junto á Logroño,
Segunda vez lo fuéron por Ordoño.
Siguió Alfonso tercero su fortuna;
Menguó en su reino la africana luna,
Del moro su cuchilla
Fue terror en los campos de Castilla;
Pero hízole la dicha siempre escasa,
Un gran rey y un mal padre de su casa.

DECIMO SIGLO.—900.

Unido contra el padre en novecientos,
García y sus hermanos turbulentos,

*El reino anticipar quiso á la suerte,
Y él con el reino se avanzó á la suerte,
Ordoño, desgraciado en cuanto emprende,*

*Cuanto mas oprimido, mas se enciende;
Negado al escarmiento, con fiereza
Cortar hizo á sus condes la cabeza.*

*Castilla sin tardanza,
Generosa medita su venganza:
Y aunque á Froila en el trono le consiente,*

*Ella se hizo condado independiente,
Y al gran Gonzalo (¡arrojo temerario!)*

*Proclamó por su conde hereditario.
Entonces fue cuando Pelayo, niño,
Mártir de la pureza, ilustró al Miño.
Alfonso cuarto el monge fue llamado,
No por virtud, por vicio retirado;*

*Mas Ramiro segundo
De sucesos gloriosos llenó al mundo:
Los rebeldes rendidos,*

*Los sediciosos siempre reprimidos;
En Osma y en Simancas los infieles
Cubrieron sus anales de laureles.*

*Siguiéronle, aunque con desigual paso,
Sus dos hijos Ordoño y Sancho el Craso:*

*De san Estéban de Gormaz el día
 Llenó á Ordoño de gozo y alegría;
 Pero de la victoria
 Solo Gonzalo mereció la gloria;
 Y la de Hasiñas este español Marte
 La logró sin tener D. Sancho parte.
 Ramiro y Veremundo las almenas
 Abriéron á las armas sarracenas,
 Cuando en guerra intestina encarniza-
 dos
 Hiciéron de los moros sus estados.*

SIGLO UNDECIMO.—1000.

*Reinaba Alfonso quinto, dicho el noble,
 Cuando á Navarra la corona doble
 Don Sancho el grande hacia:
 A Aragon y Castilla ennoblecia,
 Pasando los condados
 A ser reinos dos veces coronados;
 Y en años no prolijos,
 A cuatro reinos concedió cuatro hijos.*

CUARTA PARTE.

Reino de los príncipes franceses
de Bigorra y de Borgoña.

*V*eremundo segundo, sin tercero,
Fue de los reyes godos el postrero;
Y Fernando primero de Navarra
Heredó de Leon la real garra.
Con gloria y con trabajo
Dilató sus conquistas hasta el Tajo:
De Uceda, de Madrid, de Talamanca
Las medias lunas victorioso arranca:
Y el reino de Toledo á su corage,
Atónito su rey, prestó homenaje.
Trozos son de los padres, ó pedazos
Los hijos (cuando no son embarazos)
Y á su reino Fernando con destrozos,
Por tres pedazos suyos le hizo trozos.
Don Sancho le sucede en la corona,
Y á sus mismos hermanos no perdona;
La muerte á sus intentos puso cabo,
Por dar lugar á Alfonso sexto el bravo.

Este ganó á Toledo,
Ayudándole el Cid; y con denuedo
Corriendo Marte ó rayo la frontera,
Rindió á Mora, Escalona y Talavera.
Al conde de Tolosa agradecido,
Y al borgoñon tambien reconocido,
De amigos hizo yernos,
Dando en sus años tiernos
A Elvira al de Tolosa,
Y al borgoñon á Urraca por esposa,
Llevándole por dote (y con justicia)
Tributario el condado de Galicia:
A Henrico de Capeto le interesa
La mano que le dió doña Teresa,
Y juntamente con su blanca mano
Feudatario el condado Lusitano.

SIGLO DUODECIMO.—1100.

Pero el año fatal de mil y ciento
Turbó á Alfonso la suerte y el contento,
Pues en Huesca y Uclés la infiel cuchilla
Luengos lutos cortó á toda Castilla.
Pero esta triste suerte
En dicha se trocó; pues con su muerte,
Urraca, á quien Raimundo
Dejó viuda, y al tálamo segundo

De Alfonso de Aragon rindió su mano,
Unió al aragonés y al castellano,
Juntando en unas sienes los blasones
De barras, de castillos y leones:
Y Alfonso de Aragon esclarecido,
Su segundo marido,
De dos grandes batallas victorioso,
Y (lo que es mas glorioso)
Venciéndose á sí mismo heróicamente,
Con tres coronas adornó la frente
De Alfonso emperador (en edad fla-
ca)
Hijo de D. Raimundo y doña Urraca.
Los príncipes cristianos,
Mal empleadas contra sí las manos,
En guerra se hacen menos;
Y deshacen en paz los sarracenos,
Mientras Alfonso en Portugal valiente
Se vió de repente
Por el pueblo aclamado,
Y de Francia ayudado,
Venciendo cinco reyes que no huian,
Mostró merecer ser lo que le hacian.
Sancho y Fernando á Alfonso sucedié-
ron,
Y en sus dos reinos levantar se viéron
Las militares órdenes gloriosas,

Al bárbaro africano pavorosas;
Calatrava logró ser la primera;
Siguióse de Santiago la venera;
Y Alcántara al instante
Nació á turbar las glorias del turban-
te.

El navarro vencido,
En rubor y venganza enardecido,
Ai castellano haciéndose implacable,
Le hizo ser á los moros favorable.
En Alarcos Alfonso derrotado,
Victorioso en Tolosa y coronado,
Recobrada su honra,
A su vida dió fin y á su deshonra.

SIGLO DECIMOTERCIO.—1200.

Henrique de este nombre rey primero,
Logró un reino fugaz y pasagero,
Y en su tiempo de Alcazar la victoria
A un rey de Portugal colmó de gloria.
De la muerte de Henrique enjugó el
llanto.

Su sucesor, Fernando el grande, el
santo:

El que (mientras el nombre
De Jaime de Aragon y su renombre,

El valor y prudencia

Se eterniza en Mallorca y en Valencia)

A Baeza quitó á los africanos ,

A Córdoba y á Murcia con sus llanos :

Y Sevilla tomada ,

Vasallo hizo al rey moro de Granada.

Alfonso Diez , al que llamáron sabio ,

Por no sé qué tintura de astrolabio ,

Lejos de dominar á las estrellas ,

No las mandó , que le mandaron ellas.

Mientras observa el movimiento al cielo ,

Cada paso un desbarro era en el suelo :

A su yerno , á su reino fastidioso ,

Solo contra los moros fue dichoso.

Injustamente Sancho proclamado ,

Breve , inquieto y cruel fue su reinado.

SIGLO DECIMOCUARTO.—1300.

Fernando el emplazado en mil trescientos

Perdonando á los grandes descontentos ,

Las mismas manos , antes no tan fieles ,

*Le llenaron de palmas y laureles.
Alfonso el justiciero
Los sediciosos sujetó primero;
Y despues sin tardanza,
Volviendo su razon y su venganza
Contra el aragonés y el lusitano,
Y contra el africano,
En seis nobles funciones
Arrolló sus banderas y pendones,
Dejando su renombre eternizado
En la ilustre victoria del Salado.
Don Pedro, á quien la gente
El cruel apellida comunmente,
Y con igual pudiera fundamento
Llevarle el lujurioso, el avariento,
Perdió el reino y la vida
Á impulso de una daga fratricida.
Á Pedro el avariento, el codicioso,
Henrique el liberal, el generoso
Sucedió dando leyes,
Maestro de soldados y de reyes;
Y á su hijo don Juan menos le deja
En lo que cede, que en lo que aconseja.
Juan primero, feliz con los ingleses,
Fue desgraciado con los portugueses.*

SIGLO DECIMOQUINTO.—1400.

*El siglo quintodécimo corona
Á Henrique, en paz, tercero; y su
persona,*

*Aunque enfermiza, se hizo formidable
Al orgullo intratable*

*De los grandes con una estratagema,
Con que añadió respeto á la diadema.*

Los grandes por vengarse,

Á Juan segundo intentan rebelarse:

Ofrecen á Fernando cetro y trono;

Pero Fernando con heróico entono,

*La perfidia á los grandes reprehendien-
do,*

Y de leal ejemplo repitiendo

Al cetro superior, con larga mano

*Le guardó para el hijo de su herma-
no.*

De Henrique la torpeza

Pasó de vicio á ser naturaleza;

Y cuanto en ella mas se precipita,

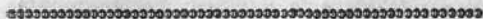
Tanto mas el horror del reino incita.

Uniendo sus estados

Los dos reyes católicos, llamados

Fernando é Isabel, con lazos fieles,

*De toda España arrojan los infieles.
Oran, Tunez, Granada, Argel, Bugía
Cediéron á su dicha y valentía;
Y á pesar de la Francia,
De Nápoles vencida la arrogancia,
De Cádiz humilladas las almenas,
Y rotas de Navarra las cadenas,
Reconociéron, recibiendo leyes,
Á los reyes católicos por reyes;
Y los tres maestratzgos militares
Unidos por motivos singulares
Á la corona inseparablemente.
Porque mandasen casi inmensamente
Los católicos reyes (bien lo fundo)
La providencia les abrió otro mundo.*



QUINTA PARTE.

Reinos sucesivos de Austria
y de Francia.

SIGLO DECIMOSEXTO.—1500.

*F*elipe, en mil quinientos, el hermoso
Reinó rey fugitivo y presuroso:
Carlos quinto y primero acá en España,
Emperador invicto de Alemania,
En Navarra, en Milan, en Roma, en
Gante,
Victorioso y triunfante,
Y en la baja Sajonia.
Venturoso en Bolonia,
Si en Metz, Renti y Marsella
Algun tanto la dicha se atropella;
Porque la inmortal gloria,
De Pavía se temple en la memoria,
Para triunfar de todo su heroismo,
No habiendo que vencer; vencióse él
mismo.

*Don Felipe el prudente ,
 Segundo de este nombre , heróicamente
 En S. Quintin , en Portugal , en Flan-
 des
 Victorias logró grandes ;
 Pero siendo en la tierra tan dichoso ,
 Contrario tuvo al mar por envidioso .*

SIGLO DECIMOSEPTIMO.—1600.

*Don Felipe tercero ,
 Mas devoto que ardiente ni guerrero ,
 Desterró de su reino á los moriscos
 De Africa á las arenas ó á los ris-
 cos .
 Á Mantua , á Portugal , Artois , Holan-
 da ,
 En una y otra bélica demanda ,
 Al Casal , Rosellon (no dije harto) ,
 Y á Tréveris perdió Felipe cuarto .
 Cárlos segundo , Cárlos el paciente ,
 De la austríaca augusta imperial gen-
 te
 El último en España , con vehemencia
 Armó contra la Francia su potencia ,
 Y el que á la Francia odió con tal
 constancia ,*

Dejó en muerte sus reinos á la Francia.

SIGLO DECIMOCTAVO.—1700.

*Felipe de Borbon el animoso,
Y el quinto de este nombre, hace dicho-*
so

*El cetro soberano,
Que empuña su real piadosa mano.
Los reinos que mantiene,
Y que su augusta sangre le previene,
Sin que al derecho la razon resista,
Hoy los hereda, luego los conquista.
Luzara, Portalegre, Almansa, Gaya,
Valencia y Aragon, despues Vizcaya,
Sin que Brihuega falte en la memoria,
Eternamente cantarán su gloria.*

*El catalan se gozará rendido
Menos á un Rey, que á un padre en-*
ternecido.

*Relámpago ó aurora Luis se huye,
Y el sol que nos cubrió, nos restituye.
Segunda vez Oran es conquistada,
Nápoles á don Cárlos entregada.*

*Don Felipe el valiente,
Si la mina revienta felizmente,*

*Haciendo al Piamonte hoguera ó Troya,
Dará la ley á toda la Saboya.*

*Quiéralo Dios; y quieran sus piedades
Que en eternas edades*

*Logre el cetro español años completos
En Felipe, en sus hijos y en sus nietos.*

FIN DEL SUMARIO.

COMPENDIO

DE LA HISTORIA

DE ESPAÑA.

PRIMERA PARTE.

Reino de los cartagineses.

*Libre España, feliz é independiente,
Se abrió al cartaginés incautamente.*

España, antiguamente *Hesperia*, por la estrella *Espero* ó *Véspero*, lucero vespertino que se descubre y se traspone hácia esta parte de Europa, por otro nombre *Iberia*, del caudaloso rio Ebro, *Ibero* en latin, uno de los principales que la riegan y la fertilizan; se llamó *España* desde que los cartagineses le impusieron este nombre, cuya derivacion mas verisímil es de la voz púnica *Spania*, que significa *conejo*, por los muchos y de buen gusto de que abunda esta region. Por eso era el conejo símbolo de

España en las medallas antiguas; y por la misma alusion el poeta Catúlo la llamó *Cuniculosa*. No falta quien derive la voz *España* de *Pania*, porque el dios Pan era el dios del cariño y de la devocion española: otros quieren que su verdadera etimología tenga origen de la palabra *Spania*, que en lengua púnica significaba tambien cosa desierta ó poco poblada, por la escasa poblacion de España antiguamente.

Sepárase de las Galias, hoy Francia, esta porcion hermosa de la Europa, por una dilatada cadena de montes inaccesibles, y cercada del mar océano por todas las demas partes. Debió á la naturaleza esta noble muralla de agua y tierra, defensa muy robusta contra la irrupcion codiciosa de las naciones estrangeras. Feliz y rica España por sí sola, ni envidiaba, ni pedia á otros paises socorro ó suplemento á sus necesidades. Su situacion en un clima templado y delicioso fertiliza sus campañas. Cortada la tierra en montes, valles y dilata-

das llanuras, parece como que se reparte para variar sus producciones. Riéganle á trechos rios caudalosos, y otros arroyos con presunciones de rios, todos tan bien distribuidos, que la hacen por la mayor parte dócil al trabajo, agradecida al cultivo, y muy correspondiente al deseo de sus habitantes, proveyéndoles con abundancia de todo lo necesario: no les escasea ni el trigo mas granado, ni los vinos mas preciosos, ni las frutas mas delicadas; y para establecer mejor la recíproca sociedad ó comunicacion de las provincias, lo que falta en unas, es suplido ventajosamente por lo que sobra en otras. Respírase comunmente un aire sano bajo un cielo por la mayor parte sereno, puro y despejado; y apenas se conocerian en España las enfermedades, si no se cometieran en ella tantos excesos.

Contentos con su suerte los primeros españoles, vivieron largo tiempo reducidos á la esfera de un pais tan apacible. Libres y gobernados

por sus leyes propias y patricias, ni gemian bajo la dura opresion del yugo extraño, ni experimentaban aquel diluvio de calamidades que siguen comunmente á las irrupciones de los bárbaros, cuando impelidos de la codicia salen á inundar las naciones estrangeras. Aquellos primeros conquistadores que la fábula conduce á las Españas, ó no fuéron mas que conquistadores fabulosos, ó se contentáron con ser tempestades pasageras, que infestaban ya esta, ya aquella costa. Si tal vez llegaban á dominar alguna parte, era á modo de aquellos árboles menos robustos que á un golpe de viento se humillan ó se agobian, y pasada la ráfaga, vuelven á erguir su copa levantada.

No sucedió así con la dominacion de los cartagineses y de los romanos. Era Cartago una ciudad sita en la costa de África, muy inmediata á Tunez, en aquel mismo sitio, que hoy con el nombre de Berzac conserva algunas reliquias de Cartago. Habíanle dado los fenicios poblacion,

el comercio riquezas, y las riquezas valor é independencia para erigirse en república. Extiendáse su imperio lo largo de África hasta las costas de Italia. Cubrian sus flotas el mar Mediterráneo, y era en él la potencia dominante. Cada dia salian de sus puertos escuadras enteras de navíos mercantiles, que recogiendo las riquezas de las ciudades marítimas, las que habian salido escuadras, volvian á ellos flotas. Llegó á Cartago la noticia de España, y luego fue España el objeto de la ambicion y de la avaricia de Cartago.

NOTA DEL TRADUCTOR.

„No nos conformamos con la etimología del nombre de España que señala nuestro autor, ó á la que se inclina, teniéndola por mas verisímil. Antes que los cartagineses vienesen á España ya tenia nombre, porque no es creible que fuese alguna region anónima. Qué nombre hubiese sido este, es lo que se

duda; pero no dudamos decir que nos parece derivacion impropia, por no llamarla ridícula, la que se va á buscar en la abundancia de conejos. Lo primero, porque los cartagineses no viniéron á España á caza de ellos, sino á la pesca de su oro y de su plata. Lo segundo, porque no es, ni nunca ha sido España tan conejera como se supone. Lo tercero, porque aunque se concede que haya en ella alguna mayor abundancia de estos animalillos, que en otras regiones del mundo, es cosa ridícula y aun vergonzosa pensar que en atencion á ellos se la dió el nombre de España, como que en nuestra region no habia cosa mas sobresaliente.

Por esta regla se llamaria á Inglaterra *Canicularia*, por los muchos y buenos dogos que cria: á Hircania *Tigraria*, por los tigres que produce: á Paflagonia *Perdicaria*, por las perdices de que abunda. Es menester mucha docilidad de juicio para rendirse á este dictámen.

¶ Parécenos pues etimología mas
 ¶ honrada, mas decente, y sin com-
 ¶ paracion mas verosímil la que te-
 ¶ nemos dentro de casa, sin necesi-
 ¶ tar mendigarla de la lengua púnica,
 ¶ de que apenas ha quedado noticia
 ¶ en el mundo. En la antiquísima del
 ¶ vascuense (donde esto se escribe)
 ¶ al labio se llama *ezpañá*. ¿Y qué
 ¶ dificultad habrá en creer que este
 ¶ nombre se derivase despues á toda
 ¶ la nacion para significar que toda
 ¶ ella era de un mismo labio, esto
 ¶ es, de una misma lengua, segun la
 ¶ frase de la sagrada Escritura: *Erat*
 ¶ *autem terra labii unius* (Genes. 2.);
 ¶ y hablando de la confusion de len-
 ¶ guas en la torre de Babel: *Ibi con-*
 ¶ *fusum est labium universæ terræ?*

¶ Lo cierto es que Tubal trajo
 ¶ á España alguna lengua, porque ni
 ¶ él ni sus compañeros eran mudos:
 ¶ que de este achaque adolecieron
 ¶ poco los que asistiéron al soberbio
 ¶ edificio de Babel. Lo cierto es que
 ¶ es sumamente probable que esta
 ¶ lengua fue la vascongada, porque

ni se la conoce otro origen, ni ha
 quedado en España lengua alguna
 que pueda disputarle la antigüedad.
 Lo cierto es que este punto está hoy
 elevado casi al grado de crítica
 demostracion; y que si no la califican
 de tal los sabios Jesuitas de Trevoux,
 por lo menos adoptan esa opinion como
 la mas plausible de todas. ¿Pues para
 qué hemos de acudir á los cartagineses
 para que nos pongan nombre por nuestros
 conejos, cuando le teníamos ya, como
 dicen, entre los labios? Se pudiera
 decir que aquello es andar buscando
 etimologías *per furtivos cuniculos*;
 pero con la desgracia de no tocarles
ne summis quidem labris.

Cuando el P. Duchesne habla de los
 primeros conquistadores que la fábula
 conduce á las Españas, se supone que
 no pretenderá calificar por fábula todo
 lo que dicen nuestras historias tocantes
 á nuestros pobladores. No tendrá por
 fábula la venida de Tubal á España

con su colonia; ni que trajéron á ella alguno de los idiomas inspirados en la famosa torre; ni que los celtas de la Galia vecina se nos viniéron tambien acá, y diéron nombre á los celtíberos. Es muy juicioso y muy sólido nuestro autor para entrar en el número de algunos modernos, que tratan de fábulas estas verdades históricas, á quienes se pudiera aplicar en no muy impropio sentido aquello de *á veritate quidem sensum avertunt, ad fabulas autem convertuntur.*”

*Viéronse estos traidores
Fingirse amigos para ser señores;
Y el comercio afectando,
Entrar vendiendo por salir mandando.*

Después de algunas tentativas poco dichas conocieron los cartagineses que no era fácil apoderarse con violencia de un país tan bien defendido, ni establecerse en él por la vía de las armas: recurrieron pues como á me-

dio mas oportuno , al artificio, á la insinuacion y al estratagema. Dejaronse ver en las costas de Cádiz con una flota cargada de géneros de levante y de mediodia , fingiéndose aliados y compañeros de los fenicios que comerciaban libremente en aquella costa. Quien oyese hablar á los tales engañosos huéspedes , creeria sin dificultad que abordaban como amigos y como buenos vecinos , sin otro fin que traer á España lo útil, lo dulce y delectable , para sacar de ella lo superfluo.

El atractivo de un comercio, al parecer tan ventajoso y tan dulce, engañó el corazon de los incautos españoles, cuya sinceridad nativa estaba poco acostumbrada, y menos prevenida contra los artificios púnicos. Nunca se contenta el hombre con lo que tiene, y siempre aspira á lo que no posee: mira con hastío el bien doméstico, y solo excitaria su apetito si fuese forastero, ó mas distante, ó menos comun. Perdido el gusto á lo que es comun á todos, hace reputacion ó

A. de R.

57¹.

Ant. de

C. 270.

grandeza de gozar lo que poseen pocos. Esta vanidad abrió primero el corazon de los españoles, y despues la puerta de las Españas á los cartagineses. Comenzáron estos ganando á los principales del pais con dádivas y presentes : pasáron despues á pedir se les permitiese edificar en la costa algunas casas para la comodidad de sus personas, algunos almacenes para la seguridad de sus mercaderías, y algunos templos para el culto de sus dioses. Todo pareció á la sinceridad de los españoles que era muy puesto en razon; y todo se otorgó como se pedia. Esto fue caer en el lazo que les armaban, porque con nombre de casas, de almacenes y de templos edificáron fortalezas por lo largo de la costa Bética, que hoy llamamos Andalucía y Granada. Multiplicáronse en estos puertos por las numerosas colonias, que sucesivamente les enviaban desde el Africa.

A. de R.
571.Ant. de
C. 270.A. de R.
580.Ant. de
C. 268.

El Senado de Cartago nombró por su primer gobernador á Saphon. Siete años despues aportáron Himilcon

A. de R. y Hanon á las islas Baleares, conoci-
 580. das hoy por los nombres de Mallor-
 Ant. de ca, Menorca é Ibiza, antiguamente
 C. 268. Pytiusa ó Ebusa. Allí con beneplácito
 de los naturales levantáron un fuerte,
 que llamáron *Jama*, y despues tomó
 el nombre de *Ciudadela*, y quizá fue
 la primera de donde se derivó á las
 que hoy son conocidas por el mismo
 nombre. Desde estas islas levantáron
 velas, y dirigieron la proa hácia Cadiz,
 A. de R. ante cuyo puerto se presentáron con
 552. una escuadra de sesenta navíos, y con
 Ant. de treinta mil hombres de desembarco,
 C. 240. que echáron á tierra en diferentes puer-
 tos de Andalucía. Ya no hablaban en
 tono de comerciantes que pedian li-
 cencia con modestia para traficar en
 España. Depuesta la máscara, apare-
 cieron en traje de fieros conquistado-
 res que levantaban la voz, daban la
 ley, afectaban soberanía, y se apo-
 deraban del pais, que se les rendia sin
 resistencia.

Atónitos los españoles al ver la
 rapidez de sus conquistas, abriéron
 los ojos finalmente; mas ya no veian

en los fingidos amigos de Cartago sino unos verdaderos enemigos de su libertad, unos amigos codiciosos de sus riquezas, y unos mercaderes convertidos en soberanos que habian traidoramente abusado de la sinceridad española. Era ya muy tarde cuando descubriéron el engaño. En vano se armáron los pueblos de Andalucía y Granada en defensa de su patria: desarmólos Hamílcar, padre del grande Aníbal; y los redujo á la obediencia de Cartago. Hallándose sin fuerzas para defenderse contra dos poderosos ejércitos, uno de tierra, y otro de mar, rindiéron la cerviz al yugo del vencedor, y se acostumbráron á sufrir unas cadenas que no podian romper.

Al año siguiente extendió Hamílcar sus conquistas á los reinos de Murcia, Valencia y Cataluña, edificando la famosa ciudad de Barcelona, á quien dió el nombre de *Barkino*, que era el peculiar de su familia. Presentóse delante de Sagunto, ciudad sita en el reino de Valencia, donde al presente está Murviedro. Los sa-

A. de R.
552.
Ant. de
C. 240.

A. de R.
516.
Ant. de
C. 235.

A. de R. guntinos despreciaron igualmente las
 516. amenazas y las fuerzas del general
 Aut. de cartaginés, induciendo á los pueblos
 C. 235. comarcanos á que tomasen las armas
 en defensa de la libertad. Avanzóse
 Hamílcar contra los saguntinos : pre-
 sentóles la batalla: aceptáronla, y per-
 dió con la batalla la vida en un cam-
 po inmediato al sitio donde se edi-
 ficó despues la ciudad de Zaragoza.
 Sucedió Asdrúbal á Hamílcar, y vol-
 vió por el honor de las armas de Car-
 tago. Edificó el nuevo general la ciu-
 dad y el magnífico puerto de Carta-
 gena de Murcia, cuya capacidad, se-
 guridad y conveniencia era asilo á las
 flotas de Cartago, y abria puerta fran-
 ca á lo interior del pais.

*Los tesoros que abriga en cada entraña,
 Viboreznos ingratos para España,
 Rompiendo el seno, que los cubre en
 vano,
 Cebáron la ambicion del africano.*

Luego que los cartagineses se vié-
 ron dueños de la mayor y mas rica

parte de España, solo pensáron en aprovecharse de sus despojos. Ocultaba España inmensos tesoros en su seno: ricas minas de plata, oro y piedras preciosas: no lo ignoraban los naturales; pero ignoraban su valor, y no sabian aprovecharse de lo que tomaban. Hacíales gran ruido en la admiracion ver á los cartagineses tan codiciosos de lo que ellos miraban ó con poca estimacion, ó con mucha indiferencia, y no acababan de comprender por qué cambiaban los géneros mas exquisitos y las mercaderías mas preciosas por un metal bruto, ó por unas piedras toscas y sin lustre. No eran los africanos tan bisoños en el comercio como los españoles. Aprovecháronse bien de su inocente simplicidad; y haciéndose dueños de sus tesoros, cada año despachaban á Cartago numerosas flotas cargadas con las riquezas de España. La república en cambio despachaba á España ejércitos numerosos, reclutados y mantenidos con lo que robaba á España misma, para asegurar las conquistas.

A. de R.
516.
Ant. de
C. 235.

A. de R.
524.
Ant. de
C. 227.

A. de R. tas, y adelantar el comercio.

524.

Ant. de

C. 227.

No se contentaba con esto la avaricia cartaginesa, y quiso que entrase la violencia á la parte de la negociacion. Tributos intolerables, exacciones enormes, saqueos y latrocinios, todo se ponía en planta para ayuda del comercio. El gobernador, el oficial, el soldado, el mercader, todos cuidaban de cargar en el libro de caja la partida de los robos á la cuenta de las ganancias. Estas violencias cansaron la tolerancia, irritaron el sufrimiento, y encendiéron la indignacion de los españoles, disponiendo los ánimos á sacudir la opresion de tan injustos tiranos.

La soberanía mas afianzada y la autoridad mas seguramente establecida debe mirar con sobresalto y con susto cualquiera descontento general de los súbditos ó de los vasallos. Inclínados siempre, y siempre prontos á desembarazar la cerviz del yugo que los oprime con exceso, nunca les faltan medios para conseguirlo, ó en sus propias fuerzas, ó en los recursos de

la desesperacion, franqueando siempre el de los Príncipes confinantes, dispuestos generalmente á no malograr las ocasiones ni las inquietudes que observan en la casa del vecino. Esto experimentaron los cartagineses por parte de los romanos.

A. de R.
524.
Ant. de
C. 227.

*Roma envidiosa, con mayor codicia,
Hace razon de estado la avaricia:
Que estando en posesion de usurpadora,
El serlo mas Cartago la desdora,
Echar de España intenta al de Cartago,
Y antes se sintió el golpe que el amago.
Su soberbia se humilla
De Asdrúbal á implorar la infiel cuchilla,
Y á los ojos de Aníbal, en un punto,
Ciudad, pueblo y ceniza fue Sagunto.*

Era ya Roma una república que hacia mucho ruido en el mundo, y émula de Cartago. Instruida de las

A. de R. riquezas que esta disfrutaba en España,
524. y enterada de la buena disposicion en
Ant. de que estaban los españoles para libertar-
C. 227. se de la opresion de los cartagineses,
pensó seriamente en entrar tambien á la
parte, y aun en alzarse, si pudiese, con
el todo : persuadida á que mantenién-
dose Cartago en la pacífica posesion
de una porcion tan rica y tan dilata-
da de la Europa, estaba poco segura
su dominacion, y debia temer las con-
secuencias mas fatales de esta superio-
ridad. Conservábanse á la sazón en paz
las dos repúblicas, y era menester al-
gun pretexto para que la romana in-
quietase á su competidora, y se in-
trodujese con alguna apariencia de
justicia á disputarle el terreno. Los
zelos de estado y la ambicion nunca
tardan en hallarle. Porque no faltase
á Roma alguna razon aparente para
mezclarse en los negocios de España,
despachó sus embajadores á los pue-
blos que conservaban todavía su li-
bertad, así para negociar tratados de
alianza con ellos, como para sondear
el corazon y los ánimos de los mal-

contentos. Costó poco á estos ministros el feliz suceso de su negociacion. Los primeros que firmáron la alianza que se les proponia fuéron los indigetas, pueblos que habitaban el espacio que hay entre las faldas de los Pirineos y las márgenes del rio Tera. Siguiéronse los saguntinos, todo el reino de Valencia, y diferentes pueblos situados hácia el oriente de Ebro, accediendo todos con gusto á la confederacion, unos por libertarse de la tiránica dominacion de los Cartagineses, y otros para no caer en ella.

A. de R.

524.

Ant. de

C. 227.

Animada la república de Roma con el feliz suceso de este primer paso, despachó el Senado una solemne embajada á Asdrúbal, gobernador y capitán general de todas las provincias de España, que obedecian á Cartago. La proposicion de los embajadores se reducía á suplicarle al gobernador que ciñese sus conquistas á las márgenes del Ebro, sin inquietar á los saguntinos, ni estenderlas á los pueblos que habitaban entre el Ebro

A. de R. y los montes Pirineos, absteniéndose
 524. de turbar á los otros aliados y amigos
 Ant. de de los romanos. Súplicas hay que
 C. 227. son amenazas en trage de ruegos: la
 del Senado romano solo tenia el nom-
 bre de súplica, y era en la realidad
 declaracion de guerra en caso de re-
 pulsa. Bien lo comprendió la perspi-
 cacia de Asdrúbal, y se llenó de una
 indignacion oculta á vista de un pro-
 ceder tan injusto, que parecia desem-
 peño de la amistad, y era artificio de
 la ambicion. Disimuló sin embargo su
 resentimiento, y dió á los embaja-
 dores muchas y buenas palabras, con
 ánimo de no cumplir alguna.

A. de R. Mientras burlaba Asdrúbal un ar-
 532. tificio con otro, engañando cautelo-
 Ant. de samente á Roma, se armaba podero-
 C. 219. samente en España, para dar fin á la
 conquista de todo el reino, antes que
 la Italia pudiese socorrer á sus confe-
 derados. En dos años estaban ya con-
 cluidas todas las prevenciones mili-
 tares. Iba á abrir la campaña por el
 sitio de Sagunto, cuando fue alevo-
 samente asesinado por un esclavo, á

cuyo dueño había mandado quitar la vida. Un enemigo personal y oculto siempre es formidable: el menor es capaz de la mayor alevosía.

A. de R.
532.
Ant. de
C. 219.

A Asdrúbal sucedió en el gobierno el grande Aníbal, en cuyo tiempo hicieron grandes progresos los intereses de la república. Excedía mucho en manejo y en conducta á su predecesor: el genio mas animoso ó menos detenido, la comprehension mas capaz y la inclinacion mas guerrera ó mas marcial. La oposicion con los romanos era tan genial ó tan nativa, que desde niño había jurado á los dioses inmortales, que jamas haria con ellos paz ni tregua. Encontró, cuando se encargó del gobierno, inquietos y desazonados á los pueblos, y los corazones de los españoles mas desviados de los cartagineses que lo estaba España de Cartago. Aplicóse á hacerse dueño de ellos con la apacibilidad de su semblante, con la humildad de su trato, con las alianzas y conexiones que solicitó con las primeras familias de la nacion, con rebajar considera-

A. de R. blemente las contribuciones, y sobre
532. todo con poner fin á las vejaciones
Ant. de y á las violencias. Con esto conquistó
C. 219. los corazones de aquellos á quienes
sus predecesores solo habian conquis-
tado las tierras. El español acariciado,
agasajado, atendido y tratado con es-
timacion, se dejó encantar de Aníbal,
y olvidando sus pérdidas, sus mise-
rias, sus trabajos, sus alianzas, y has-
ta su misma oposicion natural, se con-
virtió en cartaginés. Maravillosa trans-
formacion, que hace visibles los mila-
gros de que es capaz un buen ministro
cuando sabe gobernar.

Encontró Aníbal vacía la caja mi-
litar, y halló el secreto de llenarla sin
gravámen de los pueblos. Noticioso
de las muchas y ricas minas de oro y
plata que enriquecian á España, hizo
abrir las entrañas á los montes, y sa-
có de ellas otros montes de oro, con-
servándose aun el dia de hoy aquellas
concavidades con el nombre de *los po-
zos de Aníbal*. Luego que tuvo dine-
ro, tuvo soldados, y halló quien le
sirvió con fineza: penetró á lo inte-

rior del pais, y conquistó los reinos de Toledo y de Castilla. Desde allí dobló contra Sagunto, resuelto á formar el sitio de aquella ciudad rebelde. Los embajadores que el Senado romano tenia en ella, saliéron á protestarle que no podia sitiar á una ciudad amiga y confederada de Roma sin declarar la guerra á esta república. Tenia Aníbal muy previsto y premeditado este lance, y así les respondió que los cartagineses no eran de peor condicion que los romanos; y que si estos habian vengado con las armas en los aliados de Cartago los insultos que habian hecho á los saguntinos; ¿por qué no podian ellos tomar satisfaccion en los saguntinos de los agravios hechos á los confederados de Cartago usando de represalias, que permitia á todos igualmente el derecho de las gentes?

A. de R.
532.
Ant. de
C. 219.

Luego que despidió con esta seca y desabrida respuesta á los embajadores, fue á embestir sin perder tiempo á Sagunto con un ejército de ciento y cincuenta mil hombres. Para qui-

A. de R. 532. Ant. de C. 219. tar á la plaza toda esperanza de ser socorrida con víveres y vituallas, se apoderó de todos los lugares de su jurisdicción, y arrasó la campiña en cinco ó seis leguas al contorno. El ataque fue de los mas vivos: la defensa de las mas vigorosas: el sitio de los mas largos: los asaltos de los mas frecuentes, y á un mismo tiempo tentados por muchas partes. Fue Aníbal herido peligrosamente: fue siempre valerosamente recibido: fue siempre ignominiosamente rechazado; y no pocas veces hasta las trincheras de su mismo campo. Hubiera levantado el sitio, si hubiera resistencia capaz de acobardar el ardimiento de Aníbal. Mas al fin debió á las violencias del hambre lo que nunca acabarían los esfuerzos de su valor. Sitiaba el hambre á la ciudad por adentro, mientras los cartagineses la atacaban por afuera; pero tan obstinados los defensores en sufrir las violencias de este segundo sitio, como valientes para rechazar los ataques del primero, las toleráron hasta dejar en proverbio á la admiracion y á los si-

glos *el hambre de Sagunto*. Mas al fin consumidos todos los recursos y perdidas todas las esperanzas de tener víveres para defenderse de un enemigo tan porfiado y tan terrible, trataron de capitular, y consintieron en rendirse con honradas y decentes condiciones. Asegurado Aníbal de la presa, negó los oídos á toda composicion, obstinándose en que se rindiese Sagunto á discrecion; y á lo sumo se adelantó á conceder que saliese libre la guarnicion y los vecinos, sin llevar consigo mas que los vestidos necesarios para el abrigo y para la decencia.

A. de R.
532.
Ant. de
C. 219.

Bramáron los valerosos sitiados al oír esta respuesta; y sin hacerse cargo de que en la infeliz constitucion en que se hallaban, todas las cosas pendian del arbitrio del vencedor: que la razon y la necesidad los obligaban á dejarse en manos de su albedrío y voluntad; y en fin, que no les hacia poca gracia en concederles las vidas y los vestidos el que podia desnudarlos de estos, y despojarlos de aquella; convirtieron el valor y el ardimiento

A. de R. en furiosa desesperacion. Resueltos á
 532. morir con libertad, amontonan de con-
 Ant. de cierto en medio de la plaza materiales
 C. 219. combustibles para una crecida hoguera: aplícanles fuego por todas partes: entregan á las llamas sus mas preciosas alhajas; y ellos mismos se precipitan en ellas, porfiando cada cual por abalanzarse el primero á ser mísero despojo del incendio. No bastaba aquella hoguera á contentar la desesperacion y la impaciencia de todos: y haciendo otra hoguera general de las casas y de los edificios, se arrojáron á competencia en manos de la voracidad.

Diéron noticia las llamas á los sitiadores de una ejecucion tan horrible, que fue menester palparla para creerla; así como fue preciso negar los oidos á los gritos de la razon y de la naturaleza para ejecutarla. Entráron en la ciudad por las brechas que quedáron sin defensa: pasáron á cuchillo los pocos que encontraron, porque les faltó tiempo y hoguera para ser ceniza; y solo perdonaron á tal cual que pedia de gracia la muerte,

juzgándola más tolerable que la esclavitud. Así pereció despues de ocho meses de sitio la célebre Sagunto, dejando al vencedor por despojo un monton de ceniza y un espantoso cadáver ó esqueleto de ciudad. El jóven animoso conquistador, á quien nada hacia resistencia despues de esta espedicion, lleno de gloria y de ardimiento, resolvió llevar la guerra hasta los muros de Roma para quitar á los romanos el trabajo y la gana de buscar en España al enemigo, teniéndole dentro de su casa.

A. de R.
534.
Ant. de
C. 217.

*Roma en cuatro funciones destrozada,
Pasa á España en ejércitos formada:*

Encendidos en cólera los romanos para vengar el desaire de sus embajadores, y por despicar á sus confederados habian declarado la guerra á los cartagineses, y enviado poderosos socorros á Sagunto, que ya no era. Pero Aníbal por su parte, alentado con aquellos felices progresos que abrian tan dilatado como dichoso cam-

A. de R. po á sus ideas, pasó los Pirineos á la
 535. frente de noventa mil hombres de tro-
 Ant. de pas escogidas, la mayor parte espa-
 C. 216. ñolas. Atravesó la Galia meridional,
 desatacándola sobre la marcha de la
 dominacion de los romanos. Ábrese
 el camino por los Alpes, y encontran-
 do junto al Tesino al primer ejérci-
 to que Roma opone á sus conquistas,
 le ataca, le destroza, y pone en liber-
 tad los pueblos de la alta Italia, por no
 dejar enemigos á las espaldas. Sálele
 al encuentro otro segundo ejército
 romano con intento, al parecer, de
 disputarle el paso del rio Trevia: acomé-
 tétele, y derróta. El tercer ejérci-
 to que se le opuso cerca del lago
 Tresimeno tuvo la misma suerte que
 los dos antecedentes. Abatido el or-
 gullo de la soberbia Roma con estas
 tres derrotas consecutivas, comenzó á
 temer ya por sí misma. Senadores, ca-
 balleros, ciudadanos y esclavos, todos
 toman las armas, y todos se arriesgan
 A. de R. por salvarse todos. El héroe africa-
 536. no, semejante á un leon hambriento,
 Ant. de no, cuando ve delante de sí un rebaño
 C. 215.

de corderos asustados con su vista, cae de improviso sobre este cuarto ejército, y mas brillante que animoso le atropella, le despedaza, le devora; y harto ya de sangre y de carnicería, grita fatigado á sus soldados: *hijos, dad cuartel á los rendidos.* Mató ó hizo prisioneros de guerra cuantos quiso. Llevaban los caballeros romanos un anillo de oro en el dedo por señal de la dignidad ecuestre; y haciendo recoger Aníbal todos los anillos de los caballeros muertos en el campo de batalla, envió á Cartago tres modios y medio de ellos, que son mas de media fanega de las nuestras, para dar á la ciudad una idea de su victoria. Fue tan completa, y Roma quedó tan consternada, que solo con ponerse á la vista de esta capital del mundo se hubiera hecho dueño de ella; pero quiso mas salvar á Roma, que concluir la guerra en que interesaba tanto su autoridad y su reputacion: pareciéndole mejor dominar en Italia como rey, que vivir como particular en Cartago. Así sucede no po-

A. de R.
536.
Ant. de
C. 215.

A. de R. cas veces que los mayores generales
536. perdonan al enemigo por hacer mas
Ant. de duradera su autoridad; y reconocién-
C. 215. dose necesarios á su patria, dan mejor
lugar á los dictámenes de la ambicion
que á los respetos del bien comun. Pe-
netró Roma la política de Aníbal, y
comenzó á respirar; y dejándole que
como conquistador recorriese lo que
le faltaba de Italia; ó como vencedor
y sin enemigos se entregase á las de-
licias de Capua, ó adormecido entre
el arrullo de los rendimientos, ó em-
belesado con el ruido de las aclama-
ciones; tuvo tiempo el Senado roma-
no para recobrar sus fuerzas, y para
levantar dos ejércitos, uno para en-
tretener á Aníbal en Italia, y otro pa-
ra pasar á España con una poderosa
armada. Penetraba muy bien aquel
despejadísimo Senado, domicilio de la
prudencia y del juicio, que no podria
arrancar del corazon de Italia á los
cartagineses, mientras estos pudiesen
conducir de España hombres y dine-
ro: que en las desgracias de la repú-
blica, Aníbal solo ponía el brazo, pe-

ro que España daba vigor al movimiento: y por eso determinó aplicar todas sus fuerzas á debilitar el origen del impulso. Envió á España á Cneo y Publio Escipion, dos grandes capitanes. Desembarcaron en Ampurias al pie de los Pirineos, y á la parte oriental de Cataluña. En la primera campaña quitaron á Cartago todo el pais marítimo, que se estiende hasta Tarragona.

A. de R.
536.
Ant. de
C. 215.

Son desgraciados los pueblos cuyo imperio es disputado por dos poderosos competidores. Necesariamente han de servir de infeliz despojo á la ambicion de uno ó de otro, y muchas veces de entrambos, segun el flujo y reflujo de los sucesos de la guerra. Fue España ssngriento teatro de ella, haciendo ella misma casi toda la costa desde que los romanos adquirieron una porcion de su terreno.

*Y el español rendido,
Contra su libertad toma partido;
Y juntando su mano á las agenas,
Él mismo se fabrica las cadenas.*

A. de R.

536.

Ant. de

C. 215.

Si los españoles hubieran sido prudentes, y contentándose con mirar desde la talanquera una guerra que no se entendia directamente con ellos, y hubieran dejado recíprocamente consumirse á las dos potencias competidoras, sin mezclarse en los intereses de la una ni de la otra, quizá hubieran recobrado su perdida libertad; pero estos dictámenes de la indiferencia no son practicables cuando se introduce en las provincias la parcialidad. De los mismos españoles, unos estaban por Roma, otros por Cartago, y porquísimos por España, sino que fuese algun puñado de gente retirada en los rincones ó montañas septentrionales del reino. Los demas querian hacer papel en aquellos sangrientos teatros de la mortandad ó de la esclavitud, afanando ellos mismos por fabricarse las cadenas para recibirlas ó de Cartago ó de Roma, segun la devocion que profesaba cada uno.

No se descuidaban ni se divertian los dos competidores, mirando cada cual la suerte de España como el pun-

to decisivo de su república. Cada uno se distinguia y señalaba por alguna gran batalla, seguida de la conquista y de la ruina de las provincias vecinas. Los dos Escipiones ganaron cinco, y perdiéron la sexta y séptima con la vida. La primera que ganaron fue contra Hanon, general cartaginés, cerca de Lérida en el año de 537 de la fundacion de Roma. La segunda fue naval contra Hamílcar en el año siguiente. La tercera en Iberia á las márgenes del Ebro contra Asdrúbal en el año de 539. La cuarta junto á Tortosa contra Magon en el año de 540. La quinta en Andalucía sobre el Segre ó Segura contra los dos hermanos Magon y Asdrúbal en el mismo año de 540. Perdiéron una en Albaracin de Andalucía sobre el mismo Segre, y otra junto á Ilorcis. Esta pérdida seria irreparable para Roma si no tuviera otro Escipion, capaz de llenar el hueco de los dos antecedentes. Este fue aquel grande hombre y aquel grande capitan Publio Cornelio Escipion, que hasta ahora dejó indecisa

A. de R.
536.
Ant. de
C. 215.

A. de R. en la historia y en la crítica aquella
536. famosa cuestion de cual fuese en él lo
Ant. de mayor, si lo soldado ó lo hombre. Sus
C. 215. virtudes morales pudiéron llenar de
vanidad al paganismo, y fuéron la
honra de nuestra naturaleza. Tan des-
interesado que jamás tocó á los bienes
de sus aliados, ni enriqueció su caja
militar con el despojo de los enemi-
gos. Tan justo que en su tribunal no
habia distincion entre el español ni el
romano, entre el aliado ni el enemi-
go, y entre el doméstico ni el estra-
ño. Vivia segun la ley, y hablaba co-
mo ella. Cuanto usurpaban sus solda-
dos al pais neutral ó amigo, tanto era
al punto restituido, pero siempre du-
plicado. Tan sobrio y tan templado en
su comida, que ciñéndose puramente
á lo preciso, se levantaba de la mesa
con la misma agilidad de miembros,
y con el mismo despejo de la razon
con que se habia sentado. Tan con-
tinente y tan casto que se podia du-
dar si tenia á todas las mugeres por
madres ó por hermanas suyas, segun
el decoro con que trataba, y el respe-

to que profesaba á todas las de este A. de R. 544. Ant. de C. 207.
sexo. Su primera conquista sobre los cartagineses fue la importante ciudad de Cartagena. Despues de la toma de esta plaza le presentáron una princesa jóven, dama de singular hermosura. Inclínole las rodillas, y cubierto el rostro de aquella modesta púrpura que dibuja el color de la vergüenza, le dijo: "Señor, imploro vuestra clemencia, y me contemplo segura en el sagrado de vuestros pies." Levantóla Publio Escipion blandamente, y le respondió: "Estad sin susto, señora, que los romanos sabemos respetar el nacimiento, la belleza y la virtud"; con cuyas palabras le concedió su proteccion. ¡Rasgo de continencia admirable, que él solo basta á dar á conocer la elevacion de una grande alma! En quanto capitan era tan circunspecto en el consejo y tan prolijo en las medidas, con tanta prevencion de los lances que podian ocurrir en sus empresas, que solo fiaba á la contingencia lo que no dependia del general: en la accion

A. de R. tan animoso y tan intrépido, que solo
 544. negaba al ardimiento aquellos esfuer-
 Ant. de zos que eran imposibles al valor. De
 C. 207. esta manera ganó todas las batallas que
 dió, y contó el número de las plazas
 conquistadas por los sitios que puso.

*Cartago cede en fin: Asdrúbal huye,
 Y asegura Escipion lo que destruye.*

A. de R. Tenia á la sazón Cartago tropas
 545. bien disciplinadas, y abundancia de
 Ant. de grandes capitanes; pero no eran tan
 C. 206. grandes como Escipion. Ganó conse-
 cutivamente tres grandes victorias á
 A. de R. los Asdrúbales: la primera cerca de
 547. Ubeda el año de 545: la segunda jun-
 Ant. de to á Cádiz en el de 546; y la tercera
 C. 204. también en la misma Andalucía dos
 años adelante: haciéndoles perder ter-
 reno, y retirándolos hasta su último
 puesto. Exhausta la república de tro-
 pas y de dinero, no quedaba otro re-
 curso á su esperanza que el escogido
 numeroso ejército, que Asdrúbal el
 barcinonense conducia á Italia para re-
 forzar el de su hermano Aníbal, y pa-

ra sitiar á Roma; la cual hubiera pe- A. de R.
recido si los dos ejércitos llegaran á 547.
juntarse. Pero ya se iba acercando el Ant. de
auxiliar, cuando fue atacado y hecho C. 204.
piezas por Claudio Neron sobre el
Metauro, rio de poco nombre, que
hoy se llama el *Metro*, y corre por el
ducado de Urbino.

Debilitadas ó del todo consumidas A. de R.
las fuerzas de Cartago con golpes tan 548.
violentos, tan repetidos y tan inme- Ant. de
diatos, tomó el partido de ceder á C. 203.
Escipion el campo y el terreno; y re-
cogiendo en sus navíos las reliquias de
la gente que habia quedado en Espa-
ña, dejó con su retirada á los roma-
nos en quieta y pacífica posesion de
todo el pais conquistado catorce años
despues de la famosa toma de Sagunto.

La afabilidad, la cortesanía, la pru-
dencia, la equidad y el desinteres del
grande Escipion tenian tan hechizados
á los españoles, que se reputaban por
dichosos en ser esclavos de los roma-
nos, y respetaban como al redentor
de su libertad al que verdaderamente
se la tiranizaba. No se hubieran equi-

A. de R. 548. vocado tanto en su pensamiento, si Escipion hubiera podido gobernar siempre en España, ó si fueran Escipiones todos los gobernadores que Roma enviaba á ella. ¡Gran documento á los príncipes de lo mucho que les importa para asegurarse la fidelidad y el amor de los pueblos, confiar siempre su gobierno á personas de conocida bondad y de rectitud acreditada!

Porque Cartago podia pensar en recobrar su reputacion y sus conquistas volviendo á entrar en España: para atajarle este pensamiento, y quitarle el tiempo de poder ejecutarlo, resolvió el general romano meter la guerra dentro de la misma Africa. Hízolo el año siguiente, pareciéndole que viendo Aníbal amenazada la capital de su república, evacuaria la Italia para volar á socorrerla: y no le engañó su conjetura, porque Cartago llamó á Aníbal para oponerle á Escipion. Mucho tiempo estuviéron estos dos grandes héroes, coronados de laureles á vista el uno del otro, observándose, tanteándose, meditándose y te-

miéndose sin perdonar á estratagema, A. de R.
 medio ú artificio de cuanto les habia 549.
 enseñado el arte y su consumada pru- Ant. de
 dencia militar para sorprehenderse. C. 202.

Como recíprocamente se conocian y se
 estimaban, mútuamente se temian, re-
 zelando cada cual empeñarse en una
 accion decisiva. Deseosos de verse an-
 tes de arrojarse al peligro de una ba-
 talla, concertáron una conferencia, en
 la cual nada concluyéron. Y como en
 ella preguntase amistosamente el ca-
 pitán romano al cartaginés, „cuá-
 „les eran en su dictámen los tres ma-
 „yores capitanes del mundo;” Aní-
 bal le respondió: „Alejandro, Pyrro
 „y yo.” Replicóle Escipion: „¿Y si A. de R.
 „acáso yo te venciese?” Entonces di- 551.
 jo el cartaginés: „Te contaré á tí el Ant. de
 „primero.” C. 200.

No esperaba Aníbal el suceso que
 inmediatamente se siguió. Viniéron á
 las manos los dos ejércitos: el com-
 bate fue largo, vivo, sangriento, y
 por mucho tiempo muy dudoso; pero
 al fin tocó á Aníbal el honor de la ba-
 talla, y á Escipion el de la victoria,

A. de R. de la cual dependia la suerte de Car-
 551. tago. Ganada la batalla, fue al punto
 Ant. de sitiada esta capital: fue tomada, y no
 C. 200. quedó en estado de pensar mas en Es-
 paña. Desde aquel tiempo gozó Roma
 de esta conquista en plena seguridad.
 Envió á ella regularmente sus gober-
 nadores, y acabó de agotar sus minas
 de plata y oro. No estaban dichos go-
 bernadores vaciados en el molde de
 Escipion. Su avaricia y sus extorsio-
 nes subleváron repetidas veces las pro-
 vincias, pero sin otro fruto que agrava-
 var mas el yugo de su esclavitud, has-
 ta que el año 582 comenzáron las fa-
 mosas guerras de Viriato, de Numan-
 cia y de Sertorio.

REINO DE LOS ROMANOS en España.

A. de R. **D**espues que los romanos entráron
 602. en España, y despues del primer esta-
 Ant. de blecimiento que hicieron en ella el
 C. 149. año de 537 hasta el de 582, solo pen-
 sáron en cimentar bien su conquista.
 Hallábase á la sazón en el mas alto

grado de reputacion la prudencia y la equidad del Senado romano. No sa-
 lian de su seno mas que decretos favo-
 rables, honoríficos y útiles á los pue-
 blos que obedecian las leyes; mas no
 siempre correspondia la ejecucion á
 la generosidad y á la intencion del
 Senado. Los príncipes que gobiernan
 el mundo tienen el brazo largo, y la
 vista corta. Estiéndese su poder hasta
 los límites de la dominacion mas di-
 latada; pero sus ojos no alcanzan mas
 que á lo que tienen delante, y á los
 que estan cerca de sus personas. De
 aquí nacen tantas injusticias y tantas
 vejaciones como se cometen, parti-
 cularmente en las provincias retiradas
 de la córte, aun cuando dominan los
 mejores soberanos, porque la distan-
 cia las desvia de su noticia, á la cual
 solo llegan aquellas especies á que dan
 entrada la política, la adulacion ó el
 interes de los ministros que los rodean.

Los gobernadores que Roma en-
 viaba á España, por punto general
 solo miraban en la patente de su co-
 mision un poder abierto, ó una carta

A. de R. blanca para enriquecerse. Eran san-
 602. guijuelas de los pueblos, que les chu-
 Ant. de paban la sangre, y los ponian en tér-
 C. 149. minos de amotinarse con sus tiránicos
 latrocinios. Insensibles á los gemidos
 de aquellos infelices, solo aplicaban la
 atencion á cerrar el camino para que
 no llegasen á Roma los ecos de sus cla-
 mores. La Lusitania, hoy Portugal,
 sintió mas vivamente estas violencias,
 ó porque fue menos sufrida, ó porque
 se vió mas ultrajada. Ardian en fuego
 de venganza los corazones, y estaban
 impacientes por reventar las llamas de
 la indignacion. A un pueblo tan bra-
 vo y tan zeloso de su libertad, solo le
 faltaba una cabeza valerosa, intrépi-
 da, y bien instruida en el arte de la
 guerra. Todo lo encontró en la per-
 sona de Viriato.

*Viriato guerrero,
 Pasando de pastor á bandolero,
 Y de aquí á general el mas famoso,
 Gefe fue á los romanos ominoso;
 Pues solo en catorce años con su gente,
 Seis veces venció á Roma heróicamente:*

Pero el cobarde bárbaro romano

A. de R.

Fraguó su muerte por traidora mano.

602.

Ant. de

C. 149.

Hizo á Viriato el nacimiento portugués, la profesion pastor, bandolero la desesperacion, y el valor y la destreza capitan de bandoleros; pero fiel siempre, y siempre amante de su patria, respetaba religiosamente hasta el mas humilde paisano. Todos los golpes de su destreza y de su atrevimiento descargaban sobre los romanos, complaciéndose de robarles de una vez lo que ellos habian hurtado poco á poco, siendo ladron en grueso de los que eran ladrones en menudo. En este género de guerra vergonzosa y deslucida se habia instruido en disciplinar una tropa, en conducirla, en formar proyectos, y en ejecutarlos con tanta prudencia, como resolucion. No hay condicion tan humilde, ni empleo tan abatido, que no produzca genios elevados, que para darse á conocer solo echan menos quien los distinga, y quien los emplee en teatro correspondiente. A los que mandan y

á los que gobiernan toca hacer este utilísimo discernimiento.

- A. de R. Pareció Viriato lo que era luego
603. que se le vió en la elevacion que le
Ant. de correspondia, y su conducta acreditó
C. 148. honrosamente la eleccion acertada de
su patria. Su primer ensayo fue atraer
diestramente á los romanos, cerca de
Tarifa, á un desfiladero en que tenia
prevenida una emboscada: diéron en
ella incautamente, y fuéron hechos
pedazos. En la campaña siguiente los
A. de R. sorprendió: púsolos en confusion, y
604. les mató cuatro mil hombres de sus
Ant. de mejores tropas. Avergonzados los ro-
C. 147. manos de verse vencidos por una tro-
pa de vagamundos (así llamaban al
ejército de Viriato) juntáron sus
legiones, y recogiendo las tropas mas
veteranas, presentáron la batalla con
fuerzas muy superiores. Aceptóla Vi-
A. de R. riató, y recibiendo con valor la pri-
605. mera descarga, revolió sobre el ene-
Ant. de migo, rompió las líneas, desbarató los
C. 146. escuadrones, y cubrió el campo de
A. de R. 606.608. batalla de las legiones romanas.
Ant. de
C. 143. Estas tres victorias lleváron el ter-

ror de su nombre hasta las murallas A. de R.
 de Roma. Fuéron seguidas de otras 606.608.
 tres, tan completas, que hicieron des- Ant. de
 mayar el ánimo de los romanos, ca- C. 140.
 yéndoseles las armas de las manos.
 Aquella famosa Roma, tan fecunda
 en valerosos guerreros, ya no encon-
 traba oficiales ni soldados que quisie-
 sen marchar contra Viriato. Encargó- A. de R.
 se Metelo de conducir un nuevo 611.
 ejército á España; pero en la reali- Ant. de
 dad mas como embajador que venia C. 140.
 á pedir la paz, que como general
 destinado á continuar la guerra. Fue
 concluida la paz con las condiciones
 de que los lusitanos quedarian libres,
 y serian reconocidos por dueños ab-
 solutos de todo el país conquistado, y
 por amigos y confederados del pueblo
 romano.

Firmado el tratado de paz por una
 y otra parte, se envió á Roma para
 que el Senado lo ratificase. Hacia va-
 nidad Metelo de haber concluido tan
 felizmente una guerra que habia cos-
 tado tanta sangre y tanto dinero; pe-
 ro los padres conscriptos estaban muy

A. de R. distantes de aprobar la conducta. y
611. mucho menos de acompañar en el
Ant. de contento á su inadvertido pretor. Re-
C. 140. conocian aquellos prudentísimos Sena-
dores que la ratificacion del tratado
seria de mal ejemplo á las demas pro-
vincias de España, para que imitasen
á la Lusitania, con esperanza del mis-
mo feliz suceso; y que los mismos lu-
sitanos, orgullosos con sus victorias,
se valdrian de la primera ocasion para
tomar las armas en favor de sus paisa-
nos; de manera, que sacrificándoles
una parte de aquella conquista, es-
ponian á peligro de perderse las otras
tres. La conclusion fue desaprobar la
conducta de su general, declarar nu-
lo el tratado, y votar la continuacion
de la guerra, hasta sujetar enteramen-
te á aquellos rebeldes.

A este efecto llamáron á Metelo,
y substituyéron en su lugar á Quinto
Pompeyo, uno de los mas hábiles
capitanes que tenia la república; pe-
ro sin embargo, no se atrevió Pom-
peyo á medir sus armas con las de Vi-
riato. Y para cortar los vuelos á la

guerra, resolvió concluir por el artificio y por la ruindad lo que no tuvo alientos para fiar del valor, eehando mano del medio mas cobarde y mas indigno del nombre romano. Sobornó á los tres primeros oficiales del ejército enemigo para que se deshiciesen de su general, y aquellos tres pérfidos asesinos sacrificaron su gefe en obsequio de Pompeyo, desembarazando á Roma de un enemigo, que no habia podido vencer con las armas en la mano.

A. de R.
611.
Ant. de
C. 140.

Faltó á la Lusitania con la muerte de aquel heroe al principio una cabeza, y despues todos los brazos. Volvió á entrar en la dominacion de los romanos aquella noble porcion de España casi cuando tocaba ya con las manos la perfecta restauracion de su perdida libertad. Si las demas provincias, en vez de estarse observando ociosamente el suceso de aquella guerra, hubieran ayudado los generosos esfuerzos del valiente Viriato, hubieran sacudido para siempre el yugo romano de las cervices españolas. Puédese discurrir

A. de R.
614.
Ant. de
C. 137.

A. de R. lo que ejecutaria el aliento español
614. unido por lo que hizo separado.

Ant. de

C. 137. *Numancia, horror de Roma fementida,*

Mas quiso ser quemada que vencida.

No fue Viriato el único soldado que enseñó á los romanos que el valor de España no conocia ventajas al de Roma. La célebre Numancia les hizo reconocer que encerraba dentro de su recinto casi tantos Viriatos como ciudadanos. Ya desde el año 582 se habia hecho formidable á la república esta invencible ciudad; y desengañada Roma de que eran inconquistables los numantinos, tomó el partido de admitir por aliados á los que no podia sujetar como enemigos. Religiosamente fieles á la amistad y alianza contraida, no habian dado socorro á Viriato; pero habian recibido dentro de su ciudad á los segedanos, que habiendo seguido las banderas de este general, despues de su muerte, se habian retirado de la Lusitania. Ca-

lificó Pompeyo esta accion de la generosidad numantina por infraccion del tratado; y declarando la guerra á la ciudad, vino con su ejército á embestirla.

A. de R.
614.
Ant. de
C. 137.

Era Numancia una populosa ciudad, situada hácia el nacimiento del Duero, como á dos mil pasos de distancia de la que hoy se llama Soria, abierta por todas partes. Sus ciudadanos por una idea verdaderamente original no habian querido fortificarse. Era máxima suya que una ciudad no debia tener mas murallas que los pechos de sus habitantes, ni mas defensa que sus espadas: que el poner pared en medio entre el defensor y el enemigo era invencion de la cobardía; porque los que tenian gana de pelear no se ocultaban. Este modo de defender una plaza era poco regular; pero el suceso acreditó que no era impracticable.

Habíase imaginado Pompeyo que lo mismo seria presentar sus estandartes delante de una ciudad abierta, que tomarla; pero engañóse mucho,

- A. de R. porque no tenia bien conocido el va-
 614. lor de los numantinos. Las bocas-ca-
 Ant. de lles estaban cuidadosamente guarda-
 C. 137. das. Cada dia salian de ellas gruesos
 batallones, que echándose furiosa-
 mente sobre los sitiadores con espada
 en mano, los iban retirando á cuchi-
 lladas hasta las trinchéras de su cam-
 po, haciendo en ellos cruel carnicería.
 Mas parecia que los numantinos te-
 nian sitiados á los romanos, que los
 romanos á los numantinos. Un año
 de esta valerosa maniobra bastó para
 arruinar el ejército de Pompeyo, y
 para conseguir á Numancia un nuevo
 tratado, por el cual fue solemnemen-
 te reconocida pueblo libre, amigo y
 A. de R. aliado del pueblo romano. El Sena-
 615. do de Roma, que pocos años antes
 Ant. de do de Roma, que pocos años antes
 C. 136. habia anulado otro tratado semejante,
 concluido en la Lusitania, desaprobó
 por las mismas razones el de Numan-
 cia, y llamó Roma á Pompeyo.
- Al año siguiente el nuevo pretor
 A. de R. Popilio volvió á emprender el sitio,
 616. y á tomar las armas contra los nu-
 Ant. de mantinos; y disponiendo estos con su
 C. 135.

acostumbrada valerosa intrepidez una salida general en orden de batalla, acometiéron á las legiones romanas con tanta bravura y ferocidad, que las llenáron de terror; y atropellándolas, confundiéndolas y despedazándolas, las metiéron á cuchilladas en su campo. Otras dos batallas que les diéron igualmente sangrientas, y no menos ventajosas, desarmáron á Popilio, y le obligáron á ratificar el tratado de Pompeyo.

A. de R.
616.Ant. de
C. 135.A. de R.
617.Ant. de
C. 134.

Inmóvil siempre el Senado romano en su primer dictámen, desaprobó segunda vez este tratado, y mandó pasar á España á Decio Bruto, con orden de continuar el sitio de Numancia hasta rendir la ciudad. La fama y la reputacion de Bruto empeñó á la juventud de la nobleza romana á seguir sus estandartes. Apareció con un ejército descansado y formidable á cualquiera otro valor que al de los numantinos. Acometiéronle estos con su ordinaria ferocidad, sin que el número tan superior los hiciese ruido ni en la admiracion ni en el

A. de R.
619.Ant. de
C. 132.

A. de R. cuidado. Estaban en el mayor ardor
619. de la batalla, cuando dos destacamen-
Ant. de tos, que saliéron muy oportunamente
C. 132. de Numancia, cogiéron en flaco las
dos alas del ejército enemigo, y le
pusiéron en desórden. El combate se
redujo á una horrible carnicería de los
romanos. Llegó á Roma la noticia de
esta derrota, y se llenó la ciudad de
una general consternacion. No habia
familia que no arrastrase luto, y don-
de no se llorase la pérdida ó del ma-
rido, ó del hijo ó del hermano. Na-
die osaba apenas tomar en boca el
nombre de Numancia. Aun en pleno
Senado solo se la conocia, y sola-
mente se apellidaba *Terror Imperii*:
dos palabras solas, que valen para Nu-
mancia un tomo entero de elogios.

Mientras tanto se murmuraba al-
ta y descubiertamente en Roma de la
conducta del Senado: tratábase de
ciega obstinacion á su constancia: acu-
sábase á los ministros del consejo de
haber negado fuera de tiempo, y sin
razon la ratificacion de los tratados con-
cluidos por los pretores; y se les pre-

guntaba sin rebozo si pretendian hacer morir á todos los romanos por ganar una ciudad. Pero el prudentísimo Senado despreciando generosamente estos clamores que esforzaban el vulgo, la ligereza y el dolor, haciéndole menos fuerza la pérdida de la gente que el menoscabo de la reputacion, y desatendiendo á la queja del erario por atender á las voces de la honra, se mantuvo inflexible en la resolucion de domar en todo caso el orgullo de Numancia. Decretó que pasase á España el cuarto ejército bajo la conducta de Emiliano Escipion, llamado despues el *numantino* y el *africano* (*). Fuéron convidadas todas las legiones á servir en esta guerra; pero ninguna se ofreció. Mandóse que se sortearasen, y á las que cupo la suer-

A. de R.
619.
Ant. de
C. 132.

(*) Este Publio Emiliano Escipion, hijo de Paulo Emiliano, no fue de la familia de los Escipiones. Adoptóle por hijo Escipion el grande, con cuya nieta habia casado. Llamóse despues el *numantino* y el *africano*, por haber destruido á Numancia y á Cartago.

A. de R. te les fue preciso marchar.

619. Tomó Emiliano otras medidas muy

Ant. de distintas de las de sus antecesores.

C. 132. Viendo á los numantinos en posesion de derrotar los ejércitos de los romanos, juzgó que no seria prudencia venir á las manos con ellos, y que seria mas seguro quitarles las fuerzas para pelear, sitiándolos por hambre. Con esta idea mandó arrasar todo el pais á seis leguas al contorno de la ciudad. Hizo levantar líneas de circunvalacion y de contravalacion bien fortificadas, y se apostó en un campo muy atrincherado, de donde pudiese acudir con pronto y fácil socorro á los puestos que fuesen atacados por los numantinos. En esta disposicion esperó con paciencia y con sosiego que el tiempo y el hambre le pondrian en la mano una victoria que no podia esperar de la fuerza y de las armas. Su ejército era muy numeroso, y la historia solo concede á los numantinos, á lo mas, ocho mil hombres. Luego que aquellos estorzados corazones se viéron encerrados, reconocié-

ron que los querian rendir con las armas de la necesidad. Redobláron sus esfuerzos, y ejecutáron prodigios de valor. Muchas veces forzaron las líneas de los sitiadores; muchas se pusieron en orden de batalla, y no siendo mas que un puñado de gente, desafiaban á todo el ejército romano.

Pero Escipion, firme siempre en su dictámen, negaba los oídos á las bachillerías del pundonor, por concedérselos á las persuasiones de la seguridad y de la prudencia; y contentándose con defender sus trincheras, sin desampararlas, oponia diez sitiadores á cada uno de los sitiados. Esta prudente constancia desconcertó á los numantinos, y apretados por el hambre se rindiéron a capitular; pero se les respondió, que era menester, ó rendirse á discrecion ó perecer. Escogieron lo segundo, y solo pensáron en vender caras sus vidas, en caso de no poder salvarlas, abriéndose el paso con las armas en la mano por en medio del enemigo. Encontráron en la desesperacion las fuerzas que habian

A. de R.

619.

Ant. de

C. 132.

A. de R. perdido con el hambre. Rompen las
 519. primeras y las segundas líneas: ven-
 Ant. de cen las trincheras, y penetran hasta
 C. 132. lo interior del campo, haciendo pe-
 A. de R. dazos cuanto se les ponía delante. Allí
 621. perecieron los mas en el glorioso le-
 Ant. de cho del honor: los pocos que restaron
 C. 130. volviéron á entrar en la ciudad, don-
 de por algun tiempo se alimentáron
 de carne humana, sirviendo los cadá-
 veres á sustentar el valor como ali-
 mento, cuando ya no podían soste-
 nerle como defensa. Pero al fin, ar-
 rebatados de la desesperacion, y pre-
 firiendo la muerte á la esclavitud, á
 ejemplo de los saguntinos, pusieron
 fuego á las habitaciones, y todos se
 entregáron á las llamas.

Tal fue la trágica catástrofe de la famosa Numancia, despues de quin-
 ce meses de bloqueo. Jamas vió el
 mundo plaza defendida con mayor va-
 lor, que consumiese tantos ejércitos,
 ni que ganase tantas victorias. Enmu-
 deció profundamente España con su
 caída, y toda ella sujetó la cerviz al
 yugo romano, excepto las provin-

cías mas septentrionales que ó en su
 pobreza encontraron mas dilatado abri- A. de R.
 go contra la avaricia, ó en su valor 621.
 hallaron mas larga defensa contra la Ant. de
 ambicion de los conquistadores. La va- C. 130.
 lerosa resistencia de estos pueblos fue
 siempre la postrera en recibir el yugo
 estrangero, y la primera en sacudir-
 le. Este suceso verificó á la letra el Machab.
 oráculo divino, pronunciado y anun- l. 1. c. 8.
 ciado en la Escritura, conviene á sa-
 ber, que los romanos se habian hecho
 dueños de las minas de plata y de oro
 españolas, y dominaron á toda la na-
 cion por su prudencia y por su tole-
 rancia.

Desterrado Sertorio á las Españas,

En italiana sangre sus campañas

Inundó vengativo;

Hasta que mas dichoso y mas activo

El gran Pompeyo puso á sus furores

Sangriento fin de muertes y de horrores.

A. de R.

648.

Ant. de

C. 203.

A la ruina de Numancia se siguié-
 ron cuarenta años de una profunda
 paz. Pero habiendo tiranizado Sila á

- A. de R. la república romana, y habiendo des-
648. terrado de ella á los parciales de Ma-
Ant. de rio su competidor; Sertorio, que era
C. 203. uno de ellos, buscó en España su se-
guridad. Lo mismo fue llegar á ella
que hacerse dueño de los corazones de
todos. Españoles y romanos á com-
petencia se alistáron bajo de sus ban-
A. de R. deras. No se le oía otra cosa sino
660. que venia á restituirles en su antigua
Ant. de libertad; y para que las obras fuesen
C. 91. de acuerdo con las palabras moderó
los tributos, y erigió en Lusitania una
república al aire de la de Roma.
- A. de R. Informado Sila de esta revolucion
647. envió un ejército contra Sertorio; pe-
Ant. de ro fue derrotado al pie de los Piri-
C. 77. neos. La misma desgracia padeció el
segundo ejército; y el tercero habien-
do avanzado hasta la Andalucía, fue
todo él pasado á cuchillo. Hallábase
Sertorio delante de Laurona, hoy Li-
ria, cuando Cneo Pompeyo y Mete-
A. de R. lo se avanzáron con otro ejército pa-
676. ra hacerle levantar el sitio. Presentó-
Ant. de les la batalla: matóles diez mil hom-
C. 75. bres, y apoderóse de la plaza. Dié-

ronse otras tres sangrientas batallas entre estos tres grandes capitanes: la primera á las márgenes del Júcar con igual pérdida de los dos ejércitos: la segunda á las orillas de Guadaliviar, que atraviesa el reino de Valencia, la que ganó Pompeyo; pero con tanta sangre de los suyos, que levantó el sitio de Calahorra antes que esponerse al peligro de la tercera; pero no pudo evitarla, porque Sertorio le atacó cerca de Denia. La accion fue larga, viva, y de las mas sangrientas. Ambos capitanes se retiraron á sus campos, sin que ninguno se creyese ni vencedor ni vencido, respetándose mutuamente, y sin gana de volver á la disputa. Ya se miraba en Roma como cosa desesperada la reduccion de Sertorio, quando Antonio y Perpenna, sus tenientes generales, le quitaron á puñaladas la vida, hallándose en Huesca divertido en un festin, apoderándose los dos del mando del ejército, y siendo la ambicion la que dió impulso y aliento á tan vil alevosía.

A. de R.
676.Ant. de
C. 75.A. de R.
677.Ant. de
C. 74.A. de R.
681.Ant. de
C. 70.

- A. de R. *Atónita la España á golpe tanto,*
 681. *El valor cambió á miedo: y con espanto,*
 Ant. de *Cuando esperaba mas crueles penas,*
 C. 70. *Agradeció á Pompeyo las cadenas.*

Los españoles que hacian la mayor parte del ejército, y que amaban con ternura y con respeto á su general, quedáron inmóviles entre la indignacion y el asombro con la noticia de tan aleve atentado; y abominando de los que habian sido artífices y ejecutores de la traicion, quisieron mas sujetarse á los romanos, que obedecer á dos asesinos. Abandonáronlos á su desgraciada suerte: Pompeyo los persiguió; y habiendo vencido á los dos en un combate, á entrambos les hizo pagar con la cabeza la infamia. Entonces todos los pueblos se apresuráron á rendir á Pompeyo la obediencia. Solas dos ciudades, Osma y Calahorra, se resistieron á seguir el ejemplo de las demas; pero fuéron tomadas por asalto, arrasadas sus murallas, y pasados á cuchillo sus habitantes. Estos fuéron los postreros gritos ó los últimos alien-

tos de la libertad española. Amaban A. de R.
tanto á Sertorio los españoles, que le 681.
aclamaban el Aníbal de los romanos, Ant. de
siendo la primera máxima de este gran C. 70.
soldado, que un general antes de em-
barazarse en algun empeño debia po-
ner la atencion en la salida. Y repetia
con frecuencia á sus valerosos espa-
ñoles, que serian invencibles todo el
tiempo que se conservasen unidos; pe-
ro que hacia dificultosa esta union el
ambicioso deseo que cada uno tenia
de sobresalir; porque mientras todos
aspirasen á mandar, ninguno se acomoda-
ria á obedecer. Para hacerles conce-
bir la necesidad de esta union les po-
nia presente la cola de un caballo,
cuyas cerdas unidas burlaban la fuerza
mas robusta, cuando separadas ó co-
gidas cada una de por sí, al menor
impulso cedia sin resistencia. Gobernó
Pompeyo á España en paz por mu-
cho tiempo, siendo tres los tenientes
generales que le ayudaban á mante-
nerla cuando Julio César su competi-
dor entró en ella con las armas en la
mano.

- A. de R. *Pero el mismo Pompeyo fue vencido*
 681. *De César, su rival esclarecido.*
 Ant. de *Lérida lo dirá con sus murallas,*
 C. 70. *A un mar de sangre márgenes y va-*
llas:
Como Munda lloró en sus baluartes
La rota, en sus dos hijos, de dos Mar-
tes.

- A. de R. *Habiendo tomado Julio César las*
 705. *armas contra su patria, se apoderó de*
 Aut. de *Roma y de toda la Italia. Pasó á Es-*
 C. 46. *paña precipitadamente, y delante de*
Lérida combatió y deshizo los tres
generales de Pompeyo. Apoderado de
las legiones romanas, y asegurado del
pais, dió la vuelta á Italia con la mis-
ma aceleracion con que habia venido:
no de otra manera que aquellas ráfa-
gas de luz, que con el nombre de re-
lámpagos se forman en las nubes, tan
prontas á dejarse ver, como á desapa-
recerse. Al año siguiente ganó á Pom-
peyo la famosa batalla de Farsalia,
persiguiéndole hasta las orillas de Egipto;
pero al llegar á ellas se convirtió
la emulacion en compasion y en asom-

bro cuando se halló con la valerosa cabeza de su heróico competidor separada de su cuerpo, habiéndole hecho inhumanamente degollar Ptolomeo, rey de aquella tierra.

A. de R.
705.
Ant. de
C. 46.

Retiráronse á España los dos hijos de Pompeyo, creyéndose mas seguros en un pais donde era dominante el partido de su padre. Pero Julio César, que lloró al padre difunto, y le temió vivo, creyó resucitado ó heredado su valor en los dos hijos, y revolvió contra ellos en España. Buscólos, y los alcanzó cerca de Munda, poblacion entonces de mayor sonido, y hoy de menor reputacion, situada sobre una colina en el reino de Granada entre Málaga y Almería, á la costa de la mar. Avistáronse los dos ejércitos; presentáronse mútuamente la batalla, y recíprocamente la admitiéron. Al principio del choque fue César roto y atropellado, tanto que ya se atrevió á su corazon, ó sea la resolucion, ó sea el ofrecimiento de quitarse la vida por no sobrevivir á su desgracia. Pero haciendo lugar á la razon, tuvo por mas

A. de R.
709.
Ant. de
C. 42.

A. de R. conveniente vender cara la vida que
 709. desperdiciarla. Rehizo las legiones,
 Ant. de echó pie á tierra, púsose á la frente de
 C. 42. sus tropas con espada en mano, y cargó
 sobre el enemigo tan desesperadamen-
 te, que introduciendo en su campo pri-
 mero el miedo, despues el desórden,
 y al cabo la carnicería, dejó tendidos
 treinta mil cuerpos en el campo de
 batalla. Valióle á César esta victoria
 toda la España romana; pero duró-
 le poco el fruto de su triunfo, por-
 que al año siguiente un puñal le qui-
 tó en Roma la vida hallándose en ple-
 no Senado,

A. de R. *Octavio entró en España, y su milicia*
 710. *Rindió á Cantabria, Asturias y á Ga-*
 Ant. de *licia:*
 C. 41.

Muerto Julio César, Octavio su
 sobrino, á quien despues se le dió el
 título de *Augusto*, repartió con Marco
 Antonio todo el imperio romano, re-
 servando para sí la España en la distri-
 bucion de su repartimiento. Llegó á
 su noticia que aquellos pueblos, can-

sados de la dominacion estrangera, as- A. de R.
piraban á desembarazarse del yugo. 710.

Con efecto, las provincias de Canta- Ant. de
bria, hoy Vizcaya, Asturias y Galicia, C. 41.

habian tomado ya las armas. Mal sa-
tisfechos de haberse sabido ellos con-
servar en la posesion de su libertad,
aconsejaban, y aun casi forzaban á las
demas provincias á su imitacion, que-
riendo introducir el ejemplo en trage
de violencia, y no recatándose de man-
dar lo que era sobrado arrojo el per-
suadir. Temeroso Octavio de perder la
mejor porcion, ó la piedra mas brillan-
te de su imperial diadema, pasó á Es-

A. de R.

714.

paña con tanta apresuracion, que an- Ant. de
tes llegó á ella su persona que la no- C. 37.

ticia de su marcha. Llevó consigo tan
escaso número de legiones, que menos
parecia ejército que escolta; y su-
pliendo el defecto de estas con la mi-
licia de las provincias que se conser-
vaban en su devocion y fidelidad, di-
vidió sus tropas en tres cuerpos, con
las cuales embistió al mismo tiempo á
Asturias, á Galicia y á Vizcaya. Aun-
que los cántabros y los asturianos

A. de R. 714. Ant. de C. 37. fueron derrotados, no pudo forzarlos en los campos donde se habian atrincherado, siendo la aspereza del terreno fortificacion de la naturaleza, impenetrable al valor y al artificio; pero vencieron la paciencia, el tiempo y el hambre á los que estaban fuera de la jurisdiccion de otra violencia. La falta de víveres les puso en sus manos desmayados, domados y rendidos á los que no pudieron sujetar las armas. No así los gallegos, que aunque sitiados tambien por hambre, quisieron antes, ó fuese exceso de valor, ó desesperacion de la cobardía, tener el gusto de matarse unos á otros, que cometer la vileza de obedecer á los romanos, ó dar á estos la complacencia de que los despedazasen: resolucion en que pudo equivocarse la animosidad con el apocamiento. Quedó Galicia sin defensores, y entró dando leyes á los troncos, hasta que hubiese nuevos pobladores para obedecerlas. Así tuvo Octavio la gloria de acabar la conquista de toda España.

Con que sujeta España á los romanos, A. de R.
Doradas las esposas á las manos, 714.
De sus conquistadores, Ant. de
Convirtiendo en remedios los horrores, C. 37.
Recibió ceremonias,
Lengua, ritos, costumbres y colonias.

Ninguna nacion defendió ni con tan porfiada resistencia ni con tan valeroso ardimiento su amada libertad. Ninguna derrotó tantas veces y tantos poderosos ejércitos romanos. Para sujetarla enteramente fuéron menester todas las fuerzas y todos los grandes capitanes que produjo Roma. Los cuatro Escipiones, Pompeyo el grande, Julio César y Augusto con todo el poder romano, y con sesenta y siete años de continuada guerra; y aun así quedaria desairado el valor, la ambicion y la porfia de Roma, si una parte de España no hubiera peleado contra la otra, siendo los españoles auxiliares de sí mismos para su propia destruccion.

Sucedió una profunda y larga paz á las perpetuas guerras que fatigaron á

A. de R. España, desde que incurrió en la inad-
 714. vertencia de conceder surgidero , y
 Ant. de permitir establecerse en sus costas á los
 C. 37. cartagineses. Gozaron los pueblos por
 gran espacio de tiempo los apacibles
 frutos de una paz tan dilatada, que si
 padecieron algunos intervalos, mas pu-
 diéron llamarse paréntesis que inter-
 rupcion ; y aun entonces las inquietu-
 des de algunas provincias menos me-
 recian el nombre de guerra que de se-
 dicion ; pudiéndose, á lo mas , llamar
 quejas armadas contra la vejacion de
 los gobernadores: nubes pequeñas que
 alteraron algo ; pero que no llegaron
 á turbar la serenidad hasta la entrada
 de los godos.

Mientras duró este siglo , á quien
 la infelicidad de los antecedentes pu-
 do hacer que se llamase *afortunado*,
 toda España se romanizó. (*Séanos lí-
 cito introducir una voz nueva en un
 tiempo en que se da naturaleza á toda
 voz estrangera , y en que casi es con-
 trabando el uso de las antiguas.*) Re-
 cibió sin resistencia y aun con gozo
 diferentes colonias romanas que la po-

bláron, y diversas ciudades que la ennoblecieron. Zaragoza, Mérida, Bada-
 joz y otras muchas entraron en este número. Con el tiempo tambien hizo suyo el idioma, las leyes, los ritos y las ceremonias de sus conquistadores. No dejó de tener parte en los honores y en las primeras dignidades del imperio, como lo acreditaron los emperadores Trajano, Teodosio y el cónsul Balbo. De su seno, fecundo en hombres á todas luces grandes, salieron los dos Sénecas, Mela, padre de Lucano, el mismo Lucano, Marcial, Floro, Porcio Latro, y Pomponio Mela.

A. de R.
 714.
 Ant. de
 C. 37.

NOTAS DEL TRADUCTOR.

I. "Por no faltar á la concision debió de omitir nuestro autor alguna noticia del raro ejemplo de constancia y de fidelidad á su gefe el gran Sertorio, con que en el famoso cerco de Calahorra sufrieron los valientes cántabros (como llama Juvenal á los calagurritanos) los horrores de mayor atrocidad que puede

causar la guerra, hasta sustentarse de carne humana en la cruelísima hambre que aguantáron, la cual pasó en proverbio de *hambre calagurritana*.

II. Cuando se dice que toda España hizo suyo el idioma romano, se deben exceptuar las provincias vascongadas, que hasta hoy conservan su lengua materna: siendo para mí lo mas probable que fue la primitiva de toda la nacion, como nerviosamente lo esfuerza el *P. Manuel de Larramendi* por toda la segunda parte de su copiosísimo y eruditísimo prólogo al *Diccionario trilingüe*. Sus argumentos son de tanto peso, que hasta ahora ninguno los ha desatado con solidez, aunque algunos los hayan combatido con demasiada animosidad; pero escaramuzando con el modo, sin atreverse á la substancia."

FIN DE LA I. PARTE.

TABLA CRONOLÓGICA

DE LOS REYES GODOS

DE LA PRIMERA LINEA.

Nombres de los Reyes que reinaron en España.	Principio de su reinado.	Duración de su reinado.
<i>Siglo V.</i>		
Ataulfo	412.	4.
Sigerico	416.	8. dias.
Valia	417.	3.
Teodoredo	419.	32.
Turismundo	451.	1.
Teodorico	452.	14 y 1 m.
Eurico ó Evarico	467.	17.
Alarico	484.	23.
<i>Siglo VI.</i>		
Amalarico	507.	25.
Teudis ó Teuda	532.	16 y m.
Teudiselo	548.	1 y 9. m.
Agila	549.	3 y m.
Atanagildo	552.	15.
Liuva	567.	3.
Leovigildo	570.	16.
Recaredo	586.	15. y m.

Nombres de los Reyes que reinaron en España.	Principio de su reinado.	Duración de su reinado.
--	--------------------------	-------------------------

Siglo VII.

Liuva	601.	2.
Viterico	603.	6.
Gundemaro	610.	8.6 m.
Sisebuto	618.	1.10 m.
Recaredo II	621.	3 m.
Suintila	621.	10.
Sisenando	631.	6.
Chintila	637.	3.9 m.
Tulga	640.	2.
Chindasvinto	642.	6.8 m.
Recesvinto	649.	23.
Wamba	672.	8.
Hervigio	680.	7.
Egica	687.	14.

Siglo VIII.

Vitiza	701.	10.
Rodrigo	711.	3.
Murió en	714.	

COMPENDIO

DE LA HISTORIA

DE ESPAÑA.

SEGUNDA PARTE.

Reino de los reyes godos, y quinto
siglo del nacimiento de nuestro
señor Jesucristo.

*Al año cuatrocientos, el alano,
El godo, el suevo, el vándalo inhu-
mano,*

*De las cobardes manos que la tratan,
La España á viva fuerza se arreba-
tan.*

Gobernaba el imperio romano al principio del quinto siglo despues del nacimiento de Cristo el emperador Honorio, príncipe de poco espíritu, en quien la inaccion era naturaleza; y aprovechándose de ella las naciones bárbaras, se estendiéron á manera de inundacion por todo su imperio, bus-

A. de C.
401.

A. de C. 401. cando en él elimas menos destemplados, ó mas fértiles que los que lograbán en su pais. La mayor parte de estas naciones habian salido de los ángulos mas retirados del norte; y no habiendo aprendido otro modo de vivir que el de la guerra, se asalariaban á quien les pagaba mas. En varias ocasiones habian servido al imperio con fidelidad y con reputacion; y haciéndolos orgullosos la memoria de sus servicios y el conocimiento de sus fuerzas, pedian con las armas en la mano que se les señalasen algunas provincias para su establecimiento: modo de suplicar que mas provocaba á la indignacion que á la condescendencia, porque andaba la amenaza mal disimulada con el ruego. Esta representacion armada fue á tiempo en que la soberbia Roma iba decayendo, ó se iba precipitando hácia su ruina, sin conservar de su antigua magestad mas que la memoria y el orgullo, semejante á un héroe ya decrépito, á quien los años quitan el espíritu, dejándole solamente con aquella parte de vigor

que consiste en la fiereza. La insolencia de estas naciones bárbaras encendia su resentimiento con aquel género de llama floja, que es tan fácil á desvanecerse como á formarse, faltándole materia para su conservacion. Bien quisiera Roma castigar el atrevimiento, y reprimir el orgullo de aquellos bárbaros; pero le faltaba de fuerzas todo lo que le sobraba de cólera y de dolor. Concedió pues lo que no podia negar; ó dejó que le tomasen lo que no podia embarazar que le cogiesen, esforzándose á que la debilidad pareciese condescendencia. Mas para conjurar aquel nublado de Italia, ó aquella tempestad de pueblos armados, les hizo insinuar el emperador Honorio que podian escoger para su establecimiento algunas provincias colocadas de la otra parte de los Alpes. Con este género de permiso que arrancó la violencia y concedió la necesidad, se deramaron por las Galias, y se estendiéron por España Hermenerico, rey de los suevos, Atacio, rey de los alanos, Gunderico, rey de los vándalos,

A. de C. y Ataulfo, rey de los visogodos.
401.

Dividíase entonces la España en citerior y en ulterior. La citerior comprendía todo aquel país que está situado hacia el norte entre el Ebro y los Pirineos, incluyendo en su dominación la Vizcaya y las Asturias. La ulterior abrazaba todo lo restante de España, repartido en tres gobiernos. El de la Bética, cuya jurisdicción se dilataba desde Andalucía hasta todas las provincias de las dos Castillas. El de Lusitania, que se contenía, con poca diferencia, en los límites de lo que hoy llamamos Portugal y Galicia; y el Tarraconense, que comprendía los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña. Los suevos se establecieron en los reinos de Galicia, de Leon y de Castilla la vieja: los vándalos en la Bética, y los alanos en la Lusitania y en la provincia de Cartagena.

ATAULFO.

Ataulfo valiente,
En cuya heróica frente

*De los godos descansa la corona,
Ocupando á Tolosa y á Narbona,
Se acantona en Gascuña,
Y estiende su cuartel á Cataluña.*

A. de C.
401.

La Gotia, provincia de la Scandinavia, comunicó su nombre á los godos, que divididos en ostrogodos ó godos orientales, y en visogodos ó godos occidentales, ocupáron los primeros á Italia, al mismo tiempo que se estendiéron por España los segundos. Ataulfo, rey de los visogodos, se apoderó de todo aquel terreno por donde hoy se dilatan las provincias de Languedoc, Gascuña, Guiena, Cataluña y Aragon: mientras los romanos mantenian en su devocion á Castilla la nueva, y á otras muchas poblaciones marítimas, de que el primer ímpetu de los godos no pudo apoderarse. Contentos estos con sus nuevas conquistas, si así se pueden llamar las que se dejáron hacer sin resistencia, pareciendo mas posesiones heredadas que provincias adquiridas por el derecho de la guerra, solo se aplicaba

412.

A. de C.
412.

Ataulfo á afianzar en ellas su dominacion. Con esta idea distribuyó sus tropas en las principales plazas, consignéndoles aquella porcion de tierras y heredades que le pareció bastante para que pudiesen subsistir cómodamente.

Más el espíritu marcial de una nacion belicosa no pudo resolverse á dejar las armas de las manos mientras podian emplearse en hacer nuevas conquistas; y viendo las que habian hecho los vándalos, los suevos y los alanos, ó por mas ventajosas ó por mas acomodadas, determinó hacer frente al todo, y á no desistir de la guerra hasta haberlo conseguido. Comprehendia el Rey las dificultades de una empresa tan arriesgada, y prefiriendo una corona cierta á otra contingente, pareciéndole imprudencia esponerlo todo por adelantar algo, se negó con resolucion á los ambiciosos clamores de sus vasallos. Pero irritados estos, convirtieron en sedicion el ardimiento, y se arrojaron al mayor delito, manchando sus manos alevosas en la sangre de Ataulfo, príncipe desgraciado,

digno de mejor fortuna , y de mandar A. de C.
 á un pueblo menos feroz. Será perpe- 412.
 tua su gloria en los anales , y resonará
 su nombre con mucho eco en la fama
 por haber sido fundador de tan noble
 monarquía. Dejó un hijo que se lla-
 mó Sigerico , y fue proclamado rey
 por una parte de la nacion : mas no
 perdonando al hijo los asesinos del pa-
 dre , en menos de nueve dias le vié-
 ron sus vasallos ascender al trono , y
 descender al sepulcro. Monarca fugaz,
 á manera de relámpago , que dejó
 dudosa á la historia si le debe contar
 en el número de los Reyes obedecidos,
 ó de los que no fuéron mas que desea-
 dos.

VALIA.

*Mas Valia , belicoso , á los romanos
 Redujo , suevos , vándalos y alanos.*

Era entonces electiva la corona 416.
 de los godos , y por lo comun no ha-
 bia mas intercesores para la eleccion
 que el valor y el merecimiento. Fue
 puesta sobre las sienes de Valia , cu-

A. de C. 416. Y as proezas militares le habian dado á conocer en Roma por uno de los mayores capitanes de la Europa. Temíale el emperador Honorio, y resolvió tenerle empleado en España, escondiendo mal el miedo entre la confianza. Hízole el partido de cederle en toda propiedad y soberanía las provincias de que se habian apoderado los godos, con la condicion de que él volveria á poner debajo de la obediencia del imperio romano todas las demas provincias que los otros bárbaros le habian usurpado.

Aceptó Valia el partido, siendo tan achacosa la intencion de parte de quien le aceptaba, como de parte de quien le ofrecia. Era el designio de los romanos destruir á los otros bárbaros con las armas de los godos, y dejarse despues caer sobre los godos en desembarazándose ya del cuidado de los bárbaros. Era el designio de Valia abatir á las demas naciones con el auspicio y con las armas romanas unidas á las suyas, y volver despues sus fuerzas contra las provincias que poseian

en España los romanos, desalojándolos de toda ella, cuando las guerras extranjeras los tuviesen sin aliento en el corazon, sin vigor en el brazo, y sin nervio en el erario. Así se burlan recíprocamente los políticos, siendo el mayor primor de su artificio caminar mas unidos á los intentos los que estan mas desviados, y aun mas opuestos en las intenciones.

A. de C.
416.

En ejecucion del tratado atacó el Rey de los godos á los suevos, vándalos y alanos, cogiéndolos separadamente; y consiguiendo tres victorias á costa de tres batallas, los puso debajo de la dominacion de los romanos. Los alanos perdiéron á su Rey en la funcion, y retirándose á Galicia, se incorporáron con los suevos; pero los yándalos fuéron mas felices, ó menos desgraciados, como lo diremos en el reinado siguiente. Agradecido el emperador Honorio á los servicios de Valia, le cedió todas las provincias de Aquitania, y le reconoció por legítimo rey de cuantos paises poseia en las Galias y en España. La soberanía

419.

A. de C. de estos países, que en Ataulfo era
419. usurpada, en Valia se hizo legítima
por la cesion del Emperador. El rei-
nado de Valia fue breve, pero bri-
llante. Murió en Tolosa el año de 419.

TEODOREDO.

Teodoredo y Aecio coligados
En estrechos tratados,
Con Meroveo, que reinaba en Francia,
De Atila humillaron la arrogancia.

A Valia sucedió su pariente Theo-
doredo, llamado por otro nombre Theo-
dorico, príncipe á quien los vándalos
diéron bien en que entender. Era
governador del África romana el
conde Bonifacio, que mal satisfecho
del emperador Valentiniano porque le
llamaba á Roma capitulado, enco-
mendó su venganza á la traicion, y
427. resolvió entregar el Africa á los ván-
dalos, que llamados por el conde, no
se hicieron de rogar. Resueltos á de-
jar á España, no quisieron pasar el
mar con las manos vacías; y dando

principio al saqueo sin que Teodore- A. de C.
do se hallase en estado de hacerles re- 427.
sistencia, arrasaron toda la costa ma-
rítima desde Cádiz hasta la emboca-
dura del Ebro, y cargados de rique-
zas, incorporándose con su rey Gun-
derico, pasaron al África en número
de ochenta mil combatientes, y en es-
pacio de cinco años se hicieron dueños
absolutos de todo el país.

Apenas respiraba España, viéndose libre de esta bárbara nacion, cuando se halló amenazada de la irrupcion de otra no menos intrépida, ni menos cruel. Los hunos, nacion belicosa y bárbara, que tenian su origen en las márgenes del Ponto Euxino, no cabiendo en su país, rompieron sus términos á manera de avenida, y conducidos de su rey Átila, que se puso á la frente de quinientos mil combatientes, entraron en las Galias llevando á fuego y sangre cuanto se les ponía delante, sin perdonar ni dar cuartel mas que á las riquezas, únicas prisioneras que se hacian en aquella guerra. Jac-
tábase Átila de ser el *azote de Dios*;

A. de C. 427. Y aunque mal colocada, era bien fundada la jactancia; porque en realidad apenas se conoce otro en la historia ni mas pesado, ni mas terrible. Sirvióse Dios de este azote para castigar á la Francia y á la Italia, cuyos desórdenes llegaron á tal esceso, que si se retardase el castigo, podia parecer injurioso á la divina Providencia el sufrimiento, como que ignoraba los delitos, ó le faltaban fuerzas para la venganza. El general de las armas romanas que mandaba en las Galias, y se llamaba Aecio, conocia muy bien la debilidad de sus fuerzas para resistir á un torrente tan impetuoso, y convidó á Meroveo, rey de Francia, y á Teodoro, rey de los godos, para que se uniesen con él contra el enemigo comun. Ambos príncipes se hicieron cargo de lo que interesaban, y convinieron en un tratado ó una triple alianza.

Señalóse el cuartel general, adonde concurrió Teodoro con lo mas escogido de sus tropas. El ejército de los confederados marchó en busca del

de Átila, que le ahorró la mitad del camino, porque le salió al encuentro, y á corta diligencia se avistáron los dos ejércitos en las llanuras de Chalons, sobre las márgenes del Marne. Acometiéronse con ferocidad, y Teodoro que mandaba el ala derecha con sus dos hijos Turismundo y Teodorico, hizo prodigios de valor. Atropellados los hunos por todas partes, y embarazados en su misma muchedumbre, no pudieron rehacerse. Los que retrocedían y los que se avanzaban para sostenerlos se apretáron de manera que se imposibilitáron al manejo de las armas: con que se hizo en ellos tan espantosa carnicería, que en el sentir unánime de todos los autores contemporáneos, quedáron cerca de doscientos mil en el campo de batalla.

A. de R.
427.

La pérdida de los aliados no fue considerable por el número de los muertos; pero fue inestimable para los godos por la calidad, pues su rey Teodoro dejó la vida en el combate, con llanto universal de los dos ejércitos confederados. Aunque pudo

A. de R. 45^r. Aecio acabar del todo con la nacion de los hunos, no quiso por política desembarazarse de estos enemigos, creyendo que de esta manera se haria mas necesario al imperio romano; y despidiendo á los godos y á los francos con diferentes pretextos, permitió que los hunos se echasen sobre la Dalmacia, la Ilírica, y despues sobre la Italia, sin que nadie pudiese hacer resistencia á su ambicion, á su avaricia y á su ferocidad. Conocida por el emperador Valeriano la traicion de Aecio, tres años despues le hizo pagar su alevosía con la vida: fruto correspondiente á una política torcida, que le dió á conocer, aunque con escarmiento tardío, que el medio mejor para hacerse útil ó necesario á la patria, es servirla con fidelidad, poniendo siempre el bien comun delante del interes particular.

TEODORICO.

*Teodorico, hecho rey de fraticida,
Rindió á otro fraticidio reino y vida;*

*Al Suevo orgulloso**Privó de rey, de reino y de reposo.*

A. de R.

451.

Habia dejado tres hijos Teoderodo, Torismundo, Turismundo ó Trasimundo (que con todos estos tres nombres se reconoce en la historia), Teodorico y Eurico. Todos tres se declararon pretendientes á la corona; pero el ejército, que luego se declaró por el primogénito, sin otra formalidad la colocó en las sienes de Torismundo antes de despedirse de Aecio. Restituido este príncipe á España con sus tropas, y acantonándolas en cuarteles de refresco, solo pensaba en respirar de las fatigas de la guerra y de la marcha, mientras sus dos hermanos conspiraban contra su vida, la que le quitaron alevosamente despues de un año de reinado, no pudiendo tolerar verse uno y otro pospuestos por eleccion al que el cielo y la naturaleza habian preferido á entrambos.

Subió Teodorico al trono, abriéndose el camino por un fratricidio, y otro fratricidio le arrojó del trono con

A. de R. 451. escarmiento á los siglos: bien que la conquista de los suevos hizo glorioso el espacio que medió entre su elevacion y precipicio. Mientras los romanos y los godos estaban ocupados en la guerra de los hunos, los suevos se aprovecharon de la ocasion, y entraron á saco una gran parte de aquella porcion de España que obedecia á los romanos. Irritado el emperador de este procedimiento, pareciéndole que se le ofrecia buena ocasion para cumplir con su agradecimiento y con su venganza, ofreció á los godos en recompensa de los servicios que le habian hecho contra Átila todas las provincias que pudiesen conquistar á los suevos. No era menester tanto cebo para un corazon tan ambicioso de dilatar sus dominios como el de Teodorico. Era amigo y aliado de los suevos, pero tenia mas estrecha alianza con su ambicion. Solo faltaba pretexto para el rompimiento; pero este es puntualmente el que cuesta poco trabajo á cualquiera que le busca.

Negoció secretamente un tratado

con los francos y con los borgoñones, y luego que estos aseguraron asistirle con poderosos socorros, despachó un embajador á Ricciario, rey de los suevos, representándole que siendo los godos aliados de los romanos, no podrian mirar con indiferencia ó con neutralidad que los molestasen los suevos. Cayó Ricciario incautamente en el lazo que le armaban; y respondió, no sin sobrado ardimiento, que dentro de pocos dias iria él en persona á dar la respuesta en los campos de Tolosa, donde decidiria una batalla cual de las dos naciones habia de dar la ley, ó recibirla.

Oyó Teodorico, sin poder disimular la complacencia, una respuesta tan favorable á sus designios; y descampando sin dilacion con sus tropas, y con las auxiliares de los francos y de los borgoñones, marchó contra los suevos. Ya venian estos marchando contra él, y se encontraron los dos ejércitos en las orillas del rio Orbigo, que atravesando una parte del reino de Leon corre desde Asturias á Ga-

A. de C. licia. Despues de algunas escaramu-
451. zas se empañaron los dos ejércitos en
una accion general y decisiva. Los
godos derrotaron enteramente á los
456. suevos, cuyo rey quedó hecho pri-
sionero en la batalla, y despues per-
dió la vida. Apoderóse el vencedor
de sus estados, que pasaron al domi-
nio de los godos, aunque se permiti-
tió á los suevos que tuviesen rey
aparte elegido entre su nacion; pero
con la condicion precisa de ser perpe-
tuo vasallo, y tributario de los godos.

Vivia Teodorico coronada la frente
de laureles, habiendo sabido ganar el
amor y el respeto de sus vasallos, bor-
rando su valor y sus conquistas la
memoria del delito que le habia abier-
to el camino para el trono; y olvidado
su pueblo del fratricidio, solo recono-
cia en él un gran monarca. Pero su her-
mano, que estaba dominado de la mis-
ma pasion que Teodorico, y á quien
él mismo habia enseñado con ejem-
plo pernicioso que se podia trepar al
solio por la alevosía y la violencia, le
hizo víctima de su propia enseñanza,

privándole á un mismo tiempo del A. de C.
 reiuno y de la vida. Así venga el cu- 456.
 chillo á los que se valen de él, sin
 consultar á la razon ni á la justicia; y
 así acredita el cielo que no es lo mis-
 mo suspender ó dilatar el impulso á
 la venganza, que dejar sin escarnien-
 to los delitos.

EURICO.

Hízole tributario;
Pero Eurico mas vano y temerario,
Le quitó la corona enteramente;
Y estendiendo su imperio estrañamen-
te,
A Toledo ocupó, y en marchas listas
Dilató hasta la Francia sus conquis-
tas.

Nunca llegan á saciarse las pasio- 467.
 nes de los hombres, y el que preten-
 de contentarlas con servir las no hace
 mas que socorrer con nuevo material
 la llama para aumentar el incendio.
 Pareciale á Eurico que la monarquía
 de los godos era término bastante á

A. de C.
467.

sus deseos; y apenas entró en la posesion de ella cuando reconoció que era mas dilatada su ambicion que la misma monarquía. Creció la ambicion con el poder, y dió su consentimiento á las vastas ideas con que le lisonjeaba su imaginacion de nuevos engrandecimientos.

El Rey de los suevos, su vasallo, mal acostumbrado á la subordinacion y á la dependencia, daba algunas señas de tascar en el freno, ó de sacudir el yugo. Esto le bastó á Eurico para despojarle de sus estados, incorporando en su corona la Lusitania, la Galicia y la Bética. Era el imperio romano el juguete de los bárbaros, siendo sus provincias del primero que las ocupaba; y Eurico, que no se dormia, no perdió ocasion tan favorable de dilatar sus dominios. Entró con espada en mano por los reinos de Navarra y de Aragon, asegurando estas conquistas con la toma de Zaragoza y de Pamplona; y revolviendo sobre Tarragona, se hizo dueño de esta ciudad arruinándola del to-

do. Penetró despues por el corazon de España, y quitando á Toledo y á sus dependencias del poder de los romanos, se apoderó de todas las demas provincias que estaban debajo de su dominacion en lo interior del continente, sin dejarles mas que algunas plazas marítimas sobre las costas del mediterraneo, que no pudo tomar por hallarse sin fuerzas navales para bloquearlas. De esta manera perdieron los romanos casi todo lo que poseian en España despues de setecientos años de posesion. A. de C.
467.

Pudiera Eurico entregarse al sosiego y al descanso, gozando tranquilamente de sus gloriosas conquistas; pero un corazon lleno de ambicion afortunado siempre está vacio de contento, y carga en la cuenta de lo desgraciado todo aquello que deja de ser feliz. Con esta idea condujo Eurico sus tropas victoriosas á las Galias, lisonjeándole su vanidad y su esperanza con la facilidad de su conquista. Aporoderóse sin especial resistencia de una buena parte de ellas, y no se le ofre-

- A. de C. 467. cia dificultad de mucho empeño en apoderarse de lo restante. Hízose dueño en pocos dias de todas las provincias que se extienden hácia el medio-dia entre la Provenza y el rio Loira, y enamorado de la fecundidad, de la amenidad y del buen temple del pais de Arlés, eligió esta ciudad para descansar en ella, mientras sus tropas se mantenian en cuarteles de invierno.
494. Miraba muy distante el término de sus ambiciosos pensamientos cuando le salió al encuentro en Arlés el término de sus dias á los diez y siete años de reinado: príncipe que se hubiera hecho mas glorioso lugar en el número de los conquistadores, si no le hubiera deslucido el que mereció en el de los parricidas, y si no se leyera su nombre en el catálogo de los perseguidores de la Iglesia. La desgracia de su nacimiento le hizo arriano de profesion, como lo habian sido sus predecesores; pero la violencia de su genio le hizo cruel con los católicos, en lo que no le habian dado ejemplo sus antepasados.

ALARICO.

*La vida de Alarico fue trofeo
En quinientos del grande Clodoveo;
Y con su muerte, el godo
Cuanto en Francia ocupó, perdiólo to-
do.*

Alarico, que sucedió á su padre Eurico no menos en el trono que en la dilatada ambicion de sus ideas, aspiró como él á la entera conquista de las Galias. Era bravo y contenido, valiente con reposo, y osado sin ser intrépido: prendas muy necesarias para una empresa de aquella calidad y de aquel riesgo, en que el sosiego y la prudencia habian de ir dictando las operaciones al valor. Aspiraban á la misma conquista tres naciones diferentes, y era menester gobernar sus pensamientos de manera, que el intempestivo ardor de manifestarlos no le sirviese de embarazo para conseguirlos. Habíanse apoderado los borgoñones de aquella parte oriental de

A. de C. 486. las Galias, que bañan los dos rios Ródano y Saona. Los franceses eran dueños de la parte septentrional, despues de haber desalojado enteramente á los romanos, que perdiéron la reputacion, el ánimo y las conquistas en la famosa batalla de Soisons. Y Teodorico, rey de los ostrogodos, despues de haber despojado de la Italia á los hérulos, se disponia á penetrar en las Galias.

493.

No dejaba de conocer Alarico que sus fuerzas eran inferiores á las de estas tres potencias, si las consideraba unidas, y eran superiores, si lograba separarlas, y así aplicó toda su atencion á dividir las. Acababan los franceses de abrazar la religion católica persuadidos del ejemplo de su rey el grande Clodoveo, mientras

495. los borgoñones y los ostrogodos, á imitacion de los godos españoles, hacian obstinacion, lo que pudo ser engaño en la primera profesion de arrianismo. La conformidad en la religion hacia menos dificultosa á Alarico la negociacion con las dos últimas potencias, y pudo á favor de ella

concluir con Teodorico un estrecho tratado de alianza, que afianzó mas el vínculo del matrimonio casando con una hija suya. Adelantado este paso, tuvo menos que vencer para conciliarse la amistad de los borgoñones sus vecinos; y luego que se vió libre de este cuidado, teniendo á su parecer aseguradas las espaldas, convirtió todo el pensamiento á la guerra de los franceses. Deseaba hácerse la; pero no queria declarársela, temiendo que al ruido de agresor despertasen los zelos de sus vecinos, y conocido el intento de dominar á las Galias llegasen á tiempo de estorbarle la conquista. Con este artificio buscó modo de inquietar ocultamente á los franceses, no perdiendo ocasion de mortificarlos con disimulo, abrigando en sus estados á los sediciosos, y persiguiendo á los católicos, para mortificar á Clodoveo en lo que mas dolia á su piedad, que era el punto de religion.

Ya desde aquel tiempo no era la paciencia la virtud dominante en los

A. de C.
495.

franceses, y penetrado el artificio de Alarico, le declararon la guerra. Pasaron el rio Loira, y encontraron de la otra parte á los godos, que puestos en órden de batalla, estaban prevenidos para recibirlos bien. Iban los dos Reyes cada uno á la frente de su ejército, ambos soldados valientes, ambos grandes capitanes, que ponian en obra cuanto podia dar de suyo el arte de la guerra y el valor. Acércanse los dos campos, respetándose y temiéndose recíprocamente: dase la señal de acometer: mézclanse los escuadrones; y dudosa la victoria ya se inclinaba al frances, ya favorecia al godo; cuando reconociéndose los dos príncipes llenos de un mismo ardimiento, se destacan como de concierto, y tomando de su cuenta la decision de la batalla, se acometen el uno al otro en medio de los dos campos. Atónitos los ejércitos, y á vista de un espectáculo, que por no prevenido tenia toda la novedad de no esperado, se mantuvieron inmóviles, testigos sin accion del brio de sus dos gefes, fiando

cada cual en la animosidad del suyo la gloria del vencimiento. Fue igual el primer reencuentro, hiriéndose mutuamente los dos monarcas con el primer golpe de la lanza; pero revolviendo Clodoveo sobre Alarico, ó por mas mozo, ó por mas agil, ó por mas dichoso, le acertó el segundo golpe con tanta felicidad, que metiéndole la lanza por el cuerpo le arrojó muerto del caballo. Aumentado el orgullo, y encendido el ardor de los franceses con la que fue hazaña, sin dejar de ser fortuna, se arrojaron furiosamente sobre los godos, á quienes la desgracia de su Rey tenia helado el valor, y desmayado el aliento, derrotándolos, y poniéndolos en precipitada fuga. Siguió Clodoveo el alcance hasta Burdeos, donde se volviéron á juntar las tropas esparcidas de los godos, y rehaciéndose algun tanto, diéron segunda vez la caza al enemigo; pero este los acometió con tan desesperada furia, que haciendo en ellos un espantoso destrozo, dejó inundado en cadáveres, y en sangre el campo de batalla, que

A. de C. hasta hoy se llama el *campo de los*
 507. *arrianos*, nombre con que los católicos franceses distinguian los godos españoles, en atención á la secta que profesaban. Fuéron funestas á la valerosa nacion gótica las consecuencias que trajo consigo la pérdida de estas dos hatallas, porque de su resulta pasó al dominio de los franceses casi todo lo que sus armas habian conquistado en las Galias; confirmándose con esta nueva esperiencia el documento de que ordinariamente pierde los estados propios el que pretende hacer suyos los ajenos.

SIGLO SEXTO.

AMALARICO.

Amalarico en sus mas tiernos años
Subió al trono por fuerza y por engaños;
Y ultrajando á Clotilde cruelmente,
Aunque esta esforzó un tiempo lo paciente,
Cansada la paciencia y la esperanza,
Le hizo sentir al cabo su venganza.

Dejó Alarico un solo hijo de tálamo legítimo llamado Amalarico, que no contaba mas que cinco años cuando perdió su padre la vida á manos del esforzado Clodoveo, y como los godos necesitaban de un príncipe que se hiciese respetar de sus vasallos, y temer de los franceses, echáron mano de Gesalcio, hijo natural del príncipe difunto. Pero Teodorico, rey de Italia, que miró esta eleccion menos como necesidad que como desaire injurioso á su persona, á la de su hija, y á la de su nieto Amalarico, hizo marchar á España un ejército de ochenta mil hombres, cuya violencia obligó á los godos á declarar por nula la eleccion hecha en Gesalcio; y juntándose de nuevo los electores, nombraron y coronaron por rey al niño Amalarico, declarando á su abuelo por tutor y gobernador de sus reinos durante el tiempo de su menor edad. Luego que con esta se proporcionó Amalarico al matrimonio, le contrajo con Clotilde, hija de Clodoveo, rey de Francia, bus-

A. de C. cando en esta alianza un nudo firme,
507. que juntamente con la sangre enlazase las voluntades, y asegurase la paz de las dos potencias enemigas.

Habia heredado Clotilde de la reina su madre juntamente con el nombre una heróica piedad, con tan invencible amor á la religion católica, que antes la arrancarían el alma que la fe: y juntando á estas virtudes cristianas cuantas prendas pueden concurrir á hacer perfecta una hermosura, la constituian una de las princesas mas cabales y mas celebradas de su siglo. Pero su religion fue su delito con su esposo, cuya secta era toda su pasion, y cuyo genio se desviaba de la violencia por acercarse á la ferocidad. Desde los primeros dias de su union fue todo el empeño de los dos consortes ganar el uno al otro para su partido; de Amalarico, hacer arriana á Clotilde; de Clotilde, hacer católico á Amalarico. Pero los medios de que uno y otro se valiéron para lograr sus intentos eran tan contrarios como las profesiones; y eran

tan diferentes como los genios. Amalarico, de genio duro, colérico y activo, echaba mano de la violencia y de la autoridad: Clotilde, de genio blando, pacífico y humilde, empleaba la ternura y la insinuacion. Amalarico mandaba como quien queria hacerse obedecer: Clotilde representaba como quien no pretendia violentar, y como quien tenia derecho á no ser violentada: á cuyo fin acordaba tal vez modestamente á su marido los contratos matrimoniales, en los cuales expresamente se habia capitulado que no seria molestada en punto de religion. El Rey añadia á los desvíos los rigores: la Reina ennoblecia el ruego con la paciencia; pero haciendo mas furioso á Amalarico el sufrimiento y la constancia de Clotilde, llegó la magestad á descomponerse tanto con la indignacion, que perdiendo el respeto al sexô y al nacimiento de su esposa, la maltrataba cruelmente, sin que Clotilde le hiciese otra oposicion que la de sus dulces lágrimas; y no acertando con una sola voz para la queja,

A. de C. se entendia á solas con su dolor y con
505. su pañuelo, en que recogia las lágrimas que se desprendian de sus ojos, y con que enjugaba la sangre que deramaban sus heridas.

Pasáronse muchos años entre los rigores de este tratamiento, confiando Clotilde el remedio y el desagravio á la paciencia y al silencio con la esperanza de que por este medio se desarmaria la cólera del Rey, y convertiria su corazon hácia la piedad y la ternura. Pero desengañada absolutamente la esperanza, escribió á los Reyes de Francia, sus hermanos, poniendo en su noticia el prolongado martirio que estaba padeciendo, conjurándolos por todos los respetos del amor que viniesen á ponerla en libertad de tan cruel servidumbre; y para introducirles la compasion por los ojos envió diferentes pañuelos empapados con su sangre, acordándoles era la misma que corria por sus venas. Dióse por entendida la ternura, la cólera y el furor á vista de aquel sangriento testigo de la crueldad y del

sufrimiento, reconociéndose todos tres despreciados y ofendidos en los agravios de una hermana, que por sus prendas era el objeto y el depósito de todos sus cariños. Los hermanos de Clotilde eran Childeberto, rey de Paris, Clotario, rey de Soisons, y Thierry, rey de Metz, que resueltos á vengarla y á librarla de una vez de las crueles sinrazones de un marido, se armáron todos tres, y pasando los Pirineos, se avanzaron hasta Barcelona, donde alcanzando al ejército de Amalarico, le acometiéron y le derrotáron. Luego que Amalarico reconoció declarada en destrozo la batalla, encomendó á la fuga la seguridad de su persona; y cuando iba á asegurarla mas en el asilo sagrado de un templo católico, le alcanzó la muerte á las mismas puertas de él, introduciéndosela por las espaldas la lanza de un soldado frances que le seguia. Como que la Iglesia se negaba justamente á servir de abrigo á aquella vida, que toda se habia empleado en perseguirla.

531.

A. de C.
531.

Vengada Clotilde y sus hermanos con la muerte de Amalarico, se retiró á Francia la reina, donde dió fin á sus dias con una muerte dichosa, que coronó los triunfos de su piedad. Apenas se lee en la historia matrimonio mas desgraciado que el suyo: pero con esta pension nacen los príncipes, que obligados á enlazarse, sin consultar con la inclinacion sus elecciones, ponen el albedrio en manos de la política y de la razon de estado, y casándose sin verse, no son poco dichosos si logran en la union la felicidad de amarse. La que es pension en los príncipes, es sacrificio en las princezas, que aunque lleven al tálamo mucha provision de complacencia y dulzura, nunca les sobraré la que hicieren de paciencia y de sufrimiento.

TEUDIS.

*A Teudis mortalmente un puñal hiere,
Que quien á hierro mata, á hierro muere.
El frances acomete á Zaragoza;
Y cuando casi su posesion goza,*

*Reprimido el encono
 A vista de Vicente, su patrono,
 Retrocede en efecto;
 Y el que antes fue furor pasó á respeto.*

A. de C.
 532.

Fue sucesor de Amalarico Teudis, ostrogodo de nacimiento, y gobernador del príncipe difunto en su menor edad. Y ora sea que favoreciese ocultamente á los ostrogodos, con quienes los Reyes de Francia estaban en guerra; ora que la indignacion de estos príncipes no diese por satisfecha su venganza, ellos entraron segunda vez en España, y saqueando todas las provincias que se encierran entre los Pirineos y el Ebro, pusieron sitio á Zaragoza. Reducida la ciudad á los últimos estrechos, y cansado mas que vencido el valor de los defensores, apeló por último recurso á la proteccion de san Vicente su patrono: la que imploró por medio de una procesion tan penitente y tan devota, que introduciendo la compasion por el camino del ejemplo en los reyes Clotario y Childeberto que mandaban el sitio,

A. de C. se resolvieron á levantarle, despues
532. de haber obtenido de los sitiados la túnica de san Vicente: con cuyo sagrado despojo quedó su devocion mas satisfecha que lo quedaria su ambicion con la toma de la plaza.

Ni en el sitio de Zaragoza, ni en toda esta guerra hace mencion la historia del nombre de Teudis; ó porque su cobardía le retiraba del manejo de las armas, ó porque el conocimiento de la desigualdad de sus fuerzas le obligó á no medirlas con las de los príncipes confederados. Solo se sabe que despues de un reinado de diez y seis años y un mes perdió la vida á manos de un asesino, ignorándose el motivo de esta alevosía; bien que al sentirse herido de muerte, confesó francamente que era reo de otro delito semejante; y mandó que no se procediese contra el agresor, porque en su mano reconocia y adoraba la del cielo, que daba este nuevo testimonio de su justicia, en la que parecia traicion y era venganza. No hay recuerdo que mas eficazmente despierte

en el corazón del culpado la memoria de sus delitos que la pena del *ta-* A. de C.
lion, por la cual se determinó la pe- 532.
 na en la misma especie en que se cometi6 la culpa: linage de represalias, que ofreciendo en la historia muy frecuentes los ejemplares, di6 principio á aquella gran máxima á que estan reducidos todos los primores de la justicia: *No hagas con otro lo que no quisieras se ejecutára contigo.*

TEUDISELO.

*Teudiselo cruel y lujurioso,
 Ya torpe, ya furioso,
 Todo lo mancha, todo lo atropella,
 No perdona á casada ni á doncella,
 Hasta que al fin, cansado el sufrimiento,
 Con su sangre lavó su atrevimiento.*

Era Teudiselo hijo de la hermana 540.
 de T6tila, rey de los ostrogodos; pero como los godos no buscaban en sus príncipes la patria, sino el mérito, no le sirvió de estorbo lo estrangero para que la nacion por el mayor núme-

A. de C. ro de votos, no colocase en sus sienes
540. la corona. No fue godo, y siendo
electiva la corona, fue Rey de los
godos: este es un elogio que puede
pasar por encarecimiento. Mas como
las costumbres ó se mudan ó se des-
cubren en los estados, apenas se vió
Teudiselo dueño absoluto de sus pa-
siones, cuando se hizo esclavo de
ellas; y no hallándose ya en necesi-
dad de reprimirlas para contener su
ambicion, se rindió á la ruindad de
obedecerlas, faltándole valor ó gene-
rosidad para sujetarlas. Entregóse tan
desenfrenadamente á ellas, que en
poco tiempo fue el hombre universal
de todas las damas de la Côte; y
dándose por entendido el pundonor
de los Señores á un ultraje tan sensi-
ble, pasáron presto desde la murmu-
racion á los rezelos; y desde estos á
la vigilancia y á las precauciones,
para poner cada uno en salvo el depó-
sito de su honor. Es la incontinencia
un vicio, que en llegando á ser pa-
sion, pasa á ser furia si se le hace re-
sistencia. Por eso Teudiselo, ofendi-

do de los estorbos que encontraba su A. de C.
apetito en la prevencion con que vi- 540.
vian los Grandes, añadió la crueldad á
la lascivia, mandando quitar la vida á
muchos de ellos, fingiendo delitos, y
sobornando acusaciones, para dejar
á sus mugeres con menos embarazos, y
mas libre el camino á sus excesos.

Una brutalidad en que andaban
juntas la infamia y la tiranía, le hizo
tan odioso á los grandes, y tan exe-
crable á todos sus vasallos, que se
formó una conspiracion general con-
tra su vida. Entráron los Señores en
palacio, y laváron con la sangre de
Teudiselo las manchas del honor con
que la voracidad armada del poder
habia afeado su reputacion. Habia 547.
veinte y un meses que el indigno Mo-
narca afrentaba el trono mas que le
ocupaba, cuando el puñal puso fin á
su desenfreñamiento. No es dudable
que en materia de delitos un sobera-
no pueda siempre todo lo que quiere;
mas tampoco es menos cierto que no
siempre quiere impunemente todo lo
que puede; porque aquel Juez su-

A. de C. 549. premo, en quien caminan iguales la clemencia y la justicia, sabe poner límites á sus desórdenes; y sin reservar toda la venganza para la otra vida, donde por oculta ó por ignorada conduciría poco para el escarmiento, comienza en esta el castigo en obsequio del ejemplo, siendo la menor pena con que puede mortificar á un príncipe insolente, la de atajarle la vida, y abreviarle la corona,

AGILA.

*Agila en lo lascivo no le imita,
Mas en lo ocioso sí; con esto irrita
Tanto el desprecio del soldado fuerte,
Que comenzó motin, y acabó muerte.*

No pocas veces es el trono puer-
to seguro de una virtud superior, y
escollo cierto de talentos regulares,
porque no acierta á tolerar medianías.
Por eso no supo Agila mantenerse
mucho en él. No dió este príncipe
en los desórdenes de su predecesor;
pero entregado á una vida ociosa, des-
aplicada, y enemiga del trabajo, incur-

rió primero en la desestimacion, y despues en el odio de todos sus vassallos. Piloto adormecido en el regazo de la ociosidad y del placer, abandonaba el gobernalle, y el buque al arbitrio de los vientos. La monarquía sobradamente debilitada por los reinados antecedentes, se hallaba en peligro de perderse, porque el Emperador de Constantinopla, despues de haber arrojado á los vándalos del África, habia hecho un desembarco de tropas en España; y la milicia de los godos, viéndose desestimada y mal pagada, se habia amotinado, apoderándose de muchas plazas. Dispertó ó pareció como que dispertaba Agila á las voces del ruido, y á los ecos del peligro, y aun hizo algunos esfuerzos para sujetar á los rebeldes que se habian encerrado dentro de las murallas de Córdoba; pero á vista de su valerosa defensa y de sus vigorosas salidas, desmayó tanto su natural desaliento, que levantó el sitio con precipitacion; y declarándose en fuga la retirada, dejó todo el bagage, y en él inmensos te- A. de C.
550.

A. de C. soros en poder de los mal contentos.
550.

El desaire que padeciéron sus armas en el malogro de una empresa de aquella importancia, y una retirada vergonzosa, con tantas señas de fuga, precipitáron á este Príncipe en el desprecio general de sus vasallos, y redobláron la animosidad y el atrevimiento de los sediciosos. Era su gefe Atanagildo, que aspiraba sin mucho disimulo á la corona: y para facilitar este intento imploró el socorro del Emperador Justiniano, ofreciéndole en agradecimiento una parte de las conquistas que se hiciesen en España con sus tropas auxiliares. Con este refuerzo marchó derecho al enemigo, y encontrándole cerca de Sevilla, le atacó, y le derrotó al primer choque, obligándole á refugiarse dentro de las fortificaciones de Mérida, donde el desgraciado Monarca fue tratado por sus mismos parciales como Rey de farsa ó de teatro: y despues de haberle quitado con el desprecio la primera vida del hombre, que es la honra, le priváron con el cuchillo de la menos

estimable, que es la del cuerpo. A. de C.
 Quien ha de gobernar á otros, es me- 552.
 nester que aprenda en la escuela pro-
 pia el gobierno de sí mismo. En el
 teatro del mundo hacen los príncipes
 el primer papel, y sirven de espec-
 táculo á todos sus inferiores. Si sus ac-
 ciones no corresponden al papel que
 representan, oyen desprecios en lugar
 de aclamaciones: parecidos hasta en
 esto á los malos comediantes, á quie-
 nes ni la púrpura defiende de la mos-
 quetería, ni contiene de los silbos la
 diadema; pero hay esta diferencia,
 que el desprecio de los comediantes
 es desprecio, y nada mas; pero el de
 los príncipes que llegan á ser desesti-
 mados, siempre los arrastra á las mas
 tristes consecuencias.

ATANAGILDO Y LIUVA.

*A los franceses se une Atanagildo,
 Y al débil Liuva sigue Leovigildo.*

Cogió Atanagildo todo el fruto
 de la rebelion, porque los godos

A. de C. 552. pusieron en sus manos aquel mismo cetro que él habia quitado á la negligencia de Agila, juzgándole digno de reinar solo porque habia privado de la corona á un Rey indigno. Luego que empuñó el cetro de España, pensó en no cumplir lo capitulado con el Emperador de Constantinopla, dejando de ser liberal desde que dejó de ser tirano: y para que no le encontrasen tan desprevenido los resentimientos de la corte imperial, que temia inevitables, negoció estrechas alianzas, que afianzó en los vínculos del matrimonio con las cortes de Francia.

Tenia dos hijas Atanagildo, Gosvinda y Brunequilda, y casó la primera con Chilperico, rey de Soisons, y la segunda con Sigisberto, rey de Austrasia ó de Lorena, y entrambas profesaban la religion católica. Fue Gosvinda desgraciada con Chilperico, y fue Sigisberto infeliz con Brunequilda: esta mandaba absolutamente en el poco espíritu de su marido, y aquella absolutamente era despreciada del

suyo. Aunque los historiadores de España se esfuerzan á defender á Brunquilda, no hubo en el mundo princesa, que teniendo mayor necesidad de apología, pudiese hallarla peor. Su genio era superior á su sexo; y no habiendo logrado en la córte de España la mejor educacion, tuvo la desgracia de no encontrar en la de Francia los mas cristianos ejemplos. Cuando el aire cortesano es pestilente, sus influencias tienen cosas de contagio; y haciendo la malignidad rápidos progresos, no se reconocen medianías en la infeccion de los influjos. Reinó quince años Atanagildo; y apenas hay otra memoria de su reinado que la que dejó en el mundo la fortuna de sus hijas.

Sucedióle Liuva, gobernador de la Galia gótica, en cuyo gobierno su generosidad y sus riquezas le granjeáron muchos amigos, y por medio de ellos le abrieron el camino á la corona. Hay Soberanos, que reconociéndose sin fuerzas para gobernar sus estados, les falta tambien espíritu

A. de C. para dejarse y dejarlos gobernar. No
 567. fue así Liuva, que haciendo distincion entre la pusilanimidad y la prudencia, conoció que no era bastante su debilidad á sostener el peso del gobierno en un tiempo en que las armas de los griegos le daban mucho que hacer; y teniendo muy experimentado el valor y la cordura de su
 570. hermano Leovigildo, le declaró su compañero en el trono con poder igual al suyo, y él se retiró á la Galia gótica con menos autoridad, pero sin tantos cuidados.

NOTA DEL TRADUCTOR.

„Hasta aquí ha corrido sin tropiezo la pluma del R. P. Duchesne, conforme en lo substancial con nuestros mejores historiadores. Ya comienza á desviarse de ellos, y algunas veces á compendiarlos tanto, que omite del todo, ya hechos enteros, ya circunstancias tan principales, que puede parecer defectuoso el epitome por demasiadamente reducido.

En otro autor que no fuese de no-
 ta tan respetable, pudiera maliciar-
 se así el silencio de algunos suce-
 sos, como el modo singular de opi-
 nar en otros, atribuyéndolo á prin-
 cipio menos conforme al carácter de
 un historiador imparcial; pero en
 un escritor tan religioso, tan pio y
 tan discreto no sospechamos esta
 achacosa intencion. Desde luego nos
 inclinamos á creer que calló lo que
 no dijo, porque no lo juzgó tan ne-
 cesario; y discurrió tal vez de otra
 manera, porque hizo juicio que ese
 era el modo mas acertado de dis-
 currir. Con todo eso, nos ha pare-
 cido conveniente, y aun preciso, aña-
 dir algunas notas, algo mas dila-
 tadas que las antecedentes, ó para
 referir algunos sucesos, que á nues-
 tro modo de entender hacen mu-
 cha falta, ó para corregir algunas
 noticias por los originales mas exac-
 tos de nuestros mejores historiado-
 res, ó finalmente para manifestar
 que aunque siempre miramos su crí-
 tica con el mayor respeto, no siem-

A. de R. "pre podemos conformarnos con lo
570. "que refiere ni con lo que discurre.

"Afirma que fue Sigisberto infeliz con Brunequilda; y añade que aunque los historiadores de España se esfuerzan á defenderla, no hubo en el mundo princesa que teniendo mayor necesidad de apología, pudiese hallarla peor. En pocas palabras dice mas que quanto han estampado en gruesos volúmenes los autores mas empeñados en desacreditar á esta desgraciada reina. No es nuestro ánimo, ni seria de nuestro instituto, hacer aquí la apología de Brunequilda. Véala quien quisiere con la discrecion y con la triunfante elocuencia que acostumbra en el cultísimo y eruditísimo Feijoo tom. 6. disc. 2. §. 6., y mas reducidamente, aunque no con menor nervio, en el P. Juan de Mariana lib. 5. cap. 10. de su hist., que aunque español, ninguno le ha notado de afecto nacional, ni de genio disculpador y apologista.

"Lo que no podemos pasar en si-

silencio es que el P. Duchesne su-
 ponga que solamente *los historia-*
dores de España se esfuerzan á de-
fenderla. San Gregorio el Magno
 no era español, sino italiano, con-
 temporáneo de Brunequilda, y pa-
 dre de la Iglesia universal, que por
 serlo no podia ignorar lo que pa-
 saba en Francia. Con todo eso es-
 cribe á esta princesa dos cartas lle-
 nadas de los mayores elogios; y en una
 de ellas se congratula con el rei-
 no de Francia, llamándole feliz por
 haber merecido una reina colma-
 da de todas las virtudes: *Præ aliis*
gentibus, gentem Francorum asse-
rimus felicem, quæ sic bonis omni-
bus præditam meruit habere Regi-
nam. (lib. 1. epist. 8.) Ni hay que
 decir que esto seria antes que se des-
 enfrenase en las maldades que se le
 atribuyen; porque la fecha de esta
 carta es posterior al inventado des-
 enfrenamiento.

San Gregorio, obispo de Turs,
 no era español, sino frances, y con-
 temporáneo tambien de la misma

A. de C.
570.

acusada Reina; y sin embargo, haciendo una bella descripción de sus prendas al tiempo que Sigisberto la pidió por esposa, dice que era una doncella elegante, hermosa, honesta, juiciosa, prudente y apacible: *Erat enim puella elegans opere, venusta aspectu, honesta moribus atque decora, prudens consilio, & blanda colloquio.* Ni se diga lo primero, que pudo después mudarse. Pudo sin duda pasar de buena á mala, de honesta á lasciva; pero de apacible á feroz, y de oveja á tigre, como se la supone, no pudo ser sin que enteramente se la mudase el temperamento; y para que se crea esta mudanza son menester unas pruebas concluyentes.

Ni se diga lo segundo, que san Gregorio Turonense, como era santo, disimularia ó escusaria sus acciones; antes por ser santo y por ser historiador no podia disimularlas ni escusarlas, cuanto mas aplaudirlas, como lo hace. En verdad que ni lo historiador ni lo santo le emba-

razó para poner á la vista de todo el mundo las maldades y los artificios de Fredegundis, primero concubina, y despues muger de Chilperico. Y el que pudo, sin descomponer la santidad, hacer patentes las atrocidades de una Reina nacida en Francia, ¿disimularia por este respecto las que se imputaban á una princesa forastera? No es fácil creerlo. Pero sea lo que fuere, ya no es cierto que solamente *los escritores españoles se esfuerzan á defender á Brunequilda*. Estéban Pasquier no es español, que es frances, y tambien la defiende. El P. Leocointe es frances, y no español, y vuelve por ella. El P. Cordemi no es español, que es frances, y se irrita contra los que la acusan. Finalmente, el Bocacio no es español, que es italiano, y atribuye á maldad y envidia de algunos escritores franceses quanto se imputa á Brunequilda. De donde se infiere que quando el P. Duchesne recarga solo á nuestros historiadores la defensa de

A. de C.
570.

A. de C. 570. "esta princesa, llevó la pluma con alguna aceleracion; y cuando la supone tan necesitada de apología, como infeliz en encontrarla buena, se olvidó algun tanto de su genial benignidad."

LEOVIGILDO.

*Padre, herege y tirano de un rey santo,
Al griego, al suevo, al cántabro es espanto.*

No se pueden negar á Leovigildo talentos muy sobresalientes para merecer la corona, si estuvieran menos teñidos de las costumbres góticas, ó de aquella ferocidad de la nacion, que dejaba de ser valor por degenerar en fiereza. Era de genio marcial y belicoso, lo que mas habia menester España en un tiempo en que las armas estaban cubiertas de polvo, y los corazones de cobardía y desaliento por el desórden, la ociosidad y la delicadeza, hecha costumbre en los reinados antecedentes. Habíanse apoderado los Emperadores griegos de una par-

te de las conquistas, que eran posesion A. de C.
 de los romanos, antes que experimen- 570.
 tasen la decadencia ó la ruina de su
 imperio. Divididos entre sí los godos,
 ó por zelos ó por ambicion de los
 grandes, prestaban sus armas á los
 griegos para destruirse unos á otros:
 los suevos habian sacudido el yugo
 del vasallage; y los cántabros y viz-
 cainos, zelosos siempre de su amada
 libertad, igualmente despreciaban al
 godo, que se defendian del griego.

Resolvió Leovigildo hacer á todos
 la guerra atacándolos separadamente;
 y dando principio por los griegos, los
 derrotó enteramente en una batalla
 campal que les dió junto á Baeza, ar-
 rojándolos de Granada, de Córdoba,
 de Medinasidonia, y de todas las con-
 quistas que habian recobrado entre
 Guadalquivir, Granada y Cádiz. No
 le fue tan fácil la sujecion de los cán-
 tabros, en quienes encontró mas por-
 fiada resistencia. Acostumbrados á bur-
 lar los esfuerzos de los cartagineses, á
 defender su libertad por mas de un si-
 glo contra todo el poder de los roma-

A. de R.
570.

nos, y á que fuese su valor temido y respetado de los godos, que hasta entonces no habian osado provocarle, hicieron valerosa frente á Leovigildo, á quien solo se rindiéron cuando la defensa seria temeridad, y podria parecer desesperacion. Echóse despues sobre los suevos, que viendo sobre sí el vencedor de los griegos y de los cántabros, solo tomarón las armas para rendírselas, volviendo á entrar en la antigua sujecion por la cobarde puerta de la pusilanimidad.

Dueño ya Leovigildo de toda España, á excepcion de Málaga y de algunas plazas marítimas ocupadas por los griegos, aplicó toda su atencion á dejar asegurada la sucesion de la corona en su familia. Hallábase con dos hijos, Hermenegildo y Recaredo, que antes de su elevacion al trono habia tenido en Teodosia, hermana de los santos Leandro, Isidoro y Fulgencio. Muerta Teodosia, casó en segundas nupcias con Gosvinda, viuda del rey Atanagildo; y cediendo el reino de Sevilla en su hijo primogénito Herme-

negildo, le dió por muger á Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Austrasia, y de la reina Brunequilda; por cuyo matrimonio vino á ser Gosvinda abuela y suegra de Ingunda.

A. de C.
570.

Profesaba Gosvinda con tenacidad la secta arriana, y no perdonó á medio alguno para reducir á su nieta y nuera á la misma profesion, caricias, autoridad, amenazas, desprecios, ultrajes y malos tratamientos, hasta llegar á arastrarla por los cabellos con escándalo de la magestad y del palacio. Inmóvil siempre Ingunda en la religion católica, convencida la verdad de lo que profesaba con la invencible paciencia con que toleraba lo mucho que padecía, poniendo todo su estudio en que no llegase á noticia de su marido, ni por la queja ni aun por el semblante; y siendo su mayor cuidado vencer con el obsequio, con el agrado y con el respeto las violencias de la suegra, que andaban tan cerca de parecer tiranías.

Para hacer á un marido santo no hay medio mas poderoso que una mu-

A. de C. 570. ger virtuosa. Verdad que experimentó Hermenegildo, pues no obstante el arrianismo que profesaba, no pudiendo ocultarse por mas tiempo lo que pasaba en palacio; y llegando á su noticia las violencias que ejecutaba con Ingunda su madrastra, cotejó el furor arrebatado de la una con el sufrimiento silencioso de la otra; y pasando á inferir la diferencia que habia en las religiones por la que observaba en los profesores de ellas, concluyó que no podia dejar de ser verdadera la que inspiraba en Ingunda una virtud tan constante. Con este pensamiento quiso instruirse mas de propósito en los fundamentos de ella; y teniendo á este fin repetidas y ocultas conferencias con su tio san Leandro, arzobispo de Sevilla, á pocos dias se declaró convencido, pasando desde las buenas disposiciones de dudoso á la pública profesion de desengañado. Abjuró solemnemente el arrianismo, en cuya funcion logró Ingunda el último término de sus piadosos deseos; pero aun estaba muy distante el que habia de co-

ronar su generosa paciencia.

A. de C.
570.

Informado Leovigildo de la conversion de su hijo, concedió enteramente los primeros movimientos de su corazon á las destemplanzas de la cólera; pero haciendo despues lugar á la razon, y resuelto á reducir á Hermenegildo ó por la violencia ó por la dulzura, juzgó que debia comenzar por los medios que dicta la suavidad, y no perdonó á alguno de cuantos podia sugerirle la ternura paternal. Mas viendo burlados sus artificios por la constancia de su hijo, no obstante que en las respuestas de este andaba siempre el respeto inmediato á la firmeza, volvió la irritacion á su lugar, y se olvidó que era padre, por acordarse que era Rey. Pasó á sitiar á Hermenegildo en su misma córte de Sevilla; y apoderándose de la plaza y del príncipe, lo mandó encerrar en una prision estrecha. Allí le tuvo todo el tiempo, y con todo el rigor que le pareció bastante para que redujese la molestia á quien no habia podido vencer la persuasion; y cuando á su

A. de C.
570.

modo de entender le juzgaba menos obstinado por imaginarle mas abatido, le despachó un ministro de su mayor confianza que le ofreciese de su parte la libertad, la corona y el aumento de sus estados, solo con que quisiese restituirse á la religion que habian profesado sus progenitores. Respondió el generoso prisionero que le servia de mortificacion indecible el verse constituido en la triste necesidad de ser desobediente á los preceptos de Dios, ó de no condescender con el gusto de su padre; y que colocado en la indispensable precision de renunciar una corona caduca por ceñirse las sienes con otra diadema indefectible, no era tan necio que pospusiese lo eterno á lo perecedero; ni le parecia puesto en razon aspirar á una libertad de pocos años, y aun quizá de pocos instantes, que tendria por término una perpetua irredimible esclavitud.

Era Leovigildo de una alma naturalmente noble y generosa, y no le podia disonar una respuesta (y mas en un hijo suyo) en que andaba la

nobleza tan mezclada con la generosidad. Aplaudióla en su corazón; y aunque no se manifestó del todo satisfecho, se mostró menos empeñado; y así se contentó con despacharle segundo recado por su hermano Recaredo, asegurando á Hermenegildo que le restituiria á su gracia solo con que no se resistiese á comulgar por mano de un eclesiástico arriano. Replicó el santo mancebo que su religion no le permitia tratar con este disimulo la fe que profesaba, ni le era lícita accion alguna que pudiese sonar á que tenia una misma comunión con los hereges. Indignése tanto Leovigildo con esta resistencia, que él llamaba obstinacion (equivocando la obstinacion con la constancia) que al punto dió orden para que en aquella misma noche le cortasen la cabeza dentro de la cárcel. Apenas llegó á noticia de la afligida Ingunda la ejecucion de la tirana sentencia, cuando sin perder tiempo, porque no peligrase en la dilacion su seguridad, y la de su hijo el príncipe Teodorico, se retiró con él al

A. de C. África, donde poco tiempo despues
570. muriéron hijo y madre, conspirando
contra sus preciosas vidas el clima, la
pesadumbre, el dolor y los trabajos.

576. Son los hijos pedazos del corazon
de los padres, y no es fácil arrancar al
corazon los pedazos sin que dé mu-
chas señas de sensible el mismo despe-
dazado corazon. Ningun padre quitó
violentamente la vida á un hijo de su
cariño sin que dejasen de atormentar-
le los gritos de la naturaleza luego
que los pudo percibir, sosegado el se-
dicioso estruendo de la cólera. Cuan-
do Leovigildo hizo reflexion á lo que
habia ejecutado, se entregó primero
á un desmedido dolor, y despues á un
furioso despecho, que dejándole con
la advertencia que bastaba para la pe-
sadumbre, le privó de la que era me-
nester para acertar con el remedio.
Representósele con viveza toda la atro-
cidad de su accion, y achacándola to-
da á la oposicion de los católicos, por
no saber ó por no querer discernir en-
tre la ocasion y la causa, volvió con-
tra ellos todo el ardor de su enojo.

Desterró á los obispos, sin exceptuar al mismo san Leandro: despojó las iglesias, echóse sobre sus rentas y sobre sus ornamentos sagrados: y confiscó los bienes de los poderosos, y mandó quitar la vida á muchos grandes, pareciéndole que podian servir de estorbo á la sucesion en la corona de su hijo Recaredo: accion en que la política anduvo con el disfraz de la religion, de la justicia y de la venganza. Costaba poco dolor la muerte de los estraños á quien se habia ensayado de insensible en la muerte de un hijo propio.

A. de C.
576.

Al año siguiente se sintió acometido de una grave enfermedad que le derribó primero en la cama, y despues en la sepultura. Es la muerte el espejo mas fiel de nuestras operaciones: despójalas de los colores postizos que las pasiones les prestan, y las representa muy al natural. A la reflexion de este espejo vió con toda claridad Leovigildo lo que habia ejecutado; y en aquella última hora no podia apartar de la memoria á su hijo

A. de C. 576. Hermenegildo. Acordábase con ternura, á sangre fria, de lo que habia hecho con furor á su sangre caliente. Repasaba en su imaginacion quanto habia hecho y dicho el príncipe difunto: la piedad de sus costumbres, el peso de sus representaciones, la prudencia de sus respuestas, la modestia en sus repulsas: hallábale siempre intrépido, siempre constante; pero nunca le encontró menos atento: de tal manera supo acreditarse de buen católico, que nunca se descuidó en parecer mal hijo. Disculpábale, llorábale, y acusábase á sí mismo. En esta feliz coyuntura entró en su cuarto san Leandro, á quien habia levantado y hecho llamar del destierro. Suplicóle que hiciese instruir en la fé católica á su hijo Recaredo; y teniendo bastante luz para conocer su verdad, no tuvo la resolucion que era menester para profesarla. Solicitó que su hijo se hiciese católico; pero él quiso morir arriano.

NOTA DEL TRADUCTOR.

A. de C.
576.

„Cuando se dice que Leovigildo
 „sujetó á los cántabros, no se debe
 „entender de los cántabros septen-
 „trionales y montuosos, cuya con-
 „quista no está averiguada, sino de
 „los que habitaban aquella Cantabria
 „llana, hácia la Rioja, donde estuvo
 „la ciudad de este nombre, cuyas re-
 „liquias aun se descubren hoy no le-
 „jos de Logroño: los cuales siendo
 „primero de los vascones, y despues
 „de los godos, habian vuelto á sus
 „antiguos dueños, de cuyo poder los
 „arrancó segunda vez Leovigildo.”

RECAREDO.

*Su hijo Recaredo le sucede,
 Con quien tanto la luz, la verdad puede,
 Que á sí y á su nacion de secta arriana
 Obediente rindió á la fe romana.*

No caben en la ponderacion las
 bendiciones del cielo, que una muger

A. de C. piadosa y santa puede llevar consigo
576. á la casa donde entra. La virtud de Ingunda convirtió á Hermenegildo; y la sangre de este mártir, dos veces coronado, produjo la reduccion de su hermano Recaredo y la de toda la valerosa nacion goda española. Movidó este príncipe de los discursos de su santo hermano, pero mucho mas persuadido de sus ejemplos, subió al trono con la religion católica en el corazón. Para abrazarla con fundamento solo le faltaba ser instruido en sus principios; y logrando esta instruccion de su tio san Leandro, no tardó en comunicársela á todo el reino, juntamente con la noticia de su conversion. ¡Asombrosa mudanza! ¡Efecto de la diestra omnipotente! En menos de dos años el Rey y toda la nacion goda abrieron los ojos á la luz de la verdad: casi todos abjuraron el arrianismo; y los que poco antes perseguian la Iglesia católica á manera de tiranos, ahora se rendian á sus preceptos como hijos obedientes. La nacion de los suevos habia hecho lo mismo casi

diez y ocho años antes á imitacion de su rey el piadoso Teodomiro.

A. de C.
586.

Fuéron llamados de sus destierros los obispos católicos, y restituidos á sus sillas respectivas. Volviéron las iglesias á entrar en posesion de sus rentas, los templos en la de su antiguo culto, los altares en la de su lustre y ornato, y se frecuentaron los concilios para reducir á su primitivo vigor la eclesiástica disciplina. Imitó Recaredo en estos concilios el ejemplo que dió en el de Nicea el grande Constantino, asistiendo á ellos para venerar, como padres de su espíritu, á los que en lo temporal le obedecian rendidamente como á soberano. Dichosamente mezcladas ó confundidas las naciones, no se hacia diferencia del español al godo, del godo al suevo, ni del suevo al alano, y solamente se reconocia en España un Dios, un Rey y una ley; debiéndose á la uniformidad de la religion el feliz destierro de todo nombre que tuviese sonido de discordia.

A vista de tan portentosa mudan-

A. de C. 586. za, la alegría de la Iglesia universal fue crecida; pero el triunfo de la Iglesia de España fue completo. Vió postradas á sus pies todas las naciones bárbaras que la habian sujetado; multiplicado el rebaño de Cristo, en el cual se contaban ya por ovejas los que antes se temian como lobos. El Rey recibia embajadas y enhorabuenas de todos los príncipes cristianos; pero estos aplausos los restituia con fidelidad al cielo; acompañados de gracias reverentes por haber unido en su tiempo la paz y la verdad en sus estados. Hasta entonces no habian amanecido en España dias tan serenos, ni habia visto príncipes tan humanos, tan afales, tan piadosos, ni tan aplicados al buen gobierno de sus vasallos. No era mucho que la proteccion del cielo se esplicase visible en favor de un príncipe dotado de prendas tan cristianas y tan reales como Recaredo. Tres veces conspiráron contra su vida algunos que habian quedado por asquerosas reliquias del arrianismo, mezclándose en la conspiracion la reina viu-

da Gosvinda, madrastra del Rey, y A. de C.
 tirana de la virtuosa reina Ingunda; 586.
 pero la Providencia divina evitó el
 golpe, descubriendo la alevosía cuan-
 do no era mas que amago. Los fran-
 ceses tomaron las armas contra Reca-
 redo con pretexto de vengar la muer-
 te de Hermenegildo y los ultrajes de
 Ingunda. Pero como el piadoso Rey 587.
 en nada habia tenido parte, se decla-
 ró el cielo á favor de su inocencia, y 588.
 consiguió dos victorias completas de
 los franceses junto á Carcasona, obli-
 gándolos á aceptar la paz con que los
 habia brindado su moderacion. Afian-
 zóse esta paz casando Recaredo en se-
 gundas nupcias con Clodosinda, her-
 mana de Childeberto, rey de Austrasia.
 Volviéron á inquietarse los grie-
 gos, pretendiendo amotinar los pue-
 blos á favor de la mudanza que se aca-
 baba de hacer en la religion; pero
 fuéron reprimidos en el mismo año en
 que se sintiéron levantados. Los vas-
 cones navarros, siempre inquietos, y
 siempre apasionados por su antigua li-
 bertad, pretendiéron sacudir el yugo

A. de C.
589.

del vasallage; pero á la primera vista de las tropas del Rey rindiéron las armas, y solicitaron el perdon por el camino del reconocimiento. El glorioso Recaredo, vencedor de sí mismo, de la heregía y de todos sus enemigos dentro y fuera, terminó la triunfante carrera de su vida con una dichosa muerte á los diez y seis años de su reinado. Dejó tres hijos Liuva, Suintila y Geila, escogiendo el cielo á sus descendientes para restauradores de la monarquía y de la religion despues de la irrupcion de los moros.

SÉPTIMO SIGLO.—600.

*Liuva, Witerico y Gundemaro,
Con Sisebuto (¡ caso extraño y raro!)
Aunque poco hazañosos,
Lograron unos reinos venturosos.*

600.

Entrambos en el séptimo siglo, poco fecundo en sucesos grandes, así por la corta duracion de los reinados, como porque la monarquía bien afianzada ya y fortalecida se hallaba des-

embarazada de enemigos forasteros, y A. de C.
 la uniformidad de la religion la ase- 600.
 guraba contra las inquietudes intesti-
 nas, que por domésticas suelen ser mas
 peligrosas. Semejante á un rio mages-
 tuoso que corre con sosegada grave-
 dad con todo el caudal de su corrien-
 te entre las dos espaciosas márgenes
 que ofrecen madre capaz á sus rauda-
 les; así corria la monarquía española,
 viendo pasar los dias y los años por el
 seno de la tranquilidad y del reposo.
 Observábanse las leyes, florecia la re-
 ligion; y si tal vez se asomaban en la
 córte algunos rumores de inquietud
 con el motivo de la sucesion á la co-
 rona, ó no llegaban, ó llegaban con
 fuerzas muy cansadas á noticia de los
 otros pueblos.

Luego que murió Recaredo, fue 601.
 su hijo Liuva elevado á la magestad
 del solio. Sucedióle en las virtudes,
 no menos que en la corona; y aun-
 que los años eran pocos, los talentos
 eran tantos, que apenas se conocia si
 era el padre ó si era el hijo el que
 reinaba: flor hermosa, aunque tem-

A. de C. prana, que prometia los mas sazona-
601. dos frutos, si el cruel ambicioso cuchillo de Witerico no se hubiera dado prisa á cortarla, llorándose infaustamente segada apenas aparecia. A los veinte años de edad, y á los dos de reino dejó de reinar y dejó de vivir.

603. Logró Witerico la corona por fruto de su asesinato. En todo sucedió á Liuva, menos en la afabilidad y en las demas prendas reales. Reinó de manera que los pueblos lloraban cada dia mas al Rey que habian perdido, y deseaban perder cuanto antes al que tenian. Por eso no esperáron á que el curso de la naturaleza los consolase con el sucesor. No obstante el horror que les causaba ver teñidas las manos del usurpador en la inocente sangre del amable Rey que los habia arrebatado, disimularon el horror y el dolor en el silencio; mas cuando viéron que Witerico se declaraba parcial de los arrianos, de cuya infidelidad se habia servido para la usurpacion: luego que observáron que se aplicaba á resucitar las casi muertas cenizas del arrianis-

mo, rompiéron las márgenes á la tolerancia, y amotinándose todos, entraron los mas intrépidos en palacio, diéron de puñaladas á Witerico, y arrastraron el infeliz cadáver por las calles, sin perdonar el furor á las mas indecentes ignominias. Triste, pero justo castigo de su fratricidio: justo digo, no de parte de los vasallos, que esos nunca pueden tener de su parte á la razón para perder el respeto al Soberano: sino de parte del cielo, que venga la sangre por la sangre; y aunque condene el atrevimiento en los ejecutores de sus justos decretos, permite para el escarmiento lo mismo que abomina. Reinó siete años Witerico: sobrado tiempo para que lo sagrado de su persona le sirviese de asilo contra los atrevimientos.

Gundemaro mereció todos los votos para la corona; y fue saludado rey por aclamacion. Era digno de la honra que recibia, y gozó muy poco de ella. Veinte y dos meses de reinado fue todo el intervalo que una maligna enfermedad le permitió entre el

A. de C.
603.

610.

A. de C. trono y el sepulcro. Así se desvanece
612. la gloria del mundo, cuyo término
puede dilatarse mas ó menos, pero no
puede evitarse. No es desgracia el en-
contrar presto con el fin de la carrera
cuando se llega bien á él. Es librarse
de los peligros del golfo, y arribar
cuanto antes á la seguridad del puerto.

A Gundemaro sucedió Sisebuto
con igual consentimiento y aclamacion
de todos los estados. Era valiente y
piadoso. Dió pruebas de su valor en
la guerra que tuvo con los griegos, á
quienes quitó muchas plazas, deján-
dolos con lo demas en atencion á que
621. eran católicos. Como zeloso protec-
tor de la fe desterró de su reino á
todos los judíos que no quisieron abra-
zarla. Convirtió á muchos con amena-
zas y castigos, valiéndose de la vio-
lencia en lugar de la persuasion, y
equivocando el zelo con la impruden-
cia. La religion, respecto de quien no
la profesa, se persuade, pero no se
manda. De esta regla quedan esclusi-
dos los hereges, que habiéndose intro-
ducido en la Iglesia por la puerta del

A. de C.
621.

SUINTILA.

*Suintila en la guerra adquiere gloria,
Y en la paz es afrenta en la memoria.*

Suintila, hijo segundo del piadoso Recaredo, aguardó á que la eleccion de los grandes le colocase en el trono que tanto habia ilustrado su glorioso padre. La eleccion no pudo ser mas acertada, considerados los méritos presentes. Era Suintila cuerdo y religioso en todas sus acciones, afable con todos, tan caritativo con los necesitados, que mereció el glorioso renombre de *padre de los pobres*, juntando á estas partidas relevantes unas prendas políticas y militares tan sobresalientes, que en las guerras pasadas diéron igual ejercicio á la admiracion su valor y su prudencia. En fin, nada le faltaba para que los pueblos lo-grasen resucitado en él el dichoso reinado de su padre, y comenzó á portarse de manera que desempeñó bien las grandes esperanzas que la nacion

habia concebido cuando le puso el ce- A. de C.
tro en la mano y la corona en la ca- 621.
beza.

Continuaban los griegos en infestar las provincias meridionales y occidentales de España; y como eran dueños del África, fácilmente sacaban de ella tropas y esfuerzos considerables. Con sus escuadras superiores á las de los godos cubrian las costas de Portugal y de Andalucía que todavía ocupaban; y habiendo puesto en campaña un poderoso ejército, á pesar de los repetidos golpes con que los habia escarmentado Sisebuto, intentaban no menos que recobrar todo el dominio antiguo de los romanos.

No se ocultaban á Suintila estos designios tan llenos de ambicion como de gloria; y persuadido á que no lograria paz estable mientras tuviese por vecinos á unos enemigos tan inquietos, resolvió desalojarlos de sus dominios, obligándolos á volver de la otra parte del mar. Juntó todas sus fuerzas, buscólos en su campo, presentóles la batalla, y consiguió una

- A. de C. victoria tan completa, que los dejó sin
621. tropas para mantener la campaña. No era menos hábil en aprovecharse de las victorias, que diestro en saber ganarlas: con que sin dejar las armas de las manos, sitió y tomó sucesivamente todas las plazas de los vencidos: de suerte, que corriendo de victoria en victoria, en solos cinco años de guerra limpió á España enteramente de los griegos, obligándolos á evacuarla para siempre, puntualmente á los ochocientos cuarenta y dos años en que los romanos habian emprendido su conquista. Coronado de laureles entró en su córte Suintila cubierto de gloria, y lleno de aclamaciones. Príncipe dichoso, si hubiera sido menos feliz, ó si le hubieran durado mas los enemigos. Entre las fatigas de la guerra era un Alejandro: entre las ociosidades de la paz se transformó en un Sardanápalo. Entregóse totalmente á los deleites sensuales; y para abandonarse á ellos con mayor tranquilidad se desembarazó enteramente del cuidado del gobierno, que puso á car-
- 626.

go de su muger Teodora y de su hermano Agila, cuyo ministerio conducido de la avaricia, de la altanería y de la violencia, puso en conmocion á todo el reino. Pero sus clamores se desvanecian en el aire sin llegar á los oidos del Rey, porque cerradas las puertas de palacio á la gente de bien, solamente se franqueaban á los ministros de su disolucion. Fiaba demasidamente en la seguridad de su trono, sin acordarse de aquella gran máxima de Demóstenes, que *á quien no tiene enemigos se los fabricará su nimia confianza*. Luego que el reino vió como ahogadas en los vicios las virtudes del Monarca, y manchados los laureles con torpezas, perdió de vista sus antiguos merecimientos, convirtiéndose la veneracion en desprecio, y el desprecio en indignacion; y pasando de aquí al aborrecimiento, gritaban todos que era menester derribarle de su elevacion; y cuando estos gritos resonaban en los ángulos mas escondidos del reino, solo el Rey no los oia. Aprovechóse de una coyuntura tan fa-

A. de C. vorable á su ambicion Sisenando, uno
626. de los señores mas ricos y de mas valor del reino; y negoció secretamente con Dagoberto, rey de Francia, que enviase á España un poderoso ejército.

Dormia profundamente el afeminado Monarca en los brazos de la sensualidad cuando recibió la noticia de que Sisenando se avanzaba á largas jornadas á la frente de un numeroso ejército frances, y que todos los estados de la monarquía conspiraban á competencia sobre colocar en sus sienes la corona. Aquel mismo Suintila, que antes habia sido un héroe, apenas era ya un hombre sin espíritu, sin dinero y sin fuerzas para defenderse: bajó del trono sin resistencia; pero bien diferente de aquel Suintila que la nacion habia colocado en él diez años antes. El hombre sin accion es como el agua sin movimiento, que poco á poco se altera hasta que totalmente se corrompe. No hay que buscar en él ni virtud ni entendimiento, porque va perdiendo por grados lo racional

627.

hasta quedarse solo con lo que tiene A. de C.
de bruto. 627.

Al frances Sisenando y á su espada
Debe el tener la frente coronada:
En su reino (ahuyentada la injusti-
cia) 631.

Se abrazáron la paz y la justicia.
Sucedióle Chintilla, despues Tulga:
Chindasvinto á sí mismo se promulga
Por rey; y á Chindasvinto
Le sucede su hijo Recesvinto.

Sostenido Sisenando aun menos del ejército frances que de la aversion general de los españoles al odioso reinado de Suintila, fue aclamado por rey, no solo sin oposicion, sino con general aplauso de todo el reino. Despidió á los franceses despues de haber esplicado con ellos su generosidad y su agradecimiento, enviándolos á su patria tan satisfechos de su liberalidad, como gloriosos de su feliz espedicion. Reinó solo seis años: corto espacio para su vida, pero bastante para su gloria. En su tiempo florecié-

A. de C. 637. ron la paz y la justicia, se reformó la Iglesia, y se cultivó el estado: aquella por los prudentes cánones que se promulgáron en el concilio toledano para restituir á su debido esplendor la disciplina eclesiástica: este por la coleccion de las leyes góticas llamadas el *Fuero Juzgo*. No está la causa de los desórdenes en la falta de leyes, sino en su inobservancia. Es inútil y aun perniciosa la multitud de preceptos cuando no hay valor para hacerlos obedecer. La memoria de Sisenando hubiera pasado, y pasaria de siglo en siglo con integridad, si no llevara consigo la fea mancha de la usurpacion.

640. Todo lo que nos dice la historia de los cuatro Reyes inmediatos sucesores de Sisenando se reduce á que conserváron en paz la Iglesia y el reino; que Chintila juntó un concilio, y que reinó cuatro años; que Tulga solo reinó dos; que la virtud dominante de este príncipe era la caridad con los pobres, siendo máxima suya que esta debia ser la virtud sobresaliente de todos los Monarcas, cuyos

tesoros no debieran servir á su vanidad y á su regalo, sino al alivio del vasallo, haciéndole feliz, y sacándole de necesidad. No esperó Chindasvinto á que los votos le pusiesen la corona en la cabeza: quitó este cuidado á los electores, poniéndosela él mismo. Era general de las tropas, y las tenía todas á su disposición: con que no era fácil se atreviese otro candidato á declararse pretendiente. Con la misma facilidad ó con la misma despotiquez hizo compañero, y declaró por sucesor suyo á su hijo Recesvinto. El padre reinó seis años y ocho meses: el hijo algunos meses mas sobre veinte y tres años.

A. de C.
640.

642.

649.

VAMBA, HERVIGIO, EGICA.

*Vamba (¡ raro prodigio!) se resiste
A ser rey, cuando el reino mas le insiste:*

672.

*Y dándole á escoger corona ó muerte,
Aun dudó si era aquella peor suerte.
El cetro admitió en fin para dejarle,
Despues de haber sabido vindicarlo*

A. de C. *De los que conspiráron
 672. Contra el mismo á quien tanto deseáron.
 Mejoradas las leyes y costumbres,
 A un monasterio oculto entre dos cum-
 bres
 Se retiró glorioso,
 Dos veces de su reino victorioso:
 No tanto por haberle resistido,
 Cuanto por no ser rey el que lo ha sido.
 La corona que Hervigio en paz conser-
 va,
 Para el ingrato Egica la reserva.*

Descollaba Vamba entre los grandes como el cipres entre los vegetales; y la superioridad de su genio en el arte de gobernar habia logrado aplausos y admiraciones en los reinados precedentes. A la elevacion de sus talentos políticos juntaba un desengaño cristiano, producido de su continuada seria meditacion sobre la vanidad y ninguna substancia de todas las cosas del mundo, con que las miraba con menos ambicion que fastidio. Todos á una voz le juzgáron digno del cetro; pero el cetro no era

digno de él: no porque le desdenase con aquella especie de fausto estóico que quiere parecer modestia, y es vanidad fastidiosa; sino porque huia de él, movido de un generoso menosprecio de las grandezas humanas, deseoso de vivir en el retiro, sin tantos estorbos para entregarse al ejercicio de las virtudes cristianas. Resistióse con tanta modestia como constancia á recibir la corona, con que todos le brindaban. Raro fenómeno de aquellos que ven muy de tarde en tarde los siglos. Pero la misma resistencia que hacia á la corona, daba mayor impulso al empeño que tenia toda la nacion de coronarle. Despues que los grandes esperimentáron inútiles todas las instancias, resolvieron echar por el atajo, valiéndose de un medio tan extraordinario para violentarle al consentimiento, que apenas tiene otro ejemplar en la historia. Introdujéronse de repente en su cuarto algunos de los mas acalorados; y desnudando un estoque, se le pusieron al pecho, diciéndole con resolucion, que escogiese

A. de C. 672. entre el trono ó la muerte lo que le tuviese mas cuenta, limitándole el arbitrio á uno de los dos extremos. Aun así tuvo suspensa la resolucion, dudando cual de los dos era menor muerte; pero al cabo se declaró su determinacion por el trono, y le honró con su eleccion.

Presto se arrepintiéron muchos de los mismos electores, porque le experimentaron mas hombre de lo que quisieran ellos. Comenzó á quitar abusos, y dió principio á fabricar descontentos. Sublevaron los grandes á la Galia gótica, á Cataluña, Aragon y Navarra, y proclamaron por rey á Paulo, general de las tropas. Era Vamba gran soldado; y marchando á la frente de su ejército contra los rebeldes, los derrotó en todas las funciones: tomóles las plazas, y forzó á los mas obstinados en las arenas de Nimes, donde se atrincheráron, durando hasta el dia de hoy grandes vestigios del fuego con que asoló aquellas campiñas.

Tan infatigable en el gabinete

como intrépido en la campaña, se aplicó á dar vigor á las leyes, esplendor á las iglesias, y orden á todos los estados. Adornó con edificios y aseguró con fortificaciones á Toledo, córte á la sazón del reino. Todos los hombres de corazón sano y de intención no achacosa se complacían de ver colocado en el trono á un príncipe tan digno. Solo á él se le hacía más pesado cada día, y nada deseaba tanto como sacudir de sus hombros aquella carga, desembarazando su corazón de tan peligrosos cuidados. Cuando Augusto se fingió fatigado del imperio, y deseoso de renunciar la diadema, consultó su disimulada resolución con sus favorecidos: señal cierta de que era afectación el que pareció desengaño. Pero Vamba consultó su determinación con aquellos mismos grandes que aspiraban á sucederle: medio infalible en lo político para asegurar su aprobación. Hay quien diga que Hervigio adelantó la ejecución, valiéndose del veneno: acusación temeraria en que tiene más parte

A. de C. 672. la malignidad que la razon. Para presumir bien de otros bastan las apariencias: para achacar los delitos son menester mas pruebas que las exterioridades. Poco ó nada se arriesga en que se equivoque un juicio por el camino de piadoso; pero se va á perder mucho en desacertarle por el lado de temerario. Estuvo tan lejos del noble corazon de Vamba esta mal fundada sospecha, que él mismo nombró por su sucesor á Hervigio; y apenas convaleció de su enfermedad, cuando renunció el trono y el mundo, y retirado á un monasterio, vivió en él con ejemplo, y murió con santidad.

680. No dió lugar Hervigio á que le obligasen con violencia, como á Vamba, á tomar las riendas del gobierno. Apoderóse de ellas antes que el reino ratificase su nombramiento, y las manejó con prudencia, conservándolas en una especie de calma, que sin meter ruido mereció grandes elogios. Un Príncipe que sabe conservar la paz con los vecinos, y mantener en tranquilidad á sus pueblos, es mas reco-

mendable que otro preciado de conquistador, que por tener dos plazas mas desangra las venas y las arcas de sus vasallos. Empleó Hervigio sus buenos oficios con los grandes á favor de su yerno Egica, y nombrándole sucesor suyo con su consentimiento, para que sin escrúpulo pudiesen prestarle el juramento de fidelidad, los libró del que le habian prestado á él.

A. de C.
680.

No es el reconocimiento la virtud mas favorecida de los grandes, ni es la prenda de que hacen mas vanidad. Acreditó Egica esta verdad, correspondiendo con ingratitudes á los favores de su suegro. Divorcióse de la princesa su hija, de cuyo matrimonio tenia ya por prenda al príncipe Vitiza, y persiguió á todos los apasionados de la persona ó de la familia de Hervigio, como que se avergonzaba de haber recibido la corona de una mano que antes de su elevacion se honraba mucho en besarla. Es la ingratitud un monstruo que irrita á la humanidad. La de Egica encendió contra sí los ánimos de sus vasallos, y le suscitó guerras civiles tan

687.

- A. de C. peligrosas, que mas de una vez estu-
 687. vo para perder el beneficio de la co-
 rona, que tan mal habia agradecido.
 Á los diez años de su reinado dividió
 el cetro con su hijo Vitiza, y obli-
 697. gó á los godos á que le reconociesen
 por rey de España. Cuatro años des-
 pues acabó su vida con el siglo, des-
 pues de una enfermedad que se la qui-
 tó en Toledo.

OCTAVO SIGLO.—700.

VITIZA.

*Salomon al principio fue Vitiza,
 Pero Neron al fin escandaliza.*

Mirado el reinado de Vitiza á dos
 diferentes luces, ó considerado desde
 dos opuestas distancias, representa
 tambien dos aspectos muy contrarios.
 Por una un rey de los mas prudentes;
 700. por otra un rey de los mas precipi-
 tados: hoy padre, mañana tirano: Sa-
 lomon en su gloria, Neron en sus de-
 litos; y por reducir el retrato á dos

solas pinceladas, el lienzo de su reino ofrece á la vista por un lado el reino de la razon y de la piedad, y por otro el de la brutalidad y tiranía. A. de C. 700.

Los principios del de Vitiza fueron los mas magníficos, los mas parecidos al reino de Salomon, quando este monarca se hallaba en el ápice de la felicidad y de la gloria. Protector de la inocencia, amparo de la virtud, vengador de la injusticia, zelador del culto divino, padre de los huérfanos, defensor de las viudas, consuelo de sus vasallos, rey pacífico; no pensaba mas que en hacer felices á todos. Para que ninguno quedase escluido de su piedad levantó el destierro á todos los desterrados, volvióles sus haciendas, y los restituyó en sus empleos y dignidades. Mandó quemar todos los registros, autos y protocolos por donde podia derivarse á los siglos futuros la memoria de sus delitos, ó verdaderos ó achacados, para que su nombre se colocase sin nota á la poſteridad. Cada dia era señalado con alguna de aquellas virtu-

A. de C. 700. des bienhechoras que hacen adorar á los monarcas. A imitacion de Tito emperador tenia por perdido el dia que se le habia pasado sin hacer algun beneficio.

A vista de una aurora tan luminosa y tan brillante parecia que iba á amanecer en España el reino de oro; y con efecto hubiera amanecido, si en el catálogo de las virtudes de Vitiza hubiera habido lugar á la constancia. Comenzó á dominar á sus pasiones; pero con el tiempo se cansó de sujetarlas á la razon y á la ley de Dios. Luego que dejó de reprimirlas, se rindió á la esclavitud de obedecerlas. La primera que tiranizó su corazon fue el amor á las mugeres. Esta passion hizo tan rápidos progresos, que en pocos dias la flaqueza pasó á ser dissolution, sin que se reconociese otro asilo contra la brutalidad de su lascivia que el de la vejez ó el de deformidad.

Embriagado Vitiza con este torpe veneno, quitó del todo la máscara á la vergüenza y á la razon. Admi-

tió públicamente un gran número de concubinas, mandando darles el tratamiento de reinas. Comenzó el escándalo á producir su primer efecto en la murmuracion de los vasallos; y para sosegarla, haciéndolos á todos delincuentes, publicó un decreto en forma de ley, que permitia á todos la misma libertad. Levantaron el grito los Obispos contra un decreto tan contrario á la religion cristiana; pero Vitiza, creyendo que era envidia el que parecia zelo, para acallar á los Obispos usó la misma infernal política que habia practicado con los demas vasallos, y publicó segundo decreto, en que estendia á los eclesiásticos y á los religiosos la misma libertad que por el primero habia concedido á los seglares. En fin no podia ser mas perverso; pero tampoco podian escogerse medios mas proporcionados para conseguirle. Estos decretos fueron obedidos con la mayor exactitud; porque contra las pragmáticas que favorecen las pasiones hay pocos delincuentes. Acudió el Papa al socorro

A. de C. de la Iglesia de España, que iba á
700. precipitarse en el último esterminio: como padre comun de los fieles exhortó, rogó, conjuró y amenazó; pero el monarca se hacía sordo á sus voces; porque siendo efecto natural de la lujuria arrancar del alma las virtudes todas, ya no habia ni ley, ni fe, ni religion. Y para cerrar de una vez la puerta á los silbos del Pastor universal, que le molestaban, aunque no le corregian, determinó echar por el atajo, y publicó tercer decreto, en que mandaba que ninguno de sus vasallos, sopena de la vida, prestase obediencia al Papa.

Entonces, rotos ya los diques al desórden, autorizado por las leyes, protegido por el Príncipe, y alentado con su ejemplo, se derramó por todo el reino á guisa de un torrente impetuoso. Del trono se comunicó al palacio, del palacio á los cortesanos, y de la córte se derivó á todo el vulgo; de manera, que desfigurado el semblante de España en pocos años, solo se reconocia en sus ciudades y

provincias el aspecto de la disolucion. A. de C.
 Ni aun el mismo santuario se eximió 700.
 enteramente de la corrupcion conta-
 giosa de los tiempos; porque si la
 piedad, desterrada de las poblaciones,
 se queria refugiar á los monasterios,
 tal vez encontraba escollos donde pen-
 saba hallar seguridad; y era naufrago
 de la religion el que se habia fabri-
 cado para puerto de la virtud.

En medio de un contagio tan uni-
 versal reservó Dios en España, como
 en otro tiempo en el pueblo de Is-
 rael, una porcion de fieles siervos su-
 yos que no doblaron las rodillas ante
 el ídolo Baal. Penetraron hasta el tro-
 no de Vitiza sus lágrimas y sus cla-
 mores; y el Rey, que habia recibido
 del cielo un corazon naturalmente in-
 clinado á la piedad, estuvo algun
 tiempo entre dudoso y contenido; pe-
 ro experimentó muy á su costa que es
 mas facil sujetar las pasiones antes que
 se desordenen, que una vez desorde-
 nadas volver á reducirlas al yugo de
 la razon. Eran muy débiles sus fuer-
 zas para romper tantos lazos. Si al

A. de C. tiempo que deliberaba indeciso entre
 700. la obstinacion y la enmienda hubiera
 tenido cerca de su persona algun hom-
 bre de espíritu y de resolucion que le
 alentase, quizá hubiera salido con feli-
 cidad de tanto abismo. Pero es des-
 gracia de los Príncipes viciosos estar
 siempre rodeados de ministros hedion-
 dos y de viles lisonjeros, que les re-
 presentan como punto de honra el ir
 adelante en sus perversas costumbres,
 como que confiesa el desórden aquel
 que le reconoce. ¡Rara alucinacion de
 la vanidad humana! como si no fuera
 la obstinacion en el mal carácter pro-
 pio de una malignidad diabólica. Dió-
 les Vitiza oídos; y la que comenzó
 miseria, acabó en empedernimiento.

Entre tanto temió, y temió con ra-
 zon, que un trastornamiento tan uni-
 versal en lo político y en lo eclesiás-
 tico no viniese á parar en derribarle
 del solio. Esta aprehension le hizo ca-
 viloso, la cavilacion zeloso, los ze-
 los desabrido, y el desabrimiento cruel.
 Descargó los primeros golpes de su
 crueldad sobre los que rezelaba que

podian ser sus substitutos antes de lle- A. de C.
gar á sucesores. Arrebatado de cóle- 700.
ra quitó de un bastonazo la vida á Fa-
vila, duque de Vizcaya, hijo del di-
funto rey Chindasvinto, sin que en
este desgraciado príncipe se recono-
ciese otro delito que haber nacido hi-
jo de un Rey, y ser muy digno de
serlo. Por la misma razon mandó sa-
car los ojos á su hermano Teodofredo,
duque de Córdoba, y padre de aquel
don Rodrigo que se libró de las ma-
nos del tirano para tanto mal de Espa-
ña. Gemian todos, y nadie se atrevia
á respirar, porque de los suspiros se
fabricaban procesos, y la queja era
tratada como delito de lesa magestad.
Cada uno comunicaba á su corazon, no
sin rezelo ó sin desconfianza de que
le fuese infiel el dolor que le causaba
el lastimoso estado de la amada patria.
Pero ni aun este silencio bastaba á so-
segar las inquietudes del tirano; antes
crecian con él; como se hace sospe-
choso el demasiado silencio en un
pais enemigo. Mas para quitar de una
vez á sus vasallos no solo el ánimo,

A. de C. 700. pero aun el pensamiento de inquietarse, los hizo desarmar á todos, mandando por ley, que todas las armas fuesen entregadas á las llamas. Desmanteló las plazas fuertes del reino, menos á Toledo, Leon y Astorga, que guarneció con tropas escogidas de su devocion, para valerse de ellas en caso de necesidad, sin advertir que en estas mismas disposiciones servia de instrumento á la venganza del cielo, que se valia de sus manos para allanar el camino, y abrir las puertas de España á los sarracenos.

En medio de tantas precauciones estaba poseido de perpetuos sobresaltos: tan atemorizado á vista de sus desórdenes, como intrépido al tiempo de enarbolar la bandera del delito. No hay enemigo mas terrible que el de una mala conciencia. Acompañábanle á todas partes las inquietudes, las zozobras, los rezelos, las desconfianzas y las sospechas: hasta las sombras se le figuraban bultos, y en cada bulto se le representaba un asesino. Al cabo llegó el caso de que alguna vez

no le engañase su recelo; porque parecia justo que el que imitó tan perfectamente á Neron en las costumbres y en la crueldad de la vida, le copiase tambien en la funesta tragedia de la muerte. La entrada á los vicios está sembrada de flores; pero la salida está cubierta de penetrantes espinas. Si Vitiza hubiera sido constante en el bien, hubiera sido la gloria de la monarquía: por su inconstancia fue el oprobio de la patria; y podemos decir que él fue la primera causa de las calamidades en que la veremos sumergida, ocasionando al mismo tiempo la ruina de su familia.

A. de C.
711.

NOTA DEL TRADUCTOR.

„García de Torres en la crónica
 „del Rey católico atribuye el decreto
 „to de deshacerse ó de quemar las
 „armas ofensivas al infeliz rey don
 „Rodrigo, sucesor de Vitiza, por in-
 „flujo del vengativo conde don Ju-
 „lian, que con artificioso consejo que-
 „ria irle desarmando para el cruel

A. de C. 711. "despique que ya tenia tramado. No
 "faltan algunos autores nuestros que
 "le siguen, aunque tenemos por mas
 "verisímil que fuese Vitiza el autor
 "de este decreto; porque temiendo ca-
 "da instante que le quitasen la vida
 "por las violencias en que le precipi-
 "taban sus excesos, se le figuraria es-
 "tar menos arriesgada, dejando me-
 "nos instrumentos á la muerte para
 "ejecutar su golpe. Sea lo que fue-
 "re, es digno de eterna memoria lo
 "que ejecutó en esta ocasion una no-
 "ble matrona de Valderas, á cuyo
 "noble suelo debimos los primeros in-
 "flujos de nuestra niñez, de nuestra
 "infancia y de nuestra educacion.

"Poseia cantidad numerosa de ga-
 "nado, que llaman mayor: vendió
 "mucha porcion de él, como para fa-
 "cilitar el cumplimiento de las órde-
 "nes reales, y empleó su producto
 "en comprar todo género de armas,
 "trocando tambien por ellas otras ca-
 "bezas menores. Quemó gran parte
 "de las mas inútiles, haciendo brillan-
 "te ostentacion de su obediencia; pero

reservó en lugares subterráneos tanta copia de las mas aceradas y lustrosas, que cuando el animoso don Pelayo llegó á las orillas del Cea con su pequeño escuadron retirando á la morisma, se reforzó de manera con las armas que tenia reservadas aquella ilustre matrona, que pudo adelantar el curso de sus victorias. Irritado despues el arzobispo don Opas por este leal hazañoso atrevimiento de la villa de Valderas, resolvió contra ella, seguido del ejército africano, que infamemente acaudillaba, apóstata de la patria, y rebelde á la religion. Púsola cerco, la entró, saqueó y arrasó; siendo esta la segunda vez que la noble villa de Valderas quiso antes dejar de ser, que dejar de ser leal, y siempre á manos del africano furor. Callaron las historias el nombre de esta noble muger, y solo nos dijéron la hazaña: quizá porque todo nombre seria mucho menos que la empresa. Acaso tambien de aquí tuvo principio el significativo escudo de la vi-

A. de C.
 711.

A. de C. 711. ulla, que es una brillante estrella en
 ulla parte superior, y una bandera que
 tremola un brazo armado en ade-
 man de quien la saca triunfante de
 una hoguera, á la cual sirve de orla
 esta inscripcion: *Confringet arma,*
& scuta comburet igne. No era ra-
 zón que nuestro agradecimiento de-
 jase en silencio esta noticia, ni pue-
 de parecer violenta á quien se hicie-
 re cargo del justo motivo que tuvi-
 mos para añadir esta nota, cuyas
 noticias debemos al mismo García
 de Torres en la citada crónica.

RODRIGO.

*Entregado Rodrigo á su apetito,
 Triste víctima fue de su delito;
 Cuando Julian, vengando su deshonra,
 Sacrificó á su rey, su patria y honra.*

Rodrigo, hijo de Teodofredo, y nieto de Chindasvinto, ocupó el trono despues de la muerte de Vitiza. Debió la corona á todos los hombres de bien que habia en el reino, cuyo

crédito pudo mas que los parciales de Eva y de Sisebuto, hijos de su antecesor. Parecíales que estaba adornado de todas aquellas prendas reales de que se forman los grandes Reyes, y en ellas afianzaban la restauracion de la Iglesia y del estado. Por el contrario sus enemigos formaban de él concepto tan melancólico, que le tenían por capaz de echarlo todo á perder; y acreditó la esperiencia que á todos engañó menos á estos. En la córte se respiraba un aire inficionado y podrido: la virtud de Rodrigo era flaca, con que no hizo al contagio resistencia.

A. de C.
711.

Temió que si reformaba el estado, multiplicaria enemigos, y que tendria por contrarios á todos aquellos á quienes no fuese semejante: cobardía indigna de un ánimo real. Es bien vivir como todos cuando todos viven bien; y aun en ese caso el Príncipe debe aspirar á vivir mejor, porque entre los buenos es reputacion suya sobresalir al vasallo. Comenzó Rodrigo al principio por pusilanimidad, y despues por inclinacion á seguir los pasos

A. de C. 711. ó los descaminos de su predecesor. Dejóse arrastrar de la misma incontinencia y de la misma crueldad: dos furias que rara vez dejan de hacer presa en quien una vez se apoderan. Conservó en toda su fuerza las infames leyes de Vitiza, y á su imitacion no perdonaba á ninguno que le hiciese resistencia. En fin, tuvo todos los vicios que su predecesor; pero no cometió tantos excesos, porque no vivió tantos años. De aquí es fácil inferir hasta donde llegaría el desórden de las costumbres, que casi se acercaba á lo sumo en el reinado precedente, y á ninguno hará admiracion la terrible venganza con que se explicó la cólera del cielo, dando principio á ella por el mismo Rodrigo, y pasó de esta manera.

Entre las damas de la Reina habia una que se llamaba Florinda, conocida vulgarmente por el nombre de la *Cava*, que en lengua árabe es lo mismo que *mala muger*; y porque los moros aplicáron sin razon este injurioso epíteto á Florinda, creyéron con

menos reflexion algunos historiadores A. de C.
 que este era su nombre propio, y de- 211.
 riváron en el vulgo su equivocacion.
 Era Florinda ó la Cava hija del conde
 don Julian, señor de los mas prin-
 cipales de España, dama de peregrina
 hermosura, que sobresalia mas por es-
 tar acompañada de no menos peregrina
 honestidad. Tuvo la desgracia de
 agradar al Rey; pero tuvo valor para
 resistirse á sus continuadas instancias.
 Este desprecio encendió mas la pasion;
 pero mudándole el nombre sin qui-
 tarle la substancia, hizo que pasase á
 furor el que era antes galanteo. En fin,
 logró el Rey, valiéndose de la violen-
 cia, lo que no habia podido conseguir
 por el cortejo ni por el ruego. Hay
 en el cielo un Dios vengador de la vir-
 tud oprimida, y don Rodrigo experi-
 mentó presto esta verdad muy á su
 costa.

Aunque la infeliz Lucrecia espa-
 ñola no se sintió menos arrebatada del
 dolor que la romana, fue mas cuerda
 en disimular, y mas moderada en dis-
 poner los efectos de su resentimiento.

A. de C. No lo esplicó contra sí vengándose
711. en sí misma como la otra, sino que tiró las líneas para que recayese la venganza sobre la cabeza del mismo delincuente. Puso en noticia del conde su padre la violencia que habia padecido, y esforzó la razon de su inocencia con las lágrimas y con las vivas instancias que le hacia exhortándole á un despique proporcionado á la grandeza del agravio. Menos esfuerzo era menester para encender la cólera del conde, sobradamente irritado con una afrenta que reputaba tan suya como de su hija; y desde aquel punto dió toda la aplicacion del discurso á meditar los medios de una venganza ruidosa.

Eran ya por aquel tiempo los sarracenos dueños de la Mauritania, cuya posesion dió el nombre de moros á sus conquistadores. Hallábase á la sazón el conde don Julian gobernador de Ceuta, por cuya intermediacion le habia hecho el rey don Rodrigo su embajador cerca de los sarracenos. Aprovechóse el conde de esta ocasion tan favorable á los intentos de su ven-

ganza, y abocándose con los gefes de los moros, les ofreció que pondria en sus manos toda España como le ayudasen á lavar en la sangre de Rodrigo la deshonra de su hija. Para facilitarles la empresa les representó que todos los pueblos estaban desarmados, desmanteladas las plazas, los vasallos descontentos, y el Rey odioso á todos; de manera, que solo con dejarse ver estaba asegurada la conquista. Persuadidos los moros, y concluido con gran secreto el tratado, dió prontamente la vuelta á la córte de Toledo con pretexto de comunicar con el Rey negocios importantes; y siendo bien recibido de la córte, sin dar ni á las palabras ni al semblante la mas leve señal de su oculto sentimiento, supo fingir con tanto artificio lo necesario que era su presencia en África, que el Rey le mandó volver sin detencion á su embajada. Al despedirse le pidió licencia para llevarse consigo á su hija la Cava, único motivo de su viage; pretextando que se hallaba su madre acometida de una enfermedad mortal, y

A. de C. deseaba con ansia el consuelo de ver
711. y despedirse de su hija antes de pagar
con el último aliento el comun tributo á la naturaleza. Dióselo el Rey compadecido del motivo, sin ofrecérsele sospecha de artificio en el proceder del conde, quien luego que llegó á Mauritania encontró acabadas ya todas las prevenciones necesarias para la ejecucion de sus proyectos.

Adelantóse don Julian con quinientos hombres á ocupar á Heraclea, conocida hoy con el nombre de Gibraltar. Siguióle un cuerpo de doce mil sarracenos, mandados de Tarif, general árabe, de igual valor que prudencia. Resonó por todas partes la trompeta de la rebelion, y venian enjambres de mal contentos á incorporarse con el conde. Informado el Rey de la traicion, se persuadió con ligereza que seria fácil escarmentarla en los principios, enviando contra los rebeldes á su sobrino don Sancho con un cuerpo de tropas tumultuariamente levantadas; pero engañóle su facilidad, porque casi todas ellas con su general

fuéron pasadas á cuchillo. Dueños de la campaña los moros, se estendiéron por toda Andalucía á modo de inundacion. Las plazas sin defensa y los pueblos desarmados ó ponen la seguridad en la fuga, ó perecen á los filos del alfange sarraceno. Entréganse las casas al pillage, los edificios al tuego, y al cuchillo las personas, volando á todas partes la confusion, el sobresalto y el terror. En las provincias mas distantes se alcanzaban unas á otras las noticias de que todo estaba perdido. Mientras tanto, animados los moros con los sucesos de sus armas, se engrosaban cada dia mas con los refuerzos que les venian del África, tanto que parecia que toda el África se habia pasado á España.

Cuando un Monarca ha sabido hacerse amar encuentra recurso contra los mayores reveses de la fortuna en el corazon de sus vasallos; pero como don Rodrigo se habia hecho tan aborrecible, no hallaba persona en quien pudiese colocar su confianza. Sin embargo, como tocaba casi con la mano

A. de C. 711. aquel punto fatal que habia de decidir de su corona, de sus estados y de su vida, obligó á mas de cien mil hombres á tomar las armas, sin advertir que armaba tantos enemigos como descontentos. Púsose á la frente de este ejército, y marchó contra los moros y contra los rebeldes. Alcanzólos cerca de Jerez á la orilla del rio Guadalete, donde les dió una batalla general y decisiva. Peleó don Rodrigo como quien sabia que estaba pendiente de aquella accion el ganarlo todo, ó el perderlo todo; pero peleaban contra él sus delitos como auxiliares de los moros, y habia llegado el tiempo de la divina venganza. Una gran parte de su mismo ejército volvió las armas contra la otra, acometiéndola por los costados en lo mas vivo de la batalla. Esto le hizo perder todo el aliento, y metiendo espuelas al caballo procuró salvarse con la fuga, habiendo desaparecido de manera que hasta hoy no se sabe á punto fijo cual fue el último destino de su desgraciada vida. Conjetúrase que murió ahogado en las

714.

ondas del rio Guadalete, porque á A. de C.
714.
 las márgenes de este rio se encontró su caballo, su manto real, su corona y sus botines: funestos despojos de su desdichada suerte. En Viseo de Portugal se lee sobre un sepulcro este epitafio: *Aquí yace Rodrigo, último rey de los godos.* Como quiera que hubiese sido el fin de este Monarca infeliz, no pudo dejar de conocer la espada vengadora de la divina Justicia en la sangrienta ejecucion de su catástrofe.

No fue solo Rodrigo el castigado, porque no habia sido solo el delincuente. Desordenado su ejército, sin rey y sin caudillo, fue víctima del alfange sarraceno, y todo el reino quedó por presa del africano. Dividió Tarif su ejército en muchos cuerpos, que á un mismo tiempo estendió por toda España: eran pasados á cuchillo todos los que hacian y aun los que solo amagaban con la resistencia, y los demas quedaban al arbitrio del vencedor mas como esclavos que como prisioneros. La desenfrenada co-

A. de C.
714.

dicia de aquellos bárbaros los empeñaba en pillarlo todo: su brutal lascivia los incitaba á ensuciarlo todo sin hacer distincion de sexos. La espada devoraba, el fuego consumia, el hambre talaba, y todo hubiera perecido si la misma avaricia del vencedor no lo hubiera conservado. Pocas veces se vió en el mundo desolacion tan terrible. Era un diluvio de males que purificaba la tierra de otro diluvio de culpas. En menos de tres años pasó España al dominio de los sarracenos, verificándose aquel oráculo inspirado que *los pecados hacen transferir los reinos de unas naciones á otras*: origen fatal de que nace tambien la ruina de las familias; porque escrito está *que la casa del impío será aniquilada*.

La venganza del conde don Julian fue mas ruidosa y quizá tambien mas sangrienta de lo que él mismo se habia figurado en los primeros arrebataos impulsos de la cólera. Pero habiendo hecho traicion á su religion, á su patria y á su Rey, dejó su nom-

bre á la posteridad cargado con la execucion de todos los siglos. Ignórase si sobrevivió al incendio que él mismo excitó, y no se sabe cual fue el fin de sus infelices dias. Pero sin embargo de que su accion fue de las mas execrables que se registran en los anales del tiempo, sirve de documento á los príncipes y á los grandes, que no es seguro querer todo lo que pueden, y que es cosa muy arriesgada ultrajar á un hombre de honra, porque en el exceso de su resentimiento no respecta á Rey ni á ley; y no es capaz de otro miedo que el que se le frustren las líneas que medita su venganza.

A. de C.
714.

NOTA DEL TRADUCTOR.

«Tenemos presente que algunos críticos modernos de nota muy recomendable, como Mantuano, Pellicer, y novísimamente el excelentísimo Mondéjar, tan grande en la república literaria, como en la política y civil, dan por fabulosas todas estas noticias de la Cava, violencias

A. de C. 714. del rey don Rodrigo, y venganza
 del conde don Julian, tratándolas
 de cuentos y de invencion de los
 moros. El excelentísimo Mondéjar
 en las advertencias al libro VI del
 P. Mariana se adelanta á censurar
 en este célebre autor que se hubie-
 se dejado llevar de la corriente, au-
 torizando con su voto el partido de
 la vulgaridad. El grande argumento
 de estos críticos es que ninguno de
 los cronicones antiguos, como el de
 Isidoro, el del rey don Alonso ni el
 Emilianense hacen memoria de tales
 nombres ni de tales cuentos. No ig-
 noramos el grande peso que quiere
 conceder la crítica á esta especie de
 argumentos negativos, fundados en
 el silencio de los autores síncronos,
 contemporáneos, ó mas inmediatos á
 los sucesos; y confesamos que en al-
 gunos puntos hacen gravísima fuer-
 za. ¿Pero la harán igualmente en
 todos? ¿No habrá algunas mate-
 rias en que no se atrevan á hablar
 los autores coetáneos por varios res-
 petos? Y en fin, siendo este un ar-

„ gumento puramente negativo, ¿es A. de C.
 „ posible que no ha de tener respuesta? 714.

„ Tampoco falta quien niegue todo
 „ lo que se refiere de don Sancho, primo
 „ ó pariente de don Rodrigo, no solo
 „ por la misma razon de no hallarse
 „ memoria de tal don Sancho en aque-
 „ llos cronicones, sino porque el nom-
 „ bre de *Sancho* es conocidamente vas-
 „ cónico, y no godo, ni entró en Cas-
 „ tilla hasta que sus Reyes emparen-
 „ táron con los de Navarra. En este
 „ punto sí que hace mas fuerza el si-
 „ lencio de los autores contemporá-
 „ neos; porque no se descubren razo-
 „ nes políticas que obligasen á supri-
 „ mir este suceso, sino que se recurra
 „ á no haberle considerado de la ma-
 „ yor importancia. Pero ninguna fuer-
 „ za hace que el nombre de *Sancho*
 „ sea vascónico, y no godo, porque
 „ habiendo los godos penetrado en
 „ España por la Gascuña tan inmedia-
 „ ta á la Vasconia, mas natural es que
 „ hubiesen emparentado con los vas-
 „ cones antes que con los castellanos;
 „ fuera de que no era menester este pa-

A. de C. 714. ”rentesco para que se les pegasen al-
”gunos nombres; porque mas ó menos
”en todos tiempos se ha estilado un
”poco de estravagancia, de remedo
”ó de capricho.

”Finalmente, cuando se dice que
”los moros se apoderaron de España,
”se debe entender ciertamente exclu-
”da aquella parte de Asturias donde
”se refugió don Pelayo, y con gran
”verisimilitud el señorío de Vizcaya
”y la provincia de Guipúzcoa, con
”mucha parte de las montañas de Na-
”varra; porque diga lo que dijere
”Marca en la historia de Bearne, no
”consta que estas provincias hubiesen
”rendido la cerviz al yugo mahome-
”tano, siendo la resistencia hazaña de
”su valor, ventajosamente ayudada
”de la natural insuperable defensa del
”terreno.”

FIN DE LA II. PARTE.

TABLA CRONOLÓGICA

DE LOS REYES GODOS

DE LA SEGUNDA LINEA,

Llamados Reyes de Asturias, de Oviedo, y despues de Leon.

Nombres de los Reyes que reináron en España.	Principio de su reinado.	Duracion de su reinado.
--	--------------------------	-------------------------

Siglo VIII.

Pelayo	714.	23.
Favila	737.	2.
Alfonso el católico	739.	19.
Froila	758.	4.
Alfonso el casto	762.	83.

Siglo IX.

Ramiro I	845.	6 y m.
Ordoño I	851.	11.
Alfonso el grande	862.	48.

Siglo X.

García	910.	3.
Ordoño II	913.	10.

Nombres de los Reyes que reinaron en España.	Principio de su reinado.	Duración de su reinado.
Froila II	923.	1. y 2 m.
Alfonso el monge	924.	3.
Ramiro II	927.	25.
Ordoño III	952.	4.
Sancho el craso	956.	11.
Ramiro III	967.	18.
Veremundo ó Bermudo I	985.	14.
Alfonso el noble	999.	28.
<i>Siglo XI.</i>		
Veremundo II	1027.	10.
Último rey de los godos en España.	1037.	

COMPENDIO

DE LA HISTORIA

DE ESPAÑA.

TERCERA PARTE.

Reino de los reyes godos, despues de
la irrupcion de los moros;

Y continuacion del siglo octavo.

DON PELAYO.

*Desde un rincon de Asturias don Pe-
layo*

Hizo á España volver de su desmayo.

Don Pelayo, hijo de Favila, y nieto A. de C.
de Chindasvinto, fue destinado por la 714.
divina Providencia para restaurador
de la monarquía española. Aunque
habia nacido en un siglo tan corrom-
pido, y aunque se habia criado en
una córte tan estragada, tuvo la di-
cha de preservarse del contagio, y por

A. de C. eso logró la fortuna de no ser comprehendido en el castigo. Mostró su gran valor en la batalla de Jerez, y acreditó despues su zelo por la religion y por la patria. Viendo que todo el semblante de España iba á ser desfigurado por la multitud de los sarracenos, recogió los pocos hombres de valor que habian quedado: juntó los Obispos y los sacerdotes fugitivos, recobró los vasos sagrados, los ornamentos y las reliquias de las iglesias que pudo salvar; y colocando estos preciosos despojos en el centro de su pequeño ejército, se refugió con todo á lo mas retirado de las Asturias y de Vizcaya, y resuelto á defenderse al abrigo de aquellas asperezas hasta derramar la última gota de su sangre. De esta manera renació la monarquía entre aquellas escarpadas rocas, sirviéndole de cuna en su segundo nacimiento las peñas cóncavas de los elevados montes asturianos.

Habia penetrado hasta aquella soledad inaccesible la triste fama de las bárbaras crueldades que los infieles

ejecutaban en todas partes; y encontró Pelayo tan llenas de consternacion á las Asturias, que estaba como helada la sangre en las venas de aquellos pechos valerosos. Era el Infante menos conocido por su dignidad de duque de Vizcaya, como quieren unos, y por la real nobleza de su sangre goda, que por la reputacion de su valor: con que su presencia infundió aliento en los corazones menos poseidos de la cobardía. Acudieron luego á militar debajo de sus banderas no pocos nobles de los que se habian refugiado, y de los que habian nacido entre los montes de Galicia, Asturias y Vizcaya. El jóven príncipe los animó con sus palabras, armólos á todos, y á todos los encendió en la generosa resolucion de defenderse, y de morir como valientes antes que buscar la seguridad en la fuga, abandonando con ella sus bienes y su patria al arbitrio de los sarracenos. Tomada esta noble determinacion, para dar principio á ejecutarla se atrincheraron en las gargantas, en los desfiladeros y en las eminencias.

A. de C.

714.

Aun no habian acabado de atrincherarse cuando se dejaron ver los enemigos en número excesivo, deseosos de poner fin á la conquista, apoderándose de aquel rincon, único estorbo al completo triunfo de sus victoriosas armas en España. Atacáron á un mismo tiempo las alturas y los desfiladeros con aquella ferocidad impetuosa que es natural en los bárbaros; pero fuéron rechazados de todas partes con pérdida de innumerables. Volvian frecuentemente á los ataques, y volvian á experimentar los descabros sin encontrar con el escarmiento. Al fin, desesperados de forzar unos puestos tan fortificados, como valerosamente defendidos, ofrecieron á Pelayo una suspension de armas, mediante un tributo anual muy moderado: condicion en que consintió el Infante, pareciéndole, y con razon, que no era poco ganar en aquellas circunstancias; porque andaban en su campo los víveres tan escasos, que aun los de mayor espíritu discurrían y votaban por la necesidad de capitular. No era la intencion

de los bárbaros dejar por muchos tiempos á Pelayo en la quieta posesion de su reducido estado, sino de volver luego sus armas contra las Galias, persuadidos á que logrando esta conquista, caería por sí mismo el abreviado reino de Asturias, cercado por todas partes, y sin recurso ni para víveres ni para tropas auxiliares. Con esta idea abandonáron lo cierto por lo dudoso, y aprendiéron muy á su costa que en la guerra es falta de irremediabiles consecuencias dejar enemigos á las espaldas. Aprovechóse Pelayo de la tregua para fortificarse, para disciplinar á su gente, para animarla con estos primeros sucesos, y para prevenirse de víveres, lo que volvió á encender la guerra, porque Abderramen, general de los moros, al tiempo de marchar á Francia con casi todas sus fuerzas, distribuyó al pie de cuarenta mil hombres en las cercanías de Asturias con órden de contener á los pueblos reducidos, y de observar los movimientos de don Pelayo.

Viendo los infieles que el Infan-

A. de C. te se atrincheraba, que cada día se iba
714. engrosando mas el número de sus tropas, y que se declaraban por él todos los montañeses desde los Pirineos hasta Galicia, resolviéron atacarle en la suposicion de sorprehenderle; pero le halláron tan prevenido, que no solo sufrió la descarga con intrepidez, sino
718. que rechazó á los enemigos con tanto valor, que dejó tendidos veinte mil cadáveres en el campo de batalla, pereciendo los demas ya en los precipicios, y ya en los desfiladeros.

734. Pero fue mucho mas sangrienta en Francia la carnicería de los sarracenos. Combatian con el bravo Cárlos Martel, aquel heroe de su siglo. Matóles trescientos y setenta mil hombres en la batalla de Turs y mas de cien mil en los sitios de Aviñon, de Narbona y otras plazas. Quitóles el Languedoc, Gascuña y Cataluña, embarazándoles por este medio el bloquear al reino de Asturias, como lo habian ideado. Con esta poderosa diversion pudieron salvarse las reliquias de la España cristiana, cuya monar-

quía comprendía entonces las Asturias y Vizcaya, con las partes septentrionales de Galicia y Navarra: únicos residuos que pudo salvar ó recobrar el valor de don Pelayo en veinte y tres años de reinado. Arregló el estado eclesiástico, político y militar, cuanto lo permitía la calamidad de aquellos oscuros y trabajosos tiempos. Príncipe glorioso por haber tenido espíritu para resistir con un puñado de gente á una potencia que podía hacerle guerra con mas de quinientos mil combatientes; pero mucho mas glorioso por haber triunfado de ella, echando los fundamentos á la mayor monarquía de la tierra. Recomendable por su gran valor; pero mas recomendable por aquella heróica piedad con que colocó todas sus esperanzas en el Dios de los ejércitos, en quien halló, junta con la proteccion, la exaltacion de su nombre, prometida al justo que implora el favor del cielo.

A. de C.
734

737

A. de C.
737.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« Llama *duque de Vizcaya* nues-
« tro autor á don Pelayo, debiendo
« llamarle *duque de Cantabria*, co-
« mo lo apellidan nuestros mejores es-
« critores. Es equivocacion que pue-
« de perdonársele, porque este error
« se le pegaron á los franceses mu-
« chos de nuestros escritores, que con-
« fundiendo con Vizcaya todas las pro-
« vincias donde se habla el vascuen-
« se, llaman indistintamente vizcai-
« nos á los del señorío, á los guipuz-
« coanos, á los navarros y á los ala-
« veses: desacierto que todavía dura
« en el concepto de no pocos que tie-
« nen sus presunciones de cultos. Así
« en el del P. Duchesne el título de
« *duque de Vizcaya* es sinónimo de
« *duque de Cantabria*, en cuyos es-
« tados no solo se comprehendian las
« cuatro provincias mencionadas, sino
« tambien toda la costa que corre por
« las montañas de Santander y de As-
« turias, sin contar aquella parte de la

„Gascuña que baña el mar cantá- A. de C.
 „brico. Y aunque algunos han queri- 737.
 „do obscurecer esta verdad con nie-
 „blas afectadas, creemos que ellos
 „mismos la conocen, aunque se resis-
 „tan á confesarla.

„Ignórase si fue cuidado ó des-
 „cuido en nuestro historiador el dar
 „á don Pelayo el nombre de duque
 „ó de príncipe, absteniéndose de ape-
 „llidarle con el título de rey. Si fue
 „estudio, seria por haberse impresio-
 „nado de las mal fundadas razones
 „con que algunos críticos modernos
 „le disputan este título; pero sobre
 „constar de nuestras historias anti-
 „guas que fue alzado por rey no so-
 „lo por los asturianos, sino tambien
 „por todos los pueblos de la costa
 „septentrional, que se retiraron á As-
 „turias y que como tal dió principio
 „á la restauracion de España, se hace
 „inverisímil lo contrario, así por no
 „reconocerse entonces pariente mas
 „cercano del infeliz don Rodrigo, co-
 „mo porque para el heróico empeño
 „de restaurar una corona era poca

A. de C. "representacion la de un caudillo, si
737. "no la acompañaba la autoridad de
"Monarca.

"Tambien se estraña mucho el
"alto silencio que observa el P. Du-
"chesne sobre el milagroso suceso de
"nuestra Señora de Covadonga, y so-
"bre los demas lances que sucedieron
"en aquella portentosa cueva. Pudié-
"ramos creer lo habia hecho por no
"dilatarse el compendio, si en él no
"hubiera hecho lugar á otros sucesos
"menos autorizados, y no tan mila-
"grosos. Ya se sabe que los escritores
"franceses por lo general son poco
"inclinados á este género de prodi-
"gios, temiendo acreditarse de nimia-
"mente crédulos; y algunos hay que
"abiertamente dan por fábula todo
"cuanto se escribe de esta cueva so-
"bre el débil fundamento de no ha-
"blar palabra de ella Isidoro Pacense,
"autor de aquellos tiempos. Pero tam-
"poco toma en la pluma á don Pela-
"yo; y con todo eso el escrupuloso
"Mondéjar afirma que no se puede
"negar sin temeridad la existencia y

„las hazañas de este Monarca. Ni aun A. de C.
 „el delicado Pellicer, tan pronto á 737.
 „disputarlo todo, como inclinado á
 „negar lo que está mas recibido, se
 „atrevió á negar el prodigio de Cova-
 „donga; bien que por hacer en todo
 „opinión aparte, ya que no tuvo valor
 „para oponerse á la substancia del he-
 „cho, trastornó la cronología, y le co-
 „locó donde estaba mejor para el sis-
 „tema que seguia su capricho. Los
 „que hacen empeño de decir lo que
 „no dice otro alguno se esponen á que
 „los censuren todos.

„Acredítase de buen frances el
 „P. Duchesne en lo que dice y en lo
 „que calla de la famosa batalla de
 „Turs. Dice que la ganó *el bravo*
 „*Cárlos Martel*; y calla que asistie-
 „se á ella el gloriosísimo Eudon, du-
 „que de Aquitania. En esto no hace
 „mas que seguir á los escritores de su
 „nacion, empeñados en elevar á Mar-
 „tel, y en deprimir á Eudon, sin otro
 „motivo que haber sido el primero
 „frances, y el segundo español, ó
 „descendiente de españoles. El hecho

A. de C. 737. fue, que ó no asistió en aquella ac-
 cion Cárlos Martel, como lo persua-
 den fortísimos argumentos, ó se de-
 bió á Eudon la principal gloria del
 día; y que se hubiese hallado pre-
 sente Eudon, digan lo que dijeren
 los franceses, se convence de su mis-
 ma carta al papa Gregorio III. De
 todo tuvo la culpa Fredegario, adu-
 lador declarado de Martel, que por
 engrandecer á su héroe á costa de
 su concurrente, incurrió en la grose-
 ría de no hacer memoria de él. Imitá-
 ronle en esto muchos; pero con-
 vencidos los que se siguiéron de que
 era innegable la asistencia del Du-
 que de Aquitania en la jornada de
 Tours, echáron por el medio término
 de no disputar á este la concurren-
 cia, y de atribuir á Martel toda la
 gloria. Esta nota importaba poco pa-
 ra las cosas de España, pero impor-
 ta mucho para la desconfianza con
 que se deben leer las noticias de los
 autores estraños, aun de aquellos
 que toman de su cuenta el engran-
 decer nuestras cosas; porque nunca

se dedican con tanta imparcialidad á referir las forasteras, que se olviden de la primera tintura con que leyéron las propias.”

A. de C.
737.

FAVILA.

*Siguió Alfonso el católico á Favila,
Y al reino dilató feliz la orilla.*

Dejó don Pelayo un hijo y una hija: el primero tuvo por nombre Favila, y la segunda se llamó Hermisinda. Antes de la irrupcion de los moros era electiva la corona; pero Pelayo la hizo hereditaria, y sus dos hijos fuéron el primer ejemplar de la sucesion á ella en la línea masculina y femenina. Subió Favila al trono de su padre, entrando á la posesion de él como herencia que le pertenecia por derecho de la sangre. A no haber subido al trono por este camino, jamas le hubiera ocupado, porque era Favila uno de aquellos Príncipes que hacen desear á los pueblos que sean electivas las coronas. Dado del todo

- A. de C. 737. á sus diversiones, solo pensaba en el entretenimiento y en el ocio, como si tuviera el cetro muy asegurado. Necesitaba la monarquía un héroe para conservar lo adquirido por su padre, y hallóse con una sombra de Rey. La mayor felicidad de su reinado consistió en su breve duracion.
739. Al segundo año fue lastimosamente despedazado por un oso que iba persiguiendo con demasiado empeño; y quiso la divina Providencia, cuya piedad miraba ya con cariño al infeliz reino de España, tener á los moros tan ocupados en Francia, que no pensáron en hacer guerra á Favila. Sucedió en la corona su hermana Hermisinda, que juntamente con la mano se la pasó á su marido: ejemplo que desde entonces quedó autorizado en ley.

NOTA DEL TRADUCTOR.

„La opinion que sigue nuestro autor de que desde el reinado de don Pelayo fue hereditaria la co-

rona, es la mas recibida. Impúg- A. de C.
 nala Mondéjar y censura al P. Ma- 739.
 rriana porque tambien la sigue, pre-
 tendiendo que fue electiva, hasta
 que don Ramiro I hizo coronar en
 vida á su hijo don Ordoño: caute-
 la que imitada por algunos de sus
 sucesores, bastó para que despues
 se hiciese hereditaria. La mas vero-
 símil es que hasta el rey don Ra-
 miro unas veces fue hereditaria, y
 otras electiva; pues en los rei-
 nados intermedios vemos que unas
 veces heredaban los hijos, y otras
 reinaban los hermanos. Y si fuese
 precisamente electiva desde el tiem-
 po de don Pelayo, no parece vero-
 símil que los electores hubiesen
 puesto los ojos en Favila, príncipe
 del todo inepto; especialmente en
 un tiempo en que debian ponderar
 menos los méritos del padre que la
 incapacidad del hijo y la necesidad
 del reino."

A. de C.
739.

ALFONSO I Y HERMISINDA.

Estaba casada esta señora con Alfonso, descendiente de Recaredo, hijo de Leovigildo, que gozaba muchos estados en Vizcaya con título de duque como don Pelayo. Halláronse juntos en la sangrienta jornada de Jerez, emulándose ambos Príncipes en el valor y en el ardimiento. Acompañó Alfonso á don Pelayo en su retirada á Asturias, y estuvo á su lado en todas las batallas y en todas las expediciones militares que se ofrecieron. Fue apellidado el *católico* por su gran zelo en restablecer la religion católica en España á proporcion que iba adelantando las conquistas en el pais dominado de los moros.

Era á la sazón el imperio de los sarracenos un cuerpo de suyo agigantado y robusto; pero debilitado por las frecuentes sangrías que le hacia la mala inteligencia de los gobernadores, y mucho mas por los rios de sangre que habia derramado y esta-

ba derramando en Francia. Aprovechándose Alfonso de la coyuntura, se puso á la frente de un campo volante, único esfuerzo de que eran capaces á la sazón las fuerzas de la abreviada monarquía; y entrando con él en el país enemigo, ya molestaba con correrías, ya escaramuzaba con las partidas, ya sorprehendia las plazas, y ya se apoderaba de los cuarteles, siempre con tanta prudencia, y con valor tan afortunado, que en todas las expediciones tuvo perpetuamente á su lado la victoria, logrando dilatar sus estados, hasta desposeer á los infieles de todo lo que les restaba en Galicia, Asturias y Vizcaya. Penetró no pocas veces por Castilla y Portugal con correrías, que eran excursiones, sin llegar á ser conquistas útiles para mejorar la fortuna del ejército, mas no para estender los límites á la corona, aunque tan perniciosas á los moros, que los redujo á la precision de pedirle la paz, consintiéndole que gobernase con absoluta independencia de Soberano los estados que habia he-

A. de C. redado y los que habia adquirido con
739. el derecho de las armas.

No fue menos grande en la paz que se habia acreditado valeroso en la guerra. Halló en estado bien funesto y lamentable las costumbres de sus vasallos. No reconocian ni fe, ni ley, ni Iglesia; y si en tal cual parte se conservaba todavía alguna señal del verdadero Dios, no era mejor servido de los católicos, que podia serlo en el pais de los infieles. Era comun la poligamia, autorizada por las infames leyes de Vitiza, y en el clero secular y regular estaba todavía permitido el matrimonio, los templos destruidos, los monasterios arruinados, y los concilios interrumpidos. Mucho zelo y mucha constancia era menester para remediar tantos males; pero Alfonso lo consiguió todo. Anuló y aun abolió las vergonzosas leyes de Vitiza: reedificó las iglesias destruidas, y purificó las profanadas: puso preladados de virtud, de zelo y de doctrina en las ciudades principales: solicitó que fuesen bien instruidas por sus párro-

cos las otras poblaciones de menos nombre, y restituyó al culto divino su antigua magestad en los templos. Tuvo el consuelo de ver renovado el semblante de sus estados á desvelo de su cuidado infatigable. Reinó diez y nueve años: en su muerte fue llorado como padre y protector de su pueblo. Mas honran á un Rey las lágrimas de sus vasallos, que las pompas fúnebres de mayor ostentacion y aparato.

A. de C.
739.

NOTA DEL TRADUCTOR.

„Hace muy poca merced el P.
 „Duchesne á los vasallos de don Al-
 „fonso en las denigrativas espresio-
 „nes con que pinta sus costumbres
 „en punto de religion. Decir que *no*
 „reconocian ni fe, ni ley, ni Iglesia,
 „y que si en tal cual parte conserva-
 „ban algunas señas del verdadero
 „Dios, no era mejor servido de los
 „católicos que podia serlo en el pais
 „de los infieles, es muchísimo decir;
 „y no hay otra disculpa sino que el
 „zelo le arrebató.

A. de C. 739. "Si esta horrorosa descripción la
 "hubiera limitado á los pocos católi-
 "cos cobardes que voluntariamente
 "se quedáron entre los moros, podia
 "tolerarse; pero aplicarla á los vasa-
 "llos de don Alfonso, no se puede
 "sufrir, y es menester correctivo. Es-
 "tos vasallos eran los mismos que por
 "la fe, por la ley y por la Iglesia po-
 "cos años antes se habian retirado á
 "las montañas con el piadosísimo rey
 "don Pelayo. Por la fe, por la ley y
 "por la Iglesia habian llevado consigo
 "las reliquias, los vasos y los ornamen-
 "tos sagrados, despreciando con pie-
 "dad generosa sus alhajas, por cargar
 "con las que servian al culto y á la
 "religion. Por la fe, por la ley y
 "por la Iglesia se oponian á los mo-
 "ros, sin reparar en la enorme des-
 "igualdad de sus fuerzas, confiando
 "en la religiosa justicia de la causa.
 "¿Pues cómo se dice que no reco-
 "nocian ni Iglesia, ni ley ni fe? Con-
 "fiécese que en esta exagerativa es-
 "presion hay mucho de aquel géne-
 "ro de hipérbole á que está espues-

ta la piedad de un escritor cuando no
 le contiene el interes de la materia, ó
 no le modera el afecto á la nacion.

No por eso se niega que el rey
 don Alfonso tuviese mucho que cor-
 regir en sus vasallos, así por la ca-
 lamidad de los tiempos, como por
 estar muy inmediato á aquellos en
 que los desórdenes de España fué-
 ron la principal causa de su ruina;
 y no era fácil que en tan corto es-
 pacio, aun despues de tan pesado
 castigo, dejasen de conservarse mu-
 chas reliquias de la antigua disolu-
 cion. Tambien es muy posible que
 algunos de tantos como se refugiá-
 ron á los montes, sin haber nacido
 en ellos, llevasen consigo la conta-
 giosa tintura de las infames leyes
 de Vitiza (que se duda mucho hu-
 biesen sido nunca recibidas en los
 paises montuosos y septentrionales),
 y que hubiesen pegado el contagio
 á muchos de los demás; pero esto
 solo prueba que habia mucho que
 desmontar en las costumbres, y
 queda todavía muy desviada de la

- A. de C. 739. "verdad la ponderacion de nuestro
 escritor por la inmensa distancia que
 hay desde la relajacion hasta la infi-
 delidad."

FROILA.

Froila á ser soberano

Ascendió, fratricida de su hermano.

De triunfos coronado y de laureles

Despues de haber vencido á los infieles,

Y edificado á Oviedo, es hecho cierto

*Que por un primo hermano se vió muer-
to.*

758.

Froila, ó Fruela, hijo y sucesor de Alfonso el *católico*, era un príncipe en quien concurría una estraña mezcla de buenas y malas calidades. Como valeroso y marcial consiguió en Galicia una victoria muy señalada de los infieles: habian entrado por sus dominios con un formidable ejército, atacólos, y dejó tendidos cincuenta y cuatro mil hombres en el campo de batalla, desalojándolos de toda la Galicia y de aquella parte de Portugal que se estiende entre Miño y Duero.

Como zeloso de la disciplina, hizo observar con el mayor rigor las leyes de su padre. Como magnífico ennoblecíó al reino con una córte, edificando la ciudad de Oviedo; y añadió esplendor á la casa real de Asturias, edificándole un suntuoso palacio en la misma córte. Pero como caprichudo, como sospechoso, y como desconfiado sacrificó en obsequio de sus zelos á su inocente hermano Bimarano, quitándole la vida por su misma mano, sin otro delito que verle amado de los grandes, y conocer que era digno de que le amasen por sus singulares prendas.

A. de C.
758.

762.

Esta accion tan bárbara encendió los ánimos contra él, y se formó una conspiracion contra su corona y contra su vida, de que fue capitan Aurelio su hermano; y sin hacer reflexion Aurelio á que vengaba un delito cometiendo otro mayor, quitó la vida á su hermano y á su Rey. No es dudable que Fruela habia sido delincuente; pero solo toca á Dios castigar los delitos de los reyes.

A. de C.
762.

NOTA DEL TRADUCTOR.

„El P. Duchesne llama á Aurelio hermano de don Fruela; pero se equivocó con Mariana, á quien precedió en la misma equivocacion el arzobispo don Rodrigo. Fue su primo hermano, hijo de otro don Fruela, tío del Rey, como lo advirtió Morales.

„El único heredero legítimo de la corona era el niño Alfonso, hijo del muerto don Fruela; pero como se hallaba todavía casi en los arrullos de la cuna, sirvió el trono de cebo á la ambicion de cuatro usurpadores sucesivos. Aurelio, don Silo su cuñado, Mauregato, y don Bermudo el diácono. Aurelio gobernó seis años y medio, don Silo nueve, y ambos eran parecidos en ser igualmente incapaces para sustentar el peso de la monarquía.

768. „Mauregato, hijo natural de don Alfonso el católico, compró de los moros la corona por medio de un tratado, que manchará para siempre

777.

"SU memoria, haciéndola detestable A. de C.
 "porque se hizo tributario suyo. Gozó 777.
 "solos cinco años el fruto de su ver- 782.
 "gonzosa obligacion. Apoderóse del
 "trono don Bermudo, príncipe de la
 "sangre real; pero á poco tiempo
 "que lo ocupó, él mismo se hizo jus-
 "ticia; porque reconociéndose insufi-
 "ciente para tan grave peso, particu-
 "larmente en aquellos tiempos beli-
 "cosos y turbados, cedió el reino
 "en don Alfonso, á quien legítima- 785.
 "mente pertenecia la corona, que
 "por espacio de treinta años habia an-
 "dado de cabeza en cabeza errante
 "por las sienas de los usurpadores. In-
 "evitablemente hubiera gemido toda
 "España entre los duros hierros de la
 "esclavitud mahometana, si las guer-
 "ras intestinas y estrangeras no hubie-
 "ran tenido dichosamente entretenidas
 "sus armas en otras partes."

NOVENO SIGLO.—800.

Un tratado afrentoso,
Que rompió ALFONSO EL CASTO generoso,

A. de C. *Su reino y su memoria*

786. *Llenó de años, de aplausos y de gloria.
El grande Iñigo Arista,
Rey de Navarra, al Aragon conquis-
ta.*

*De Aragon y Castilla los estados
Son á un tiempo erigidos en condados.*

Alfonso II fue llamado el *casto* por el amor particular que profesaba á esta virtud, guardando continencia aun entre las permisiones del matrimonio. Expuso valerosamente su vida antes de pagar á los moros el tributo que hasta su tiempo se habia pagado con exactitud vituperable y afrentosa, disfrazada la cobardía en trage de razon de estado. Siendo pues requerido de los infieles por la contribucion del tributo, le negó con indignacion y con firmeza, mereciendo en premio de accion tan generosa un reinado lleno de gloria, y tan dilatado, que su duracion no ha tenido hasta ahora igual en la monarquía española. En el trato con Dios ninguno pierde; y hay en los príncipes una especie de

heróicas acciones, que no solo merecen, sino que fijan en ellos para siempre el curso de los divinos favores.

A. de C.
786.

Ofendidos los moros de la repulsa de Alfonso, le declararon la guerra, con resolución de no dejar las armas de las manos hasta derribarle del trono. Entraron por sus estados con un ejército, bastante no solo á conquistarlos, sino á sorberlos. Pero Alfonso, que esperaba este despique desde que formó la generosa resolución de negarles el tributo, poniendo toda su confianza en el Dios de las batallas, cuya causa defendia, marchó intrepidamente á los infieles, aunque con fuerzas en mas de la mitad inferiores á las suyas. Atacólos tan dichosamente en un desfiladero junto á Ledos en Asturias, que cubrió el campo de batalla de setenta mil cadáveres africanos, con pérdida muy corta de los suyos; dejándolos tan acobardados con esta gloriosa jornada, que adquiriendo sobre ellos una superioridad y predominio decisivo, apenas

791.

A. de C. tenían valor para ponerse delante.
791.

Supo aprovecharse tan bien de la victoria, que adelantó sus conquistas hasta el Tajo; y atacando muchas veces al enemigo en sus trincheras, le ganó tantas batallas como le presentó. Después de la de Ledos, una de las más memorables fue la de Lugo en Galicia. Habían entrado los moros en este reino con el principal golpe de sus fuerzas, para desviarle con esta diversion de las orillas del Tajo. Marchó á ellos don Alfonso, y los empuñó en una acción general, en que les mató cincuenta mil hombres. Desde allí fue retirando y cargando hasta Lisboa, quitándoles todas las plazas fuertes que á la diestra y á la siniestra encontraba en el camino.

Fundó de sus conquistas el hermoso condado de Castilla, nombrando gobernadores con título de *condes*, que defendiesen este país contra las irrupciones de los africanos, manteniéndose siempre dichos condes en la dependencia de los Reyes de Asturias, cuyos estados dilató don Alfonso

largamente. Ni se limitó precisamente su gloria á las expediciones militares. Restituyó la religion á su esplendor antiguo en todos sus dominios, introdujola en los paises conquistados, edificó templos magníficos, restauró las artes, y procuró la abundancia. Siendo guerrero formidable á los mahometanos, vivia con sus vasallos como un padre con sus hijos, teniendo en esto todas sus delicias. Como lograba un corazon heróico superior á todas las groseras impresiones de la envidia, oia con especial complacencia las grandes victorias que Cárlos Magno y su hijo Luis conseguian de los sarracenos. Habiales ganado el primero todas las reliquias de sus pasadas conquistas que le restaban de la otra parte de los Pirineos, y todo lo que poseian entre las montañas y el Ebro; y el segundo los habia arrojado de Navarra y Cataluña. Don Alfonso, que mantenia con estos príncipes estrechos vínculos de amistad, despues de haberlos cumplimentado sobre la felicidad de sus armas, despachó sus em-

A. de C.
821.

bajadores á Cárlos Magno, regalándole con una gran parte de los despojos que habia ganado de los moros, confesando que España debia á sus victoriosas armas y á las del rey Luis su hijo mucha parte de la libertad que habia recobrado. Así se esplicaba aquel Monarca, en quien se competian la gloria, el agradecimiento y la modestia.

Turbó algun tantō la prosperidad de su reino cierta desazon doméstica. La infanta Jimena Gomez, hermana del Rey, no habia recibido del cielo el don de la castidad que lograba el Rey su hermano; y así se casó secretamente con el conde de Saldaña. De este matrimonio nació el famoso Bernardo del Carpio, aquel héroe de los novelistas y de los romanceros. Llegó á noticia del Rey este atrevimiento del conde y de la infanta; y haciendo criar generosamente al hijo, castigó rigurosamente al padre: mandó que le sacasen los ojos, y le condenó á una cárcel perpetua. Bernardo del Carpio fue despues el soldado de su siglo, y sus hazañas le hicieron be-

nemérito de toda la monarquía, á la que hizo servicios muy importantes. No pidió otro premio de ellos que la libertad de su padre; pero no pudo conseguirla. Interesó en su favor á los grandes; mas el Rey se mantuvo siempre inflexible. Despechado Bernardo, aun mas que resentido, se retiró á Saldaña, y tomando las armas contra su Rey y su tio, se declaró enemigo irreconciliable del mismo de quien era heredero presuntivo. Esta rebelion á ninguno fue mas perjudicial que á Bernardo; porque con ella no libró á su padre, y por ella perdió el cetro y la corona, sin que le produjese otro efecto que dar esa inútil satisfaccion á su nimio resentimiento. La justicia y la clemencia son las basas en que se sostiene el trono; pero ni la justicia debe exasperarse á rigor, ni la clemencia debe abatirse á flaqueza. El sábio ha de aconsejarse con las circunstancias para conciliar estas reales virtudes. Debia Alfonso á los servicios del hijo el perdon que le pedia del padre, sobradamente castigado con la pérdi-

A. de C. da de la luz, y con los rigores de la
821. prision. Siempre es peligroso en los
Príncipes apurar el sufrimiento de los
vasallos honrados, leales y poderosos.

Reinando este gran Monarca tu-
vo principio el reino de Navarra.
831. Pertenece antes á la Francia; pero co-
mo esta se hallaba tan embarazada en
las guerras civiles y estrangeras en
tiempo del emperador Ludovico, no
estaba en parage de defender á Na-
varra de las invasiones de los moros.
Ofreció el Emperador esta corona á
Iñigo Arista, señor frances, que po-
seia en Gascuña el condado de Bi-
gorre, vecino á Navarra y Aragon.
Aceptó la corona, y acreditó que era
muy digna de ella su cabeza, porque
hizo grandes conquistas en los infieles,
y agregó á su corona como feudata-
rio el condado de Aragon, compre-
hendido entonces en el pais que baña
el rio de este nombre. Daba no pocos
zelos á Alfonso la fundacion de un nue-
vo reino en España, temiendo desde
entonces que una monarquía tan veci-
na á la de Asturias habia de ser un

perpetuo manantial de guerras entre los dos estados cristianos, con gran perjuicio de la religion y de la libertad de España; y el tiempo acreditó que no le engañaron sus recelos. A. de C. 831.

Tambien fue descubierto en el reinado de don Alfonso el sepulcro del apóstol Santiago; y en el mismo reinado sucedieron las aventuras de Bernardo del Carpio, las hazañas del furioso Roldan, y la famosa batalla de Roncesvalles, mezclándose en todo tantas fábulas, que han obscurecido enteramente la verdad de los hechos: reduciéndose el de la batalla á que los montañeses navarros deshiciéron la retaguardia de Cárlos Magno al paso de los Pirineos cuando el ejército del Emperador se volvia retirando á Francia, con cuya potencia jamas tuvo guerra Alfonso, habiendo vivido siempre amigo y aliado de aquella monarquía. Cuando el Rey reconoció que se iba acercando el dichoso fin de su dilatada vida, mandó juntar los estados, y con su consentimiento declaró por sucesor suyo á Ramiro, hijo de

A. de C. Veremundo el diácono, terminando
845. con esta accion el reinado mas feliz
y de mayor duracion que hasta ahora
ha visto España; porque si se cuenta
desde la muerte de su padre don Fruela,
que sucedió en el año 762, reinó
don Alfonso no menos que ochenta y
tres años.

NOTA DEL TRADUCTOR.

«Nuestros autores, como lo ob-
«serva Mariana, guardan un alto si-
«lencio sobre la embajada que se di-
«ce despachó el rey don Alfonso al
«emperador Cárlos Magno y á su hi-
«jo Ludovico Pio. Tambien estan
«muy lejos de confesar que se debie-
«se á las armas de los franceses el re-
«cobro de la libertad que España ha-
«bia perdido, como suponen los es-
«critores de esta nacion que el Rey
«se lo envió á decir á los dos Empe-
«radores en la pretendida embajada.
«¿Pero no nos dirán en qué docu-
«mento leyeron esta particularidad?
«Los que acá tenemos aun ponen en

duda con gravísimos fundamentos, A. de C.
 que las armas auxiliares de Francia 845.
 llegasen á tiempo de asistir á la con-
 quista de Lisboa, que fue la última
 de don Alfonso por aquella parte.
 ¡Qué traza de deberse á ellas las que
 habian precedido! Pero si hubo tal
 embajada, seria únicamente por agra-
 decer el Rey á aquellos dos prínci-
 pes su buena voluntad; y si hubo
 algunas espresiones parecidas á las
 que citan los franceses, serian vo-
 ces de la cortesanía, que siempre sig-
 nifican mucho menos de lo que sue-
 nan; que aun por eso el P. Maria-
 na da el título de *urbanísima* á la
 controvertida embajada, sin califi-
 carla de supuesta ni de verdadera:
honestissimam legationem; aunque
 del modo con que se esplica, se in-
 fiere fue de sentir que quisieron ha-
 cer esa merced á su nacion los escri-
 tores estraños. *Multi enim auctores,*
externi scilicèt (nam nostratibus
magnum de ea re silentium) Alphon-
si virtute ajunt, Ulisiponem, urbem
Lusitaniæ principem, Mauris ex-

A. de C. *ceptam, missamque ad Carolum Mag-*
 845. *num honestissimam legationem.*

„Algunos de nuestros críticos mo-
 „dernos, como Pellicer, Mantuano, el
 „P. Abarca y el excelentísimo Mon-
 „dejar, no solo dan por romancescas
 „muchas de las hazañas de Bernardo
 „del Carpio, sino que niegan hasta su
 „existencia, teniendo por fábulas mal
 „forjadas cuanto se dice de los amo-
 „res de la infanta doña Jimena y
 „del conde de Saldaña. Su grande ar-
 „gumento es no hallarse memoria de
 „esto sino en autores muy modernos
 „respecto de aquellos tiempos; pero
 „ya dejámos antes notado que este
 „argumento puramente negativo no
 „tiene tanta fuerza como parece, es-
 „pecialmente en ciertas materias, en
 „las cuales, como en la presente, tie-
 „ne muy fácil respuesta. Esta es, que
 „los autores coetáneos no se atrevié-
 „ron á tocar este punto en sus escri-
 „tos, por ser tan delicado y tan des-
 „apacible, así al rey don Alfonso,
 „como á los primeros Monarcas sus
 „sucesores, hasta que con el tiempo

se fue disminuyendo la aversion que A. de C.
 se tenia á Bernardo del Carpio, y 845.
 pudieron los escritores hablar con
 menor riesgo. Tampoco Isidoro Pa-
 cense hace memoria del suceso de
 Covadonga, aunque vivió y escri-
 bió en tiempo de don Pelayo; y con
 todo eso el excelentísimo Mondéjar
 afirma que *no se puede negar sin te-
 meridad.* ¿Pues por qué no se po-
 drá decir lo mismo de los amores de
 doña Jimena, aunque los callen los
 autores coetáneos, teniendo tantas
 razones políticas para no atreverse á
 tomarlos en la pluma, y no descu-
 briéndose alguna para suprimir el
 milágroso y glorioso suceso de Cova-
 donga?

Supone nuestro autor que en el
 reinado de don Alfonso, esto es,
 en el siglo nono tuvo principio la
 corona real de Navarra. En esto
 le acompaña Mondéjar con algunos
 otros críticos, siguiendo á Marca y
 á Oihenart, los cuales tratan de
Reyes duendes á los que se nombran
 de Navarra á los principios de la

A. de C. 845. "pérdida de España. No tienen ra-
 zón, como casi lo convence el insig-
 nificante P. Moret descubriendo á sus Re-
 yes con tantas señas de realidad y
 existencia, que (como dice un cé-
 lebre escritor moderno) *no es posi-
 ble llamarlos invisibles y duendes si-
 no echándose polvo á los ojos.* Sobre
 las buenas razones en que se funda,
 tiene á su favor á Morales, Garibay,
 Yepes, Sandoval y Mariana, con el
 voto de otros gravísimos escritores
 que reconocen varios Reyes de Na-
 varra antes de Iñigo Arista. Y es
 despreciable la cavilacion con que
 los injuria Marca en su historia de
 Bearne (lib. 2. cap. 2.) sin mas fun-
 damento que su antojo , diciendo
 han inventado estos Reyes anterio-
 res solo por negar á un frances,
 cual supone haber sido Iñigo Arista,
 la gloria de dar Reyes á Navarra.
 ¡ Despropósito de Marca ! y pase el
 equivoquillo.

¿ Quién le dijo á Marca que Iñi-
 go Arista habia sido frances ? Esto es
 lo primero que se niega, ó á lo me-

nos eso es lo que se disputa mucho. ¿Ó Señor, que fue conde de Bigorre! ¿Y por dónde se prueba? Porque el arzobispo don Rodrigo unas veces le llama conde de *Bigorriæ*, otras de *Bigorciæ*, y otra de *Bigorriæ*. ¿Y por qué no se podrá entender eso del condado de Baigorri en la baja Navarra, como lo entiende Oihenart, que antiguamente se llamaba *Biguria*, *Frigur* y *Baigore*, como consta de instrumentos, ó de Biguria en la Merindad de Estela, como lo entiende el célebre don Martin de Azpilcueta, siguiendo á don Garci Eugui, obispo de Bayona, y á don Cárlos, príncipe de Viana? ¿A qué fin habian de ir los navarros cuatro jornadas de su casa á buscar Rey que los gobernase cuando tenian dentro de ella tantos que pudiesen hacerlo?

Responde el P. Duchesne que no le buscaron ellos, sino que se les dió el emperador Ludovico Pio, porque la distancia le estorbaba el defenderlos. ¿Y cómo se compone esto

A. de C. 845. "con lo que afirma el P. Orleans
 " (lib. 1. de la historia de las revolucio-
 " nes de España, pág. 103), que *vién-*
 " *ndose los navarros espuestos á las*
 " *excursiones de los sarracenos, resol-*
 " *viéron elegir un Rey:: y que de co-*
 " *mun acuerdo escogiéron á Iñigo Aris-*
 " *ta?* Si ellos le eligieron, ¿cómo se
 " les dió el emperador Ludovico? Y
 " si estuvo en su mano escoger á
 " quien quisiesen, ¿por dónde es ve-
 " risimil que lo fuesen á buscar á la
 " Gascuña cuando habia tantos en
 " Navarra?

"La misma parcialidad nacional
 " que reina visiblemente en la segu-
 " ridad con que se venden estas noti-
 " cias, se descubre en el estudio con
 " que se disminuye la famosa derrota
 " de Roncesvalles, fuese justa ó injus-
 " ta, de que ahora prescindimos. Di-
 " ce nuestro historiador que esta se
 " redujo á que los montañeses navar-
 " ros deshiciéron la retaguardia del
 " ejército de Cárlos Magno al pasar
 " por los Pirineos cuando se retiraba á
 " Francia. Lo mismo dicen poco mas

no menos los otros escritores france- A. de C.
 ses. Pero si se lee á Engenarto ó Egi- 845.
 nardo, que se halló presente no solo
 como secretario de Cárlos Magno,
 sino como uno de los tres oficia-
 les generales que mandaban la van-
 guardia, se hallará que la batalla se
 redujo á la total ruina, destrozo y
 matanza de toda la retaguardia del
 inmenso ejército del Emperador, en
 que no dejaron los navarros hom-
 bre á vida, habiendo muerto mu-
 chos de los principales y mas valien-
 tes soldados del ejército frances, de
 los cuales nombra á algunos el mis-
 mo Eginardo, quedando todo el ba-
 gage en poder de los navarros. A
 vista de esto es de admirar que el
 P. José de Orleans diga con la ma-
 yor satisfaccion que *por confesion del*
 mismo Eginardo no sucedió en aque-
 lla faccion cosa considerable. Pero
 causa mayor admiracion que el P.
 Mariana afirme con igual seguridad
 que Eginardo no habló palabra de
 esta batalla en la vida de Cárlos
 Magno; y supuesto este silencio pa-

A. de C. 845. "sa á responder al argumento que se
 "podia tomar de él para negar ó la
 "funcion ó la derrota. Eginardo dice
 "tanto, que ninguno dice mas; y á es-
 "tos dos escritores les sucede lo que
 "há muchos cuando no recurren á las
 "fuentes originales, que suelen equi-
 "vocarse en lo que citan, porque se
 "fian demasiado en lo que leen."

RAMIRO I Y ORDOÑO I.

*Los moros por Ramiro (fue el prime-
 ro)*

*Dando Santiago brios á su acero,
 Vencidos una vez junto á Logroño,
 Segunda vez lo fuéron por Ordoño.*

Aunque el rey don Alfonso el casto tenia muy presentes en la memoria y en el agradecimiento los favores que habia debido á Veremundo; sin embargo, cuando escogió por sucesor suyo á su hijo, tuvo menos respetos á las obligaciones del padre que á los méritos del mismo hijo. Y aun protestó al tiempo de proponerle para

la corona, que si entre sus vasallos A. de C.
845. conociera alguno que fuese mas digno de ella, le hubiera preferido al hijo de su bienhechor; breve espresion que en pocas palabras comprendia el mayor elogio del mérito de Ramiro. Apenas ocupó el trono, cuando Abderramen, rey de Córdoba, tuvo atrevimiento para requerirle con el tributo que se dice pactado por Mauregato, y aun con los réditos correspondientes al reinado de su predecesor; pero Ramiro respondió al requerimiento con el desembarazo que correspondia á un héroe cristiano, que marchó prontamente á castigar la insolencia del Rey moro.

Hallábase este prevenido, no solo para defenderse, sino para obrar ofensivamente en el caso que preveia de que Ramiro se negase á la paga del tributo. Buscábanse recíprocamente los dos ejércitos, y este era el medio de encontrarse para llegar á una accion que fuese decisiva. Con efecto se avisáron en las cercanías de Logroño, ciudad situada sobre la orilla del Ebro.

A. de C.
845.

Trabóse la batalla al amanecer, y duró el combate todo el día con igual destrozo y carnicería de una y otra parte, sin que se divirtiese el cuidado á examinar quien perdía ó quien ganaba, porque toda la atención se la llevaba el empeño de no ceder. Finalmente, el cansancio, el hambre, la sed, y sobre todo la noche separaron á los dos ejércitos, retirándose uno y otro, no como quien había acabado, sino como quien dejaba pendiente la disputa. Hiciéron revista los cristianos de la gente que había quedado, y reconociendo entonces la gran pérdida que habían padecido, creyeron que el valor degeneraría en temeridad si volvían al combate con fuerzas tan disminuidas, y resolvieron colocar la seguridad de la fuga á favor de las tinieblas. Mientras se hacía la revista el Rey se había arrojado en una cama, menos á descansar de la fatiga del día, que á consultar con su corazón sus cuidados y la resolución que había de tomar en lance de tanto empeño. Cogióle el sueño á los primeros pasos de

la consulta, y le pareció que veía al apóstol Santiago, que le hablaba al corazon y al gusto de su valor con estas palabras: „Pon tu confianza en

A. de C.
845.

„Dios, y vuelve mañana al combate, „que seguramente vencerás; porque „el cielo está declarado á tu favor.”

Despertó gustosamente preocupado de las ideas de un sueño tan apacible, y sintió su corazon poseido de un esfuerzo tan noble, que aun le desconocia su grande espíritu. Comunicó el sueño á las tropas, y con el sueño les comunicó tambien su mismo aliento, tanto que impacientes los soldados comenzaron á clamar que los llevase luego al enemigo. Con dificultad pudo contener el ímpetu de la tropa para disponerla en órden de batalla. Estaba aun tan dudoso el dia, que apenas se distinguia el campo de los moros, cuando los cristianos se dejaron caer sobre ellos impetuosamente, gritando: *Santiago, Santiago, cierra á España* (señal de acometer que desde entonces quedó establecida, á manera de inspirada, en los ejércitos es-

A. de C. pañoles.) Atónitos los moros á vista
845. de un espectáculo que no esperaban, aunque les duró algun tiempo el asombro, no fue tanto que no acudiesen luego á las armas, defendiéndose como valientes, y aun como desesperados; pero advirtiéndolo que los venian cargando y cogiendo por los costados, fuéron retrocediendo las alas hácia el centro del ejército; y le pusieron en tanta confusion y desórden, que declarada en fuga la resistencia, se convirtió la batalla en carnicería. Quedaron en el campo sesenta mil bárbaros, y pereció una gran multitud en el alcance.

A esta famosa victoria se siguió la toma de Calahorra, de Albelda y de otras fortalezas de los sarracenos; pero Ramiro reconociendo lo que debia al Dios de los ejércitos y á la intercesion poderosa del Apóstol, no se contentó con manifestarse agradecido toda la vida, sino que perpetuó las señales de su religioso reconocimiento al patron de las Españas en el célebre privilegio de los votos. Los genera-

les mas diestros saben bien que la felicidad de los sucesos no está menos pendiente de la contingencia de los acasos, que del acierto de las providencias, y que no en vano se apellida Dios el señor de los ejércitos. El capitán que manda con cordura, de tal manera ha de colocar su principal confianza en la Providencia divina, que no omita medio alguno de aquellos que se sujetan al arbitrio de la humana.

Libróse el Rey de Asturias de un peligro, y se vió empeñado en otro. Los normandos, llamados así porque habitan el país mas al norte, ó mas septentrional de la Europa, cubrían en aquel tiempo los mares de occidente con un número prodigioso de embarcaciones, poniendo toda su gloria en hacer desembarcos, robar los lugares de la costa, y enriquecerse con los despojos. Despues de haber asolado las costas de Francia, desembarcáron en las de Galicia en número de cien mil hombres. Voló Ramiro al socorro, y supo cubrir con tanto acierto

A. de C.
851.

el reino de Galicia por los puestos en que distribuyó sus tropas, que rechazados en todas partes los normandos, y siempre con escarmiento, perdiendo las esperanzas de poder robar en aquel reino, volviéron, no sin diligencia apresurada, á ocupar sus navíos; y enderezando las proas hácia la marina de los moros, la arrasaron toda desde Lisboa, tirando por la costa meridional, hasta mas allá de Granada. Tres veces opusieron los moros todas sus fuerzas principales á esta tempestad de salteadores, y otras tantas perdiéron tres batallas; con que la expedicion de Ramiro aun fue mas gloriosa por el mal que causó á los africanos, que por el bien que hizo á los gallegos; habiendo sucedido esta expedicion en el sexto y último año de su reinado.

Ordoño I, hijo y sucesor de Ramiro, tampoco gozó el trono con tranquilidad y sosiego, porque mal escarmentados los moros con los repetidos golpes que habian padecido, pretendieron recobrar en tiempo del hijo las

plazas que habian perdido en el reino del padre. Esperaron junto al mismo Logroño al ejército cristiano, confiados en que volverian á cobrar la honra en el mismo campo que habia sido teatro de su afrenta; pero en aquel mismo campo de batalla, siempre ominoso á las lunas africanas, fuéron otra vez deshechos por Ordoño, que les obligó á volver las espaldas con ignominia acelerada. A. de C.
851.

Pudo Ordoño aprovecharse de la victoria tomando diferentes plazas; pero tuvo por mas conveniente abatir el orgullo del Rey de Córdoba, el mas formidable enemigo que tenian los cristianos, valiéndose de una ocasion que le pareció muy oportuna. Muza, godo de origen, y mahometano de profesion, habia tomado las armas contra Mahomad hijo de Abderamen segundo, y se habia apoderado de Toledo, Zaragoza, Huesca, Tudela, y de los lugares dependientes de estas plazas. A Muza sucedió su hijo Lopez, no menos en los estados, que en el odio al Rey de Cór-

- A. de C. doba, y para llevarle adelante convi-
 851. dó á Ordoño con una liga ofensiva y
 defensiva contra Mahomad, su ene-
 migo comun. Aceptó Ordoño el par-
 tido, y envió sus mejores tropas co-
 mo ausiliares de Lopez. Sitiólos el
 Rey de Córdoba dentro de Toledo, y
 en una salida que hiciéron los sitiados,
 atraidos de cierto ardid de los sitiado-
 862. res, pereciéron casi todos los prime-
 ros: con cuyo golpe quedó el Rey de
 Asturias sin fuerzas para emprender
 cosa de importancia en lo restante de
 su reinado, que apenas pasó de once
 años.

NOTA DEL TRADUCTOR.

„Supone el P. Duchesne, que
 „don Ramiro fue hijo de aquel don
 „veremundo, que habiendo usur-
 „pado primero la corona, conocien-
 „do despues la justicia, la colocó ge-
 „nerosamente en las sienes de don
 „Alfonso el *casto*, legítimo herede-
 „ro de ella; pero padece una equi-
 „vocacion que no se puede disimu-

lar; porque á ser así, no corriera, A. de C.
 como corre hasta nuestros Reyes la 862.
 sangre de don Pelayo: punto de
 genealogía, que se comenzó á con-
 trovertir desde el tiempo de Mora-
 les. Esta equivocacion se deshará
 trasladando aquí la genealogía que
 trae el excelentísimo Mondéjar en
 la advertencia 187, que es como se
 sigue:

Hubo dos Bermudos: el primero fue hijo de don Fruela, hermano del rey don Alfonso el católico; y de este don Bermudo pensó Morales, y despues Duchesne, que era hijo don Ramiro; y así es muy bien claro hubiera faltado la sangre de don Pelayo en don Ramiro y Reyes siguientes, porque descenderian del hermano de un yerno de don Pelayo, que no tenia con él parentesco alguno de consanguinidad. Pero este Bermudo, hijo del príncipe don Fruela, y sobrino de don Alfonso el católico, no tuvo hijo alguno. El segundo Bermudo es biznieto de don Alfonso el católico, que de su muger Ermesenda, hija de don

A. de C. 862. *Pelayo, tuvo al rey don Fruela I; este don Fruela I tuvo dos hijos, á don Alfonso el casto y al infante don Fruela. Don Alfonso el casto no tuvo hijo: su hermano don Fruela tuvo por hijo al príncipe don Ramiro; por donde se ve que va corriendo la sangre de don Pelayo en nuestros Reyes,*

ALFONSO III EL MAGNO.

*Siguió Alfonso tercero su fortuna;
Menguó en su tiempo la africana luna,
Del moro su cuchilla
Fue terror en los campos de Castilla;
Pero le hizo la dicha, siempre escasa,
Un gran rey y un mal padre de su casa.*

Alfonso tercero, hijo primogénito de Ordoño, á los catorce años de su edad subió al trono, acompañado de todas las prendas de héroe, y todas las hubo menester para conservarse en él. Pareciendo á los moros que seria tan tierno en el valor como en los

años, al segundo de su reinado le A. de C.
 declararon la guerra, y abrieron la 864.
 campaña por el sitio de Leon; pero
 conocieron muy á su costa que el
 espíritu no se mide por la edad; por-
 que atacándolos Alfonso en su mismo
 campo, forzó sus trincheras, les obli-
 gó á levantar el sitio, y los fue reti-
 rando hasta que los dejó encerrados
 en sus tierras. Nueve años despues se 873.
 volvió á encender la guerra, y engrosa-
 do el ejército de Alfonso con un con-
 siderable refuerzo de franceses y de
 vizcainos (*), entró por el reino
 de Córdoba llevándolo todo á fuego
 y sangre, y enriqueciendo su ejér-
 cito con los despojos de los infieles.
 Tomaron á su cuenta los moros de
 Toledo la venganza de los de Córdo-
 ba, y penetraron hasta el rio Duero;
 pero Alfonso los cogió desprevenidos
 junto á Orbigo, y los derrotó con
 pérdida de doce mil hombres. Dejó-
 se despues caer sobre el ejército de

(*) No fueron vizcainos sino navarros
 los que se unieron con los franceses.

A. de C. Córdoba, que venia á reforzar al de
 873. Toledo, y le desbarató tan del todo, que no hubo quien llevase la noticia de la derrota, porque diez hombres solos que quedáron con vida, fuéron hechos prisioneros. En la tercera guerra que tuvo con los moros ganó tres batallas, y dilató considerablemente la orilla á sus estados, retirando las fronteras por la parte de Galicia hasta las márgenes del Tajo con la toma de Coimbra; y por la parte de Castilla, hasta Segovia con las conquistas de Simancas y de Dueñas, dos fortalezas en las cercanías de Valladolid. A estas grandes hazañas, y no á la adulacion, debió Alfonso el merecido título de *magno*.

Habia tenido el valiente Bernardo del Carpio no poca parte en las victorias del Rey de Leon, y le pareció que sus servicios eran acreedores á pedir, como de justicia, la libertad de su padre, que en el reinado precedente se le habia denegado por gracia. Era ya porfia mas que amor paterno el empeño de conseguir esta

libertad. Erró el medio de solicitarla, A. de C.
873. porque se valió de la altivez, cuando habia de echar mano de la sumision; y así se negó segunda vez á su altanería lo que quizá desde la primera se hubiera concedido á sus servicios; porque nunca es lícito al vasallo hablar á su Príncipe en tono de ofendido; ni para las súplicas que se dirigen al trono, hay mas que una legítima senda, que es la del respeto seguido del rendimiento. Murió en la prision el conde de Saldaña, y su hijo Bernardo se retiró á Francia, donde acabó sus dias con muerte obscura, y con fama deslucida (*).

Alfonso el *magno*, que como rey 874. era mas que héroe, fue menos que hombre como padre de familias. Grande en la campaña, grande en un acampamento, y grande en una batalla, grande en un sitio, grande en una retirada, y grande en el gobierno

(*) Siempre se han de leer con desconfianza los hechos particulares de Bernardo del Carpio, aunque no se puede negar racionalmente su existencia.

A. de C. político del reino: solamente en el
874. doméstico y económico de la familia era pequeño. Su muger, sus hijos, sus hermanos, todos vivian descontentos y quejosos, sin que la historia nos declare las causas, contentándose con referirnos los efectos. Los cuatro hermanos de Alfonso, caminando de inteligencia oculta con la Reina tomaron las armas para colocar en el trono á don García, heredero presuntivo de la corona; pero como eran bisoños en el arte de la guerra, y trataban con un soldado envejecido en las campañas, fuéron rotos y desarmados, perdiendo los ojos y la libertad en pena de su delito. No bastó á deshacer la conjuracion la severidad de este castigo; antes sirvió á la irritacion lo que debiera conducir al escarmiento. Armóse don García descubiertamente contra su padre; pero anduvo en este la prevencion tan anticipada, que logró prenderle antes que pudiese inquietar el reino, y le encerró en una torre con buenas guardas.

Estas providencias del rigor corta-

ban de pronto algunas ramas de la conspiracion; pero brotaban al punto otros renuevos, porque se quedaba intacta la raiz, que pedia ser tratada con alguna condescendencia; pero no se acomodaba á ella la entereza del Rey, que juzgaba indecentes á su autoridad todos aquellos medios que podian tener apariencias de flaqueza. Como estaba acostumbrado á hacerse obedecer de ejércitos armados, tenia por desaire que se atreviesen á no respetarle los de su familia, sin hacerse cargo que los vasallos de inferior esfera así como miran al trono desde mayor distancia, así estan mas lejos de perderle el respeto; cuando los que le tratan de cerca, y mas con presuncion de herederos, hacen costumbre la familiaridad, y no se acomodan tanto al miedo como á la veneracion y al cariño. A que se añade que los Príncipes crecidos pocas veces se dejan sujetar de la severidad, y rara vez dejan de rendirse á la condescendencia y á la confianza. Esta verdad la experimentó el Rey muy á su costa;

A. de C. porque irritado don Ordoño, su se-
874. gundo hijo, del tratamiento que se
hacia á su hermano, salió á la defen-
sa de su causa, y tomó las armas,
ausiliado del conde de Castilla, sue-
gro del príncipe don García. Era la
Reina la que cansada del gobierno de
su marido, sin saberse la razon de su
disgusto, habia ocultamente inquieta-
do á los hijos contra el padre; pero
siendo muger de profundo disimulo,
al mismo tiempo que atizaba la con-
juracion secretamente, era la que en
público levantaba mas el grito, pon-
derando el atrevimiento de los hijos.
Con este artificio supo conservarse to-
da la confianza del Rey y del conse-
jo, aprovechándose de ella para pre-
venir con tiempo á los Príncipes de
todas las resoluciones que se tomaban
así en la córte como en el campo de
su padre; y acreditándose de mejor
madre que Reina, con un proceder
tan ageno de lo que debia al tálamo
910. y al reino, pudo lograr fácilmente
que en dos batallas campales fuese
vencido de sus hijos aquel grande he-

roe, que en todas las de su vida ha-
bia sido glorioso vencedor de sus ma-
yores enemigos; poniéndole en preci-
sion de que cediese la corona, ó por
necesidad, ó por despecho, en su hi-
jo don García. Escogió Alfonso para
retirarse á la ciudad de Zamora, co-
nocida antiguamente por el nombre
de *Séntica*; porque habiéndola reedi-
ficado y aumentado de fortificaciones,
la miraba con aquel cariño con que
los inventores ó los artífices suelen
mirar las obras propias. Su genio mar-
cial le tenia mal hallado con la ocio-
sidad de aquel retiro, y así pidió á
su hijo le permitiese el consuelo de
hacer todavía una campaña contra los
sarracenos: proposicion bien delicada,
no pudiendo ser admitida sin el grave
riesgo de que se volviese á armar un
Rey retirado, con sobradas señales de
ofendido. Sin embargo fue aproba-
da en el consejo, donde por esta vez
pudo menos la razon de estado que
la buena fe y los respetos que se de-
bian á un Rey padre. Entró por las
tierras de los moros con tanta felici-

A. de C. 910. dad, que despues de haber arruinado las poblaciones y talado la campaña, se retiró cargado de gloria y de despojos á Zamora, donde poco despues de esta irrupcion pagó el comun tributo á la naturaleza, consolado con llevar hasta el sepulcro la venganza de los sarracenos. Fue Alfonso príncipe de gran valor, y de zelo no inferior de la disciplina eclesiástica, que adelantó mucho con la sombra de su autoridad, solicitando se congregasen frecuentes concilios nacionales y provinciales, en los que se establecieron cánones muy importantes para la reforma del clero; y no contentándose con promover la felicidad espiritual del estado eclesiástico, atendió tambien á la temporal, fundando á expensas del real erario una gran casa de refugio para los sacerdotes ancianos y pobres, á fin de que no peligrasen en la necesidad y en la vejez, ni la decencia ni el respeto que se debia á su estado.

GARCIA.

*Unido contra el padre en novecientos,
García y sus hermanos turbulentos,
El reino anticipar quiso á la suerte,
Y él con el reino se avanzó á la muerte.*

Dejó Alfonso el *grande* tres hijos, García, Ordoño y Froila ó Frue-la, que todos le siguiéron sucesivamente en la corona. Su delito fue el haber conspirado todos tres en quitar á su padre la corona, y su mayor desgracia consistió en haber conseguido sus intentos; porque prosperidades de los hijos contra los padres tienen sonido de dichas, y substancia de infortunios, siendo tan odiosos los principios, como funestos los fines. No se inquietáron los Infantes contra el Rey porque desaprobasen su gobierno, sino porque se les hacia pesada su duracion; celebraban sus aciertos, pero les

A. de C. 910. cansaban sus glorias, y su impaciencia fue la principal autora del extraordinario espectáculo que se representó en el teatro de España, donde se vió á un gran Rey derribado del trono por sus hijos; y á un hijo, que desde la prision subió al trono de donde arrojó á su padre.

915. No se puede negar que García tenía todas aquellas prendas de que se fabricaban los Reyes grandes; pero sin embargo, ¿quién le juzgará digno de aquel cetro que le arrancó de las manos de un padre que le empuñaba con tanta dignidad? Y con todo eso los aciertos de su gobierno casi borraron de la memoria de los vasallos la torpeza de su delito. Pero Dios, que jamas deja sin castigo los atrevimientos de los hijos contra aquellos de quienes recibieron el sér, inmediatamente tomó de su cuenta el de don García, y al cabo de tres años le privó de la corona y de la vida. Príncipe de grandes esperanzas, cuyas flores se marchitaron antes de llegar los frutos que prometian, muriendo al volver

de una expedicion gloriosa con sentimiento universal de todo el reino. A. de C. 915.

Los hombres de bien igualmente lloraron su principio que su fin, y hubieran deseado que no comenzase á reinar tan presto, y que acabase mas tarde.

ORDOÑO II.

Ordoño, desgraciado en cuanto emprende,

Cuanto mas oprimido, mas se enciende;

Perdiéron al rigor de su fiereza

Los condes de Castilla la cabeza.

Alcanzó á Ordoño la maldicion del cielo como á su hermano don García, porque le acompañó en el delito de tomar las armas contra su padre don Alfonso. No emprendió accion en que no fuese desgraciado; y siendo capitan de igual valor que prudencia, se reconocia que era castigo y no desacierto la infelicidad de los sucesos. Pasó á socorrer con un poderoso ejército á don Sancho Abarca, rey de Navarra, á quien habia declarado

- A. de C. 915. la guerra Almanzor, rey de Córdoba; y así el ejército de Navarra como el de Castilla fueron enteramente derrotados en la famosa batalla de Junquera, una de las mas sangrientas, y de las mas desgraciadas para los cristianos que habian visto jamas los campos españoles. Esta pérdida fue tan considerable, que nunca pudo Ordoño recobrase de ella, siguiéndose despues las de todas las conquistas que habian costado tanto sudor al grande Alfonso.
- 921.

No fue menos desgraciado en el gabinete que en la campaña, ni mejoraron las resoluciones del consejo los infortunios de la guerra. Con menos razon que cólera, ó con mas aprehension que fundamento se llenó de zelos y desconfianzas de los condes de Castilla, y llamándolos á Leon, que acababa de hacer córte y capital del reino, con pretexto de conferir con ellos negocios de importancia, los mandó degollar dentro de su mismo palacio, sin hacerles causa, ni observar otra figura de proceso. Crueldad que

por la substancia y por el modo encendió contra el Rey la indignacion de los vasallos, y ocasionó la desmembracion de la corona de Castilla, que desde entonces quedó separada de la de Leon. A. de C.
921.

Nada en fin se lograba entre las manos de este Príncipe, á quien la misma corona penetraba con las espigas mas de lo que antes le habia deslumbrado con su aparente resplandor. En diez años que la llevó sobre la cabeza no se vió libre de revoluciones, de congojas y desgracias. 923.

NOTA DEL TRADUCTOR.

«No se sabe en qué principios se funda el P. Duchesne para exagerar tanto las desgracias de don Ordoño. El obispo Sampiro, á quien cita y sigue don Diego de Saavedra con el comun de nuestros historiadores, le supone un Príncipe tan valeroso como afortunado, émulo de las glorias de su padre. No solo no perdió lo que este habia conquista-

«Córdoba, padeciéron mucho los A. de C.
 «cristianos; pero es incierto que 923.
 «aquella jornada hubiese sido tan in-
 «feliz como la pondera el P. Duches-
 «ne; pues si no quedó neutral la vic-
 «toria, quedáron por lo menos bien
 «escarmentados los infieles; y porque
 «no quedase dudosa su reputacion,
 «volviendo inmediatamente á juntar
 «sus fuerzas los Príncipes coligados,
 «entráron por tierras de moros, ocu-
 «pando muchos pueblos y castillos en
 «la Rioja, en la qual en otra entrada
 «que hizo solo don Ordoño se apo-
 «deró de la ciudad de Nájera. Algo
 «manchó este Príncipe su fama con
 «la muerte de los condes de Castilla
 «Nuño Fernandez, don Diego Por-
 «celos, Fernan Anzules, y Almondar
 «el blanco; pero tuvo la disculpa de
 «que se atravesáron zelos de la co-
 «rona y calumnias de los envidiosos;
 «y si hubiera disimulado la odiosidad
 «de esta accion, ó haciendo causa á
 «los condes, ó publicando algun ma-
 «nifiesto para instruir á los pueblos
 «de sus verdaderos ó figurados deli-

A. de C. 923. "tos, quizá pareceria justicia ó necesidad de la razon de estado lo que "tuvo tantos visos de violencia. En el "vasallo siempre es falta de respeto "el pedirla; pero en el Soberano rara "vez deja de ser cordura la diligencia "ó la benignidad de anticiparla."

FROILA Ó FRUELA II.

*Castilla sin tardanza,
 Medita y ejecuta su venganza:
 Y aunque á Froila en el trono le consiente,
 Ella se hizo condado independiente,
 Y al gran Gonzalo (¡arrojo temerario!)
 Proclamó por su conde hereditario.*

Fruela, tercer hijo de Alfonso el grande, y cómplice en el delito de sus hermanos, espermentó igualmente la desgracia de su fortuna. Quien no habia hecho escrúpulo de quitar á su padre la corona para colocarla en las sienes de un hermano suyo, menos escrupulizaria en quitársela á un sobri-

no para trasladarla á las suyas propias. A. de C.
923.
 Pero la gozó poco tiempo; porque cubriéndose luego de una asquerosa lepra, no sobrevivió á la usurpacion mas que catorce meses, y esos entre dolores, congojas y abatimientos: acreditándose con ejemplos repetidos en los tres hijos de don Alfonso la máxima del Espíritu Santo: *El hijo que* Prov. 19.
contrista á su padre será desgraciado.
 No es prudencia en los padres apurar el sufrimiento á los hijos; pero nunca es lícito á los hijos tomar satisfaccion de los descuidos ó de los descaciertos de los padres.

Añadiósele al postrado Fruela el disgusto de ver desmembrar del reino de Leon el condado de Castilla, sin tener espíritu ni fuerzas para estorbarlo. Indignados los castellanos por la muerte violenta de los condes, se apartáron de la obediencia que debian á los Reyes de Leon; y declarándose por la libertad y por la independencia, aclamáron por conde hereditario de Castilla á don Gonzalo Nuñez, cuyas hazañas y prendas le merecié-

A. de C. ron con el tiempo el título de *gran-*
923. *de*, siendo fundador de la soberanía
de los estados de Castilla: á cuyas le-
yes se redujo despues el reino de
Leon; y al cabo todos los demas que
componen la monarquía española. Era
don Gonzalo hijo de Diego Porce-
los, caballero aleman, que habien-
do venido á servir de voluntario á los
Reyes de Leon en las guerras contra
los moros, se habia avecindado en
Castilla, cuyo condado se dividia del
reino de Leon por el rio Pisuerga,
que teniendo su origen muy inmediato
al Ebro, corre de norte á sur, has-
ta que se mezclan sus aguas con las del
Duero.

*Entonces fue cuando Pelayo, niño,
Mártir de la pureza, ilustró al Miño.*

Lo que mas affigia á la sazón los
compasivos corazones de todos los es-
pañoles, era que de resulta de la infe-
liz jornada de Junquera habian queda-
do prisioneros y cautivos en poder de
moros innumerables cristianos, cu-

yos tristes lamentos, aunque formados en la profunda obscuridad de las mazmorras, los percibian á larga distancia los oídos de la compasion, en los cuales resonaba tambien con mucha lástima el ruido de las cadenas. Y aumentaba el dolor hasta lo sumo la consideracion de que hallándose el reino sin fuerzas, y el Rey sin espíritu, no habia esperanza de que aquellos miserables cobrasen la libertad, cerradas todas las puertas al rescate de su dura esclavitud. Solamente el obispo de Tuy pudo lograr la libertad pagando de pronto una parte del rescate en que se habia concertado con Almanzor, y dejándole en rehenes de lo que faltaba á su sobrino Pelayo. Era de trece á catorce años, criado desde niño en los principios de una sólida piedad, contribuyendo á ella aun menos los consejos que los ejemplos del tio: jóven de tan singular belleza, que por precision habia de quedar cercado de peligros entre una nacion que no hacia diferencia de sexos para los desórdenes del apetito. El rey bárbaro Al-

A. de C. 923. manzor quedó mas cautivo de la hermosura de Pelayo, que Pelayo lo estaba de su bárbara crueldad. No perdonó á medio alguno para rendirle á su pasion: caricias, halagos, amenazas, promesas, de todo se valió para vencer la constancia de Pelayo; pero sus diligencias solo sirviéron de multiplicar palmas á la pureza de aquel ángel, y de llenar de horrores aquel tierno corazon. Esta resistencia encendió en furiosa cólera el del bárbaro Almanzor, que al punto mandó fuese cruelmente atenaceado el santo niño; pero Pelayo, á quien horrorizaban menos las tenazas encendidas que la inflamada brutal lascivia del tirano, sufrió hasta la muerte aquel inhumano tormento con tan heróica constancia, que le mereció un lugar muy elevado en el catálogo de los Santos mártires, y dejó este modelo á la pureza de la juventud cristiana con un ejemplo mas de los grandes frutos que producen las semillas de la virtud sembradas á tiempo en los corazones de la tierna edad.

NOTA DEL TRADUCTOR.

A. de C.
923.

«El nimio cuidado de la brevedad hace omitir al P. Duchesne noticias muy substanciales, que parece debieran apuntarse sin faltar á las leyes del compendio. Tal es la creacion de los dos jueces de Castilla Lain Calvo y Nuño Rasura, que la gobernáron muchos años antes que se erigiese en condado independiente. Por muerte de los dos gobernó tambien con título de juez Gonzalo Nuñez, hijo de Nuño Rasura, y no de Diego Porcelos, como lo supone nuestro autor. Ni la soberanía de los estados de Castilla se fundó en tiempo de Gonzalo, sino en el de su hijo Fernan Gonzalez, á quien los castellanos rindiéron la obediencia, restituyéndole el título de *conde*. Y este gran suceso no aconteció en el reinado de don Fruela, sino en el de don Ramiro el II.»

A. de C.
923.

ALFONSO IV EL MONGE,
Y RAMIRO II.

*Alfonso cuarto el monge fue llamado,
No por virtud, por vicio retirado;
Mas Ramiro segundo
De sucesos gloriosos llenó al mundo:
Los rebeldes rendidos,
Los sediciosos siempre reprimidos;
Y en Osma y en Simancas los infieles
Cubrieron sus anales de laureles.*

925.

Alfonso IV, hijo de Ordoño, y sobrino de don Fruela, fue un monarca original en su especie. Era su vicio dominante la inacción, y débanos la decencia que no se le da el nombre propio de poltronería. Apoderóse de él con tanto extremo, que por vivir con mas libertad y sin el menor cuidado que estorbaba su sosiego, no solo huía las funciones, sino que aborrecía hasta los mismos respetos que se debían á la magestad. A ninguno se abría el palacio sino á los que venían á entretenerle; á todos los demas se

les respondia que el Rey estaba en oracion. No era devoto, queria parecerlo, no por hipocresía, sino porque no encontraba sobrescrito mas decente para disimular su ociosidad. Pero como no era posible evitar todas las ocasiones de parecer Rey, una sola en que fuese preciso representar la dignidad, le obligaba á mirar el cetro como carga intolerable. Y persuadido á que le seria mas fácil hallar la vergonzosa felicidad á que le inclinaba su genio en el retiro de un claustro que en el bullicio del trono, se resolvió á hacerse monge con tanta determinacion, que apenas pudieron conseguir de él sus mas estrechos privados, que suspendiese esta resolucion tan extraordinaria, por lo menos hasta cumplir el segundo año de su reinado. Antes de retirarse á la religion se figuraba en la idea á la vida religiosa como el centro de un reposo inalterable, donde el monge, desviado enteramente del bullicio, vive totalmente dueño del tiempo y árbitro de sus acciones. Renunció pues la corona en su hermano don Ramiro

A. de C.
925.

927.

A. de C. con perjuicio de su mismo hijo Ordo-
927. ño, que todavía era niño; y dadas todas las providencias que tuvo por convenientes, se despidió del mundo; pero como el retiro era vicio, y no desengaño, presto se siguió el arrepentimiento, y experimentó los efectos de la inconstancia.

Era verdaderamente digno del trono el infante don Ramiro: y aunque subió á él sin contradicción, presto se le suscitaron inquietudes. Formáronse contra él tres partidos diferentes: uno en favor del Infante don Ordoño, hijo de Alfonso, y heredero legítimo de la corona: otro que favorecía á los hijos de don Fruela, inmediato antecesor de don Alfonso; y el tercero del mismo don Alfonso, que cansado del retiro, y haciendo razon de estado la inconstancia, quiso persuadir á los pueblos que le sacaba con violencia de la soledad el amor al bien comun; y dejando la cogulla, vistió la cota, empuñó la espada, y se encerró en Leon con ánimo de defender su arrepentimiento y su derecho. Sitióle Ramiro

en aquella córte ; y habiéndose hecho dueño de la plaza , mandó sacar los ojos á don Alfonso , y le volvió á enviar á su monasterio con menos luz y con mayor escarmiento. Allí murió dentro de pocos dias , que fuéron demasiados para sobrevivir á su desgracia. Menos tuvo que vencer en el partido de los hijos de don Fruela , porque solo con dejarse ver de los rebeldes , logró que dejasen caer las armas de las manos , fuese miedo ó fuese reverencia ; y mandando ejecutar en los tres Príncipes el mismo castigo que en don Alfonso , los envió sin ojos al monasterio de san Julian , no distante de la córte de Leon. Al infante don Ordoño le trató con mayor benignidad , así porque su partido se desvaneció sin resistencia , como porque la inocencia de sus años ó del todo le eximian , ó en gran parte disculpaban el delito. No pudo el hijo quejarse de don Ramiro ; pero al padre no le faltaba razon para sentir su rigor , viéndose tratado con tanta aspereza por un hermano en quien habia re-

A. de C.
927.

nunciado voluntariamente la corona.

Desembarazado el Rey de Leon de las inquietudes domésticas, pudo convertir sus armas victoriosas contra los infieles, dando principio á las hostilidades con una entrada que hizo en tierra de moros hasta las mismas puertas de Madrid. Quemada esta poblacion con otras muchas comarcas, se restituyó á su córte cargado de despojos africanos. Los moros de su parte resolvieron reparar en la mejor forma posible los daños que habian padecido, y usando de represalias, penetraron hasta las márgenes del Duero por tierras de Castilla. No se hallaba con fuerzas el conde don Gonzalo para reprimir su insolencia; porque como no rezelaba esta invasion, tenia empleadas las suyas en socorro del Rey de Navarra, y no eran bastantes las que le habian quedado para oponerlas sin temeridad al poder de los agarenos. Acudió al Rey de Leon, implorando su asistencia en defensa de la causa comun; y solo tardó el socorro lo que tardó en llegar el ruego.

Voló Ramiro á la defensa del conde, A. de C.
927.
y unido el ejército de Leon á las tropas de Castilla, alcanzáron á los enemigos junto á Osma, donde presentada la batalla por los cristianos, y aceptada por los moros, se trabó una funcion muy sangrienta, en que fuéron los infieles derrotados, quedando los mas muertos, muchos prisioneros, algunos pocos fugitivos, todo el bagage en poder de los cristianos, los cautivos restituidos á la libertad, y desembarazados los estados de Castilla de las lunas africanas. Desde allí se dejáron caer los dos invictos generales sobre el reino de Aragon y ciudad de Zaragoza, de la cual se hubieran apoderado si el Rey moro que la gobernaba no se hubiera anticipado á capitular con sumisiones de rendido, ofreciéndose por perpetuo tributario de los Reyes de Leon.

Fue astucia en el moro el que pareció rendimiento, con el cual solo tiró á ganar tiempo, y á salir, como se dice, del dia. Apenas se retiró el ejército cristiano, cuando tocó la

A. de C. caja, levantó tropas, se coligó con 927. Almanzor, rey de Córdoba, sacudió el yugo, y declaró la guerra. Tembló toda la cristiandad española cuando vió unidas contra sí las fuerzas de los dos mayores Monarcas africanos. Atravesáron por toda Castilla, talando, destruyendo y abrasando cuanto se les ponía delante. Esperaba Ramiro al conde don Gonzalo con sus tropas para hacer frente al enemigo, que ya habia penetrado hasta Simancas; pero viendo que el conde se detenía, y que el enemigo se avanzaba, resolvió tentar fortuna y oponerse á los dos Reyes moros con solas sus fuerzas, teniendo por menor el peligro dudoso que el riesgo presente; y sonándole menor la culpa de temerario que la reputacion de detenido, atacó á los bárbaros con tanta resolucion y en tan buen órden, que al primer choque consiguió romperlos, á la segunda descarga desbaratarlos, y al cabo logró que acabase en fuga y en carnicería la que cómenzó batalla: tanto, que los his-

toridores antiguos mas templados reducen á treinta mil el número de los muertos: otros le doblan; y no falta quien le aumente hasta setenta mil; pero estos últimos comprehenden en este número los muchos que perecieron en el alcance, y otro destacamento de infieles que fue sorprendido en una funcion que se siguió inmediatamente á la batalla de Simancas; y sucedió de esta manera.

A. de C.
927.

Viendo los dos Reyes derrotado y desordenado su ejército, procuraron juntar y rehacer las reliquias deramadas, y formando un grueso no despreciable, se iban retirando con menos desunion, pero no con menos celeridad hácia sus tierras, descomponiendo la ordenanza de los escuadrones todo aquello que se añadía á la violencia de las marchas. Supo el conde de Castilla el miedo y el desorden con que se iba retirando el enemigo, y tambien tuvo noticia cierta del camino que seguia; y procurando ganarle algunas marchas, le alcanzó cuando este le suponía muy distante; y

A. de C.
927.

arrojándose sobre él, cogiéndole de repente, y envolviéndole en su misma turbacion, pasó á cuchillo aquella cobarde tropa, escapándose apenas los que bastaban para llevar á su pais la noticia de sus desgracias. Animados los cristianos con la felicidad continuada de sus armas, persiguiéron sin descanso al enemigo; pero nada contribuyó tanto á fijar el clavo á la rueda de la fortuna como el dichoso enlace de Ramiro y de Gonzalo, unidos primero en intereses, y despues en sangre por el matrimonio del infante don Ordoño, hijo de don Ramiro, con doña Urraca, hija del conde Gonzalo; y como la union da mayor fuerza al impulso, fuéron mayores los triunfos que desde allí adelante consiguieron de los sarracenos estos dos príncipes. Deshízolos Ramiro junto á Salamanca; y revolviendo despues con sus armas victoriosas sobre el reino de Toledo, fue estrago de la campaña, y ruina de las poblaciones, hasta penetrar delante de Talavera, donde se abrió camino con la espada por medio

de un ejército numeroso de turbantes A. de C.
927.
que cubria la plaza y el pais, dejando doce mil en el campo, y llevándose consigo siete mil cautivos ó prisioneros. Reconociendo que la continua dicha de sus armas venia derivada de la piedad con que influia en ellas el Dios de los ejércitos, pasó á rendirle gracias, visitando de camino las reliquias de los Santos protectores del reino en la catedral de Oviedo, sagrada urna donde estan depositados tantos pedazos de cielo. Allí le alcanzó la última enfermedad, y fortalecido con los santos sacramentos, descansó en paz de una vida que habia sido dos veces milicia sobre la tierra.

NOTA DEL TRADUCTOR.

„Supone nuestro autor que el
„rey don Ramiro mandó sacar los
„ojos á su hermano don Alfonso el
„monge luego que se apoderó de
„Leon, y que le envió escarmenta-
„do y sin vista á su monasterio de

A. de C. 927. "Sahagun. Pero tiene contra sí en estas dos circunstancias á nuestros mejores historiadores, que no hallando razon para desamparar la relacion del obispo Sampiro, convienen en que Ramiro se contentó con dejar por entonces asegurado en una torre de Leon á don Alfonso, hasta que volvió de la expedicion de Asturias; donde habiéndose apoderado de los hijos de don Fruela, los trajo prisioneros á Leon, y en un mismo dia privó de la vista al tio y á los sobrinos, enviándolos á todos no al monasterio de Sahagun, sino al de san Julian, donde dos años despues murió don Alfonso el monge, añadiendo al desengaño todo lo que habia perdido de luz.

"Tambien omite en la famosa batalla de Simancas la milagrosa circunstancia que tanto celebran nuestras historias, de haberse aparecido en el aire dos caballeros sobre caballos blancos, ejecutando estragos y destrozos en los bárbaros, que unos creyeron ser dos ángeles, y

«Otros se persuadiéron ser el apóstol A. de C.
 «Santiago y san Millan de la Cogulla, de quien era muy devoto el 927.
 «rey don Ramiro. Ni hace mencion
 «el P. Duchesne de haber sido uno
 «de los prisioneros en la batalla de Si-
 «mancas Abenayn, rey moro de Za-
 «ragoza: circunstancia de tanto bul-
 «to, que no puede ser disculpable su
 «omision por ninguna de las leyes
 «del compendio. Asimismo padece
 «equivocacion nuestro autor cuan-
 «do afirma que falleció en Oviedo
 «don Ramiro, siendo cierto que ha-
 «biendo experimentado muy que-
 «brantada su salud luego que llegó á
 «aquella ciudad, por consejo de los
 «médicos se restituyó á Leon, don-
 «de murió, y fue sepultado en la igle-
 «sia de san Salvador, que él mismo
 «habia edificado, siendo fundador de
 «aquel religioso convento. Final-
 «mente equivoca el P. Duchesne el
 «nombre del conde de Gonzalo Nu-
 «ñez con el de Fernan Gonzalo el
 «grande, que fue el que llamó al
 «rey don Ramiro.»

A. de C.

952.

ORDOÑO III Y SANCHO EL CRASO.

*Siguiéronle, aunque con desigual paso,
 Sus dos hijos Ordoño y Sancho el craso;
 De san Estéban de Gormaz el día
 Llenó á Ordoño de gozo y alegría;
 Pero de la victoria
 Solo Gonzalo mereció la gloria;
 Y la de Hasiñas este español Marte
 La logró sin tener D. Sancho parte.*

Dejó Ramiro dos hijos, Ordoño y Sancho, que por su excesiva corpulencia fue apellidado el *craso*. Este disputó la corona á su hermano mayor, ó pretendió á lo menos desposeerle de ella, y supo vestir su ambiciosa pretension con tales coloridos, que logró se declarasen en su favor el Rey de Navarra y el conde de Castilla. Pero conociendo Ordoño que no bastaban sus fuerzas para hacer resistencia á tantos enemigos conjurados, determinó dejarles libre la campaña, y encerrarse en una plaza bien fortificada. Viniéron á sitiarse; y

él se defendió con tanto valor, que cansó la paciencia de los sitiadores, obligándolos á retirarse á sus estados, para atender á la defensa de su casa, dejando á Ordoño dueño de la propia.

A. de C.
952.

El conde Fernan Gonzalez dió la vuelta á Castilla en ocasion muy oportuna; porque Almanzor, rey de Córdoba, habia enviado contra él un formidable ejército compuesto de ochenta mil combatientes: fuerzas tan superiores á las castellanas, que aunque el conde echase todo el resto á los esfuerzos de su poder, solo le tenia para poner en campaña un ejército la mitad menos numeroso que el del Rey moro. En esta afliccion se encerró en una capilla ó ermita que estaba cerca del campo, colocando toda su esperanza en la proteccion del cielo; y aun no habia alentado en la oracion el último suspiro, cuando se acercó á él el ermitaño devoto que tenia á su cargo el culto y el aseo de aquel piadoso lugar, y en tono de inspirado le ofreció de parte de Dios una completa victoria. Animado con esta con-

A. de C. fianza, y sintiendo en el pecho un li-
952. nage de seguridad que daba nuevo peso á la promesa del ermitaño venerable, salió de la ermita, alentó á la tropa, formó en batalla su campo, presentósele al enemigo, aceptóla el moro, y consiguió el conde una victoria completa. Agradecido al Dios de los ejércitos, no esperó á que se pasase tiempo entre el beneficio, y el reconocimiento; porque haciendo una fiel division de los despojos del enemigo, aplicó la mitad de ellos á la fundacion de un monasterio, escogiendo sitio acomodado á pocos pasos de la ermita, y le eligió por entierro de sus huesos, continuando ó escondiendo entre las cenizas frias el fuego de su gratitud contra las injurias del tiempo.

Este suceso llenó á los moros de mayor confusion que abatimiento, viéndose destruidos por fuerzas tan inferiores á las suyas; y apresurando su orgullo las prevenciones del des-pique, pusieron en campo un ejército mucho mas numeroso que el primero. Asustado el conde con la

noticia de las formidables prevencio- A. de C.
 nes que hacian los infieles , se recon- 952.
 cilió con el Rey de Leon , consiguió
 de él un poderoso socorro , púsose á la
 frente de las tropas de Leon y de Cas-
 tilla , buscó al enemigo , atacóle en
 las cercanías de san Estéban de Gor-
 maz , y derrotóle tambien en esta se-
 gunda accion , dejando cubiertas de
 cadáveres las espaciosas campiñas que
 se estienden desde san Estéban á Os-
 ma. Llenó á Ordoño de gozo la no-
 ticia de este feliz suceso ; y cuando se
 disponia para aprovecharse de él , le
 asaltó en Zamora una enfermedad, 956.
 que en pocos dias le trasladó desde la
 cama á la sepultura.

Era á la sazón de menor edad su
 hijo Veremundo ; y valiéndose de la
 ocasion Sancho el *craso* , se apoderó
 del trono ; pero un Ordoño , hijo de
 Alfonso el *monge* , le derribó presto
 de él. Acudió Sancho al Rey moro
 de Córdoba mendigando sus socor-
 ros ; y volviendo á entrar en el rei-
 no de Leon á la frente de un ejército
 de africanos , forzó á Ordoño á refu-

A. de C. 956. giarse en el pais de los africanos mismos. No se sabe con certeza las condiciones con que los moros concedieron á Sancho un ejército para tiranizar segunda vez el trono que habia usurpado á Veremundo; pero si es lícito conjeturarlas por los sucesos, parece que pactó con ellos, que en reconocimiento á este servicio les haria espaldas para que se apoderasen del condado de Castilla; porque apenas se halló Sancho en pacífica posesion de su tiranizada corona, cuando el Rey de Córdoba se dejó caer sobre los estados de Castilla con un formidable ejército, sin que el Rey de Leon hiciese el mas leve movimiento para socorrerla; antes bien prosiguió siempre en tan amigable correspondencia con los infieles, que no acertó á disimular el disgusto con que miraba que se les hubiese escapado de entre las manos la conquista de Castilla.

Entendióse el Conde con su valor y con sus fuerzas para sostener solo el peso de esta guerra, la mas crítica que hasta entonces se le habia

ofrecido ; pero no pudo juntar mas A. de C.
que quince mil infantes , y cuatro- 956.
cientos y cincuenta caballos : número
tan desigual que apenas hacia la sexta
parte del ejército enemigo. No obs-
tante tomó la valerosa resolución de ir
á atacarle , juzgando que si le deja-
ba dueño de la campaña , presto lo
seria tambien de todos sus estados. Al
pasar por aquella ermita cuyo ermi-
taño , que se llamaba Pelayo , le habia
pronosticado la victoria precedente,
supo , no sin grave dolor suyo , que
aquel buen hombre habia pasado á
mejor vida. Túvolo por agüero casi
ominoso de la batalla que estaba re-
suelto á dar ; y sin embargo entró en
la capilla para implorar el socorro
del Dios de los ejércitos , á quien hi-
zo oracion sobre el sepulcro de Pela-
yo. Apenas la concluyó , cuando sin-
tió dentro del corazon un nuevo alien-
to , y dentro del alma una nueva con-
fianza , á la cual se asomaba la victo-
ria como entre luces de presagio , que
casi se atrevia á presumir de profecía.
Con esta buena disposicion alcanzó á

A. de C. su gente, llevando el valor en el pe-
956. cho, el aliento en las palabras, y ves-
tido el semblante de gozo y de espe-
ranza. El soldado que en semejantes
coyunturas primero mira á la cara del
general que á la del enemigo, ob-
servando el aire y la alegría que se
dejaba ver en la del conde, desde
luego hizo un feliz pronóstico del su-
ceso. Dióse la batalla cerca de una
desconocida aldea llamada Hasiñas; y
dicen que duró el empeño de la ac-
cion tres dias enteros; no porque des-
de los principios dejasen los moros
de experimentar contraria la suerte de
la guerra, sino porque podia con ellos
menos la desgracia que el empacho de
declararse vencidos de unas fuerzas
tan desiguales, que por mas que se
disminuyesen las suyas, siempre que-
daban excesivamente superiores. En
fin, al segundo acometimiento, en
que se renovó la viveza del combate,
quedáron tan derrotados, que cediendo
á los nuestros la victoria, se entre-
gáron á la fuga, y el castellano si-
guió por ocho leguas el alcance, du-

rando por todo aquel espacio de terreno la mortandad del enemigo, que era mas destrozo que pelea. O en la funcion ó en la fuga pereció casi todo el ejército de los infieles: de suerte, que se cuenta esta victoria por una de las mas memorables que consiguieron los cristianos de las lunas africanas; y el conde Fernan Gonzalez recibió solemnes diputaciones de todas las ciudades y provincias, congratulándose con él por la felicidad de sus armas; y haciendo todas empeño de distinguirse en las espresiones de reconocimiento y de alegría.

A. de C.
956.

958.

Procuró el Rey de Leon disimular el disgusto y los zelos que le causaban los prósperos sucesos y la gloria del conde de Castilla; y le despachó una magnífica embajada llena de grandes cumplimientos, y convidándole al mismo tiempo á una asistencia de una junta general de los estados, en que decia se habia de tratar una empresa muy importante contra los africanos. Estaba el conde bien informado de la estrecha corresponden-

A. de C.
958.

cia que habia entre don Sancho y el Rey moro de Córdoba; y aunque rezeló que á espaldas de aquel artificioso convite se le disponia algun oculto lazo, no quiso negarse á él, así por no desconfiar al Rey de Leon, como por quitar todo pretexto de que se atribuyese á la falta de su asistencia el perjuicio de la causa comun de los cristianos. Concurrió pues á la junta; pero tan bien acompañado, que desarmó por entonces la intencion alevo-
sa de don Sancho, el cual dilató para mejor ocasion lo que en aquella no podia emprender sin temeridad. Hallábase el conde viudo; y el Rey de Leon, de inteligencia con el rey de Navarra don García, le propuso la boda con su hermana doña Sancha, infanta de Navarra, ponderándole las conveniencias que produciria así á la cristiandad como á su casa esta alianza. Admitió el conde la proposicion, y poco tiempo despues tomó la vuelta de Pamplona para efectuar la boda: y como no tenia el menor motivo para rezelarse de don García, solo lle-

vó consigo una córte bizarra que sirviese á la ostentacion, y no á la defensa; con que le fue fácil al navarro apoderarse del conde, y asegurarle en una estrecha prision. El amor y la indignacion de la infanta doña Sancha, halláron medio para libertarle de ella; y habiéndole seguido hasta Burgos, se consumó en aquella ciudad un matrimonio, en que ya el reconocimiento disputaba preferencias á la inclinacion y á la ternura. Furioso el Rey de Navarra de que se le hubiese escapado la victoria que tenia destinada para hacer un sacrificio á su envidia y á la del Rey de Leon, como si el conde le hubiera hecho algun agravio en dejar burlada su perfidia, añadiendo á la alevosía la injusticia, le declaró la guerra, y marchó contra él con todas sus fuerzas: presentóle la batalla, aceptóla el conde, perdióla el navarro, y por justa disposicion de la divina Providencia quedó el mismo don García su prisionero. Trece meses lloró perdida su libertad entre las paredes de una fortaleza; y al cabo de ellos

A. de C.
958.

debió la vida, la libertad y la corona á los ruegos de su hermana y á la bondad de su cuñado, en cuyo generoso corazon duraban poco las impresiones que estampaba la venganza; porque luego entraba á borrarlas el impulso mas natural de la clemencia.

No desistió de sus indecentes intentos el Rey de Leon por ver segunda vez desmontadas sus ocultas baterías. Como no habia jugado descubiertamente en las del Rey de Navarra, juzgó que no seria dificultoso persuadir al conde á que pasase segunda vez á Leon con el especioso pretexto del bien comun. El conde conoció el lazo, y con todo eso cayó en él. Desconfiando del leonés menos de lo que debiera, y confiando en su escolta mas de lo que fuera razon, entró en Leon, y se halló cogido en las redes de su mayor enemigo, tanto mas pernicioso, cuanto mas disimulado. No desconfió la fineza y la industria de la condesa doña Sancha de sacar segunda vez á su marido del trabajo en que le habia precipitado su honradez y su candor.

En vez de desperdiciar inútilmente lágrimas y tiempo en llorar la alevosa prision de su adorado conde, gastó las horas en aconsejarse serenamente con su corazon y con su ingenio para libertarle de ella. Fingió una peregrinacion á Santiago de Galicia, pasó por Leon, obtuvo licencia del Rey para ver á su querido esposo; y habiéndole persuadido, no sin gran dificultad, que trocarse con ella los vestidos, quedándose prisionera la condesa misma, logró escaparse de la prision y de los dominios del leonés por medio de los caballos que á este efecto dejaba prevenidos. Quedó estrañamente sorprendido el rey don Sancho cuando llegó á entender que en lugar del conde tenia en la torre á la condesa; y neutral por largo tiempo entre dos afectos, dudaba si castigaria la accion como atrevimiento contra la magestad, ó si la celebraria como invencion artificiosa del amor. Al fin prevaleció este segundo afecto; y acordándose que habia nacido caballero antes que Rey, y teniendo tambien presente que la condesa do-

A. de C. ña Sancha era su tia, resolvió imitar-
 958. la en la generosidad de corazon, esforzándose á borrar con la nobleza de esta accion la torpeza de la primera. No solo puso en libertad á la condesa, sino que encareciendo con los mayores elogios su industria, su valor y su amorosa pasion por su marido, la hizo conducir con aparato de triunfo hasta la córte de Burgos. Pocas mugeres casadas ha conocido el mundo mas dignas de aquella suprema honra

Prov. con que las califica el Espiritu santo:
 19. *La nobleza y las riquezas son bienes de fortuna, que vienen derivados de la sangre; pero una muger prudente es con toda propiedad un don que dispensa inmediatamente la misma mano de Dios.*

Mientras los Reyes de Leon y de Navarra hacian en el teatro de España papeles tan indecorosos, los moros se estaban ensayando para mas trágicas representaciones. El mismo año que salió de la prision el conde don Fernando Gonzalez entráron los moros por tierras de Leon, destruyéron

muchos lugares, tuvieron por largo tiempo sitiada á la misma capital. Mu-
 rió el Rey de Navarra de enfermedad, el de Leon de veneno, y el conde
 de Castilla de dolor de ver sus estados en poder de los infieles, y sin
 fuerzas para defenderlos. Sepultóse con el conde la prosperidad de las ar-
 mas cristianas; y apoderándose de los Príncipes el espíritu de ambicion
 y de la envidia, volviéron sus espadas unos contra otros; tanto que faltó poco
 para que toda España volviese á gemir bajó el intolerable yugo de los sarra-
 cenos.

A. de C.
967.

RAMIRO III Y VEREMUNDO I.

*Ramiro y Veremundo las almenas
 Abriéron á las armas sarracenas,
 Cuando en guerra intestina encarniza-
 dos
 Hiciéron de los moros sus estados.*

Ramiro III, hijo de Sancho el
craso, y Veremundo el *gotoso*, hijo
 de Ordoño III, disputáron la corona

A. de C. de Leon, y encendiéron en una guerra
967. ra cruel á todo el reino. Abrasábase
al mismo tiempo la Castilla con las
facciones de las poderosas casas de *Velasco* y de *Busto*, tronco de los señores de Lara. Debilitada Navarra con las
perpetuas guerras en que se habia empenado contra Castilla, no se hallaba en estado de defenderse. Aprovechándose los moros de una situacion tan
triste, juntáron todas sus fuerzas, y atacáron á los cristianos con tanta felicidad, que se apoderáron de sus principales córtes. Barcelona, Pamplona, Burgos, Santiago, y hasta la misma cabeza del reino de Leon volvió á rendir la cerviz á la pesada coyunda de los africanos. En medio de estas funestas circunstancias murió Ramiro, y
985. le sucedió Veremundo en la corona de Leon cuando ya poseia la de Galicia. Derrotáron los infieles el ejército que juntó en su nuevo reino, y pasando á cuchillo á todos los que hicieron alguna resistencia, lleváron por esclavos á los demas que se rindiéron. Ya no restaban á los Príncipes cris-

tianos mas estados que rocas escarpadas, montañas inaccesibles, y vasallos fugitivos; y con todo eso el odio recíproco que se profesaban sobrevivía á su comun naufragio. Hallábanse sin tropas y sin dinero; pero su implacable furor encontraba armas para degollarse los unos á los otros: contento cada uno con perderlo todo con tal que pereciese su enemigo.

Era ya perdida la cristiandad de España, si la divina Providencia despues de haber castigado sus excesos no le hubiera facilitado su recobro por aquellos medios reservados, que solo se encuentran en el interminable fondo de sus archivos. Por una parte afligió los ejércitos sarracenos con una disenteria tan horrible, que apenas dejó un moro vivo en el pais de los cristianos. Por otra cortó con la guadaña de la muerte las cabezas enemigas en Leon, en Navarra y en Castilla, renovando aquellos tronos para reconciliarlos. En fin, abriéron los ojos los Príncipes cristianos, desnudáronse de los odios hereditarios, origen de

- A. de C. toda su desgracia, reconciliáronse entre sí, y se unieron por el interes comun. La discordia de los padres lo habia perdido todo, y todo lo volvió á ganar la buena inteligencia de los hijos. El año de novecientos noventa y ocho alcanzaron las armas católicas confederadas una gran victoria de las lunas africanas junto á Calatanazor en las fronteras de Leon y de Castilla. Al año siguiente volviéron á destrozar otro ejército poderoso de los mahometanos, y recobraron la mayor parte de las plazas que estos les habian usurpado. En este mismo año acabó sus dias Veremundo, y dejó la corona á su hijo don Alfonso.

SIGLO UNDÉCIMO.—1000.

ALFONSO V EL NOBLE,
Y VEREMUNDO II SU HIJO.

Reinaba Alfonso quinto, dicho el noble,

Cuando á Navarra la corona doble

Don Sancho el grande hacia:

A. de C.

A Aragon y Castilla ennoblecia,

999.

Pasando los condados

A ser reinos dos veces coronados;

Y en años no prolijos,

A cuatro reinos concedió cuatro hijos.

Alfonso el quinto, llamado el noble, por la proporcion hermosa de su cuerpo, y por la nobleza generosa de su ánimo, comenzó á reinar cuando apenas contaba cinco años. La falta de estos no le permitió hacer papel en la guerra que los cristianos continuáron contra los infieles con prósperos importantísimos sucesos, llevándose toda la gloria el rey de Navarra don Sancho el grande, el conde de Castilla Sancho García, y Raimundo primero, conde de Barcelona. Echáron estos príncipes á los bárbaros de los estados cristianos, reparáron las pérdidas, penetráron hasta sus tierras, y las saqueáron, justificando su proceder con el derecho de represalias. Los reinos de Córdoba y de Toledo fueron concedidos al saqueo y al pillage:

1000.

A. de C. 1000. recogióse todo el ganado que se pudo: fueron puestos en libertad los esclavos: franqueáronse las mazmórras, y se recobró todo el oro, toda la plata, y cuantas alhajas preciosas pudieron conducirse sin la contingencia de destrozarse. El efecto mas feliz que produjéron estos sucesos fue la desunion que ocasionáron entre los mismos moros. Negáron la obediencia al Rey de Córdoba muchos señores principales; y de cada una de las ciudades mas considerables se fabricó cada cual su reino y su corona independiente. No era fácil que resistiesen desunidos á los que no habian podido contener cuando estaban coligados: con que no pudiendo sostener la guerra, se halláron en la precision de comprar la paz á costa de vergonzosas y duras condiciones. En esta guerra se distinguió tanto el valor de don Sancho, rey de Navarra, que la repeticion de sus hazañas le mereció de justicia el título de *grande*.

Por este tiempo el rey de Leon don Alfonso concedió á su hermana

doña Teresa por esposa al Rey mo- A. de C.
ro de Toledo. ¡Estraña resolucion en 1000.
que pudo mas la razon de estado que
la de la religion y del ejemplo, resol-
viéndose á sacrificar la virtud y aun el
alma de una hermana al imaginario in-
teres de la corona! Pero la religiosa
Princesa se resistió constantemente á
repartir el lecho y el corazon con el
marido, mientras este no adorase á Je-
sucristo; y no queriendo Abdalla
(que así se llamaba el moro) ni mu-
dar de religion ni hacer violencia á la
Reina, se la restituyó á su hermano
con elogios muy encarecidos de su sin-
gular virtud; y esta Princesa pasó el
resto de sus días en Leon, llevando
hasta la sepultura los ejemplos de su
heróica piedad.

Todas las ventajas que logró Al-
fonso de una alianza tan estraña se
redujéron á que el Rey de Toledo se
conservó neutral, sin inquietarle en la
guerra que sostuvo el Rey de Leon
contra los moros de Portugal. Ya se
habian visto precisados los infieles á
reparar el Duero, y aun esperaba

A. de C. don Alfonso echarlos de la otra par-
1000. te del Tajo, á cuyo fin tenia sitiada á
Viseo para hacerla plaza de armas,
cuando en el mismo sitio recibió un
flechazo que le quitó la vida. Suce-
1027. dióle en el trono su hijo Veremundo
II, jóven de pocos años, y sin otros her-
manos que la infanta doña Sancha.

Don Sancho el *grande* de Navarra, príncipe dichoso en matrimonios, estaba casado con doña Nuña, heredera de Castilla; y habiendo tenido tres hijos en ella, á García, Fernando y Gonzalo, casó á Fernando con doña Sancha, heredera presuntiva de Leon, en cuyo enlace unia las coronas de Leon y de Castilla á la de Navarra que habia heredado de sus padres, y á la de Aragon que poseia por derecho de conquista. Antes que la corona de Leon pasase á la casa de Navarra se habia hecho aclamar el rey don Sancho con el título pomposo de *emperador*, el que con menos vanidad ó con mas apariencia de razon pudo dejar á sus sucesores si hubiera casado á su hijo primogénito

don García con la heredera de Leon, A. de C. así como casó á su segundo hijo el infante don Fernando. No faltan políticos que en este punto culpan mucho la advertencia de don Sancho; pero se irian con mas tiento en condenarle si hicieran reflexion á las razones que pudieron moverle á esta resolucion. 1027.

No ignoraba el Rey de Navarra que la division ó desmembramiento de los estados siempre habia sido funesto á los Príncipes y á los vasallos, pues tenia á la vista el ejemplar reciente de los moros, y á la puerta de casa el de Francia; pero contrapesaba estos inconvenientes con otros que le parecieron decisivos á favor de su resolucion. La division se hallaba en aquel tiempo autorizada con la costumbre, que á todos los hijos daba derecho á una porcion de los estados de su padre; y juzgó que seria acuerdo no menos odioso que arriesgado el establecer entonces una nueva ley en favor del primogénito; fuera de que era notoria injusticia el privar á los

A. de C. 1027. demas hermanos de los derechos que corrian por sus venas envueltos en la misma sangre. A esto se añadía la invencible oposicion que los mismos reinos forasteros que entraban en la casa de Navarra, harian al intento de unirlos en una sola monarquía: debiéndose suponer como cosa indubitable que tomarian las armas para resistirlo, y que ellos mismos se elegirian Reyes, buscándolos entre los hermanos menores, á quienes encontrarian mal dispuestos contra el hermano mayor, por el mismo hecho de verle aspirar á la monarquía universal. Finalmente, hacíale gran fuerza el ejemplo de los imperios antiguos y modernos, cuya desmesurada grandeza fue la causa mas eficaz y mas inmediata de su ruina; ni dejó de tener mucha parte en esta resolucion la memoria tierna de que era padre de todos sus hijos.

En fuerza de la impresion que le hicieron estas razones otorgó y publicó su testamento, por el cual declaraba á Castilla y Aragon por reinos independientes; y dejaba á su hijo

don García el de Navarra, á don Fernando, heredero presuntivo de Leon el de Castilla; el de Sobrarbe y Ribagorza á don Gonzalo; y el de Aragon á don Ramiro su hijo natural. Esta division de los estados dividió tambien los corazones de los hijos, armándose los hermanos contra los hermanos luego que murió el padre, que sobrevivió poco á la publicacion del testamento.

El que tenia menos derecho á la sucesion era don Ramiro; y no habiendo sido el menos atendido, se manifestó el mas quejoso. Si hubiera moderado su ambicion, hubiera mejorado su fortuna; mas por querer demasiado, lo perdió todo. Vínole devocion al Rey de Navarra de ir en peregrinacion á Roma; y aprovechando don Ramiro esta coyuntura para entrar en Navarra, se coligó con los moros contra su mismo hermano, intentando usurparle los estados antes que volviese á ellos. No pudo disponerse la empresa con toda la presteza que se habia imaginado don Ramiro; y dan-

A. de C. do lugar á que don García fuese in-
1027. formado con tiempo , dió la vuelta á Navarra con apresuracion: juntó sus fuerzas, deshizo las de Ramiro, echóle de Navarra, y despojóle de Aragon, obligándole á vivir como particular en los estados de Sobrarbe. Perdió justamente sus estados por la ambicion de dominar los agenos, y tenia mas razon para arrepentirse de su orgullo, que para quejarse de su desgracia. Aun fue mayor, aunque producida de un mismo principio, la del rey de Leon don Veremundo.

Despues de haber cedido á don Fernando, rey de Castilla, su cuñado, algunos territorios y provincias pertenecientes á sus estados, se volvió á apoderar de ellas, sin otra razon que la del poder y la violencia. Hallóse don Fernando en precision de defender sus derechos por la via de las armas; y empeñando á su hermano don García de Navarra en que le ayudase en una causa que tenia de su parte á la justicia; unidas las fuerzas navarras á las castellanas, entró por las provincias

usurpadas, y encontró á Veremundo A. de C.
 á la frente de un poderoso ejército 1027.
 en el valle de Tamara. Ya era necesi-
 dad fiar á los filos de la espada la deci-
 sion de la querella. Acometiéronse con
 furor los dos ejércitos, y perdió Vere-
 mundo la batalla, la vida, los estados
 invadidos, y la corona heredada: jus-
 to castigo de una usurpacion injusta:
 porque no es digno de que se le ten-
 ga lástima al que pierde lo que le to-
 ca, por quererse apoderar de lo que
 no le pertenece. 1037. Marchó Fernando de-
 rechamente á Leon con sus tropas vic-
 toriosas, y en aquella ciudad se hi-
 zo coronar por Rey en nombre de su
 muger doña Sancha. De esta manera
 se acabó en don Veremundo la se-
 gunda línea de los Reyes godos, que
 traía su origen de don Pelayo y de
 don Alfonso el *católico*.

Habia trabajado por espacio de
 trescientos y veinte años que ocupó
 el trono de Asturias en librar á Espa-
 ña del yugo de los sarracenos; y ape-
 nas habia recobrado en tan dilatado
 tiempo la mitad de lo que los moros

A. de C. ocupáron en tres años. Todavía se ha-
1037. llaban los bárbaros en posesion de las
provincias situadas hácia el mediodia
entre el Duero , el Ebro, el mar
Océano y Mediterráneo, como eran
las de Tortosa y Lérida en Cataluña,
y las de Zaragoza, Calahorra y Tu-
dela en Aragon. Las que se estien-
den entre el Duero y entre el Tajo
hacian entonces el teatro de la guer-
ra; perteneciendo unas veces á los
cristianos , y otras á los moros, se-
gun el vario suceso de las armas. En
esta disposicion encontró á España la
tercera línea de sus Reyes, derivada
inmediatamente de los Reyes de Na-
varra, y por origen de los condes de
Bigorre, señores franceses, de quie-
nes descendia Iñigo Arista, rey pri-
mero de Navarra, cuyo sucesor don
Sancho el *grande* dispuso que reca-
yesen en su hijo don Fernando las
coronas de Castilla y de Leon por
el casamiento con la infanta doña
Sancha.

El que leyere con reflexion la
historia de la segunda línea de los

Reyes godos se hallará neutral en A. de C.
tre dos afectos de admiracion, dirigi- 1037.
dos á objetos muy diferentes. No sa-
brá si debe admirarse mas de que los
Príncipes católicos no hubiesen des-
terrado de toda España á los moros,
despues de haber conseguido de ellos
unas victorias tan completas; ó al
contrario, de que los moros no hubie-
sen vuelto á apoderarse de toda Espa-
ña á vista de las fatales discordias y
cruelles guerras que reinaban entre
los Príncipes católicos; pero cesará la
admiracion, reflexionando que los
Príncipes cristianos en sus ambicio-
sas diferencias eran mas enemigos unos
de otros que de los infieles mismos:
atendian mas á destruirse recíproca-
mente, que á adelantar las conquistas
en el pais del enemigo comun. Por
otra parte los moros tenian el África
á las espaldas, de donde hacian venir
continuamente sin embarazo cuantas
reclutas y socorros habian menester
para reparar sus pérdidas; y finalmen-
te, elevando la consideracion á princi-
pios superiores, se debe atribuir tam-

A. de C. bien á secreta disposicion de la divina
 1037. Providencia, que atenta á formar en España un pueblo fiel, mantenía el azote en manos de los infieles, para reprimir el orgullo de los cristianos, castigando á un mismo tiempo sus excesos. Así lo practicó en otro tiempo con el escogido pueblo de los israelitas, *no queriendo esterminar las naciones idólatras que los afligian, para contenerlos en su deber, teniendo á la vista la amenaza, y teniendo sobre las espaldas el castigo.*

Si el furor de las discordias que reinaban entre los Príncipes cristianos no abrió segunda vez la puerta á los sarracenos para que volviesen á dominar á toda España; eso se debe atribuir á la visible proteccion del cielo, que se dejó tocar con las manos en la no menos furiosa division de los mismos Príncipes mahometanos: en las enfermedades contagiosas que asolaban sus ejércitos, cuando estaban para llevarlo todo á sangre y fuego; y en las milagrosas victorias que concedió á los cristianos, en las

cuales aventuraban el todo, casi sin A. de C.
esperanza de salvar nada. 1037.

NOTA DEL TRADUCTOR.

„Aunque parece quedaba bastan-
tamente prevenida la equivocacion
„que padece nuestro autor sobre lo
„que vuelve á repetir aquí acerca de
„Iñigo Arista, á quien supone fran-
„ces, y conde de Bigorre en la Gas-
„cuña, remitiéndonos á lo que de-
„jámos advertido en la nota al rei-
„nado de don Alfonso el *casto*, con
„todo eso, como el P. Duchesne ha-
„ce tanto estudio de insistir en que
„de este Iñigo Arista, frances, y
„conde de Bigorre, se deriva la ter-
„cera línea de nuestros Reyes por
„el casamiento de don Fernando,
„hijo de don Sancho el *grande* de
„Navarra, con la infanta doña San-
„cha heredera de las coronas de Cas-
„tilla y de Leon; ha parecido con-
„veniente volver tambien á moderar
„su satisfaccion con las advertencias
„siguientes.

1. "No es absolutamente cierto que en don Veremundo II se acabase la segunda línea de los Reyes godos que traia su origen de don Pelayo y de don Alfonso el *católico*; pues se continuó y se continúa hasta hoy por la línea de las hembras, como ya queda probado.

2. "Decir que la tercera línea de nuestros Reyes viene originariamente de los condes de Bigorre, y llamar Reyes franceses á los hijos de don Sancho el mayor, rey de Navarra, que dió Reyes á Leon, Castilla y Aragon, y á sus descendientes, necesita de mas fundamento que el que se alega, pues queda advertido que ni Iñigo Arista fue el primer rey de Navarra, ni es cierto que fuese conde de Bigorre en la Gascuña, sino mucho mas probable, y aun mucho mas verosímil lo contrario. Y para una aseveracion tan determinada y tan rotunda, puesta por título del libro con letras gordas, ó con caracteres abultados y sobresalientes, eran menes-

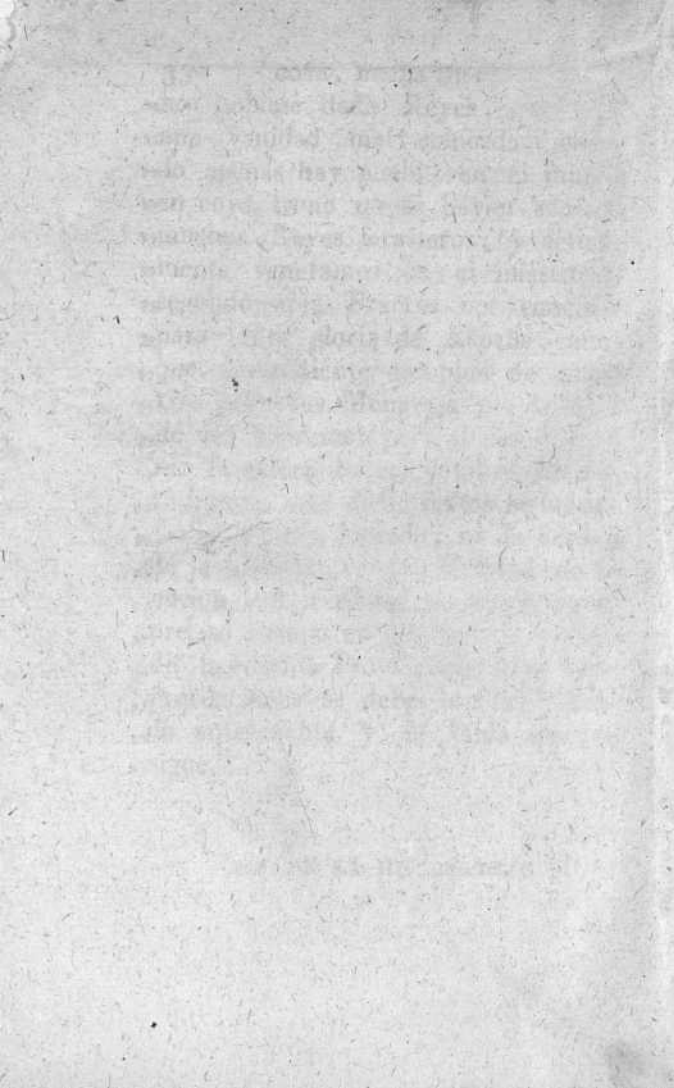
ter mayores fundamentos, los que ciertamente no hay.

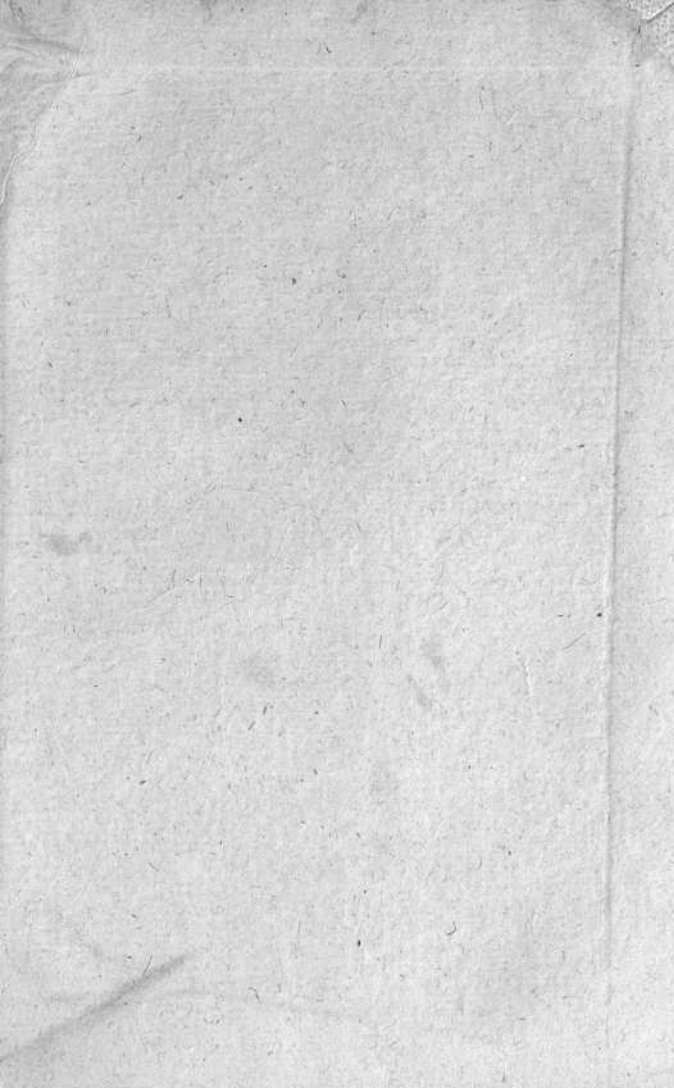
3. Aunque se conceda que Iñigo Arista era conde de Bigorre, es sabido que era gascon ó vascon de origen conocidamente español, y descendiente de los vascones que pasaron á Francia en tiempo de Leovigildo, y diéron tanto que hacer á los franceses, manteniendo gran correspondencia con los vascones de España, sus parientes, aliados y paisanos; y así esta raza de los Reyes de España, aun en esta consideracion mal fundada, tiene su primitivo conocido origen, no en Francia, sino en España. Y aunque se quiera permitir que los navarros eligiesen por su primer Rey á Iñigo Arista, eligieron á uno de su nacion, pariente suyo, descendiente de sus antepasados los valientes vascones, aunque acaso nacido al otro lado de los Pirineos; lo que tampoco está averiguado. No hemos hecho estas advertencias porque nos desdeñemos de que la Francia

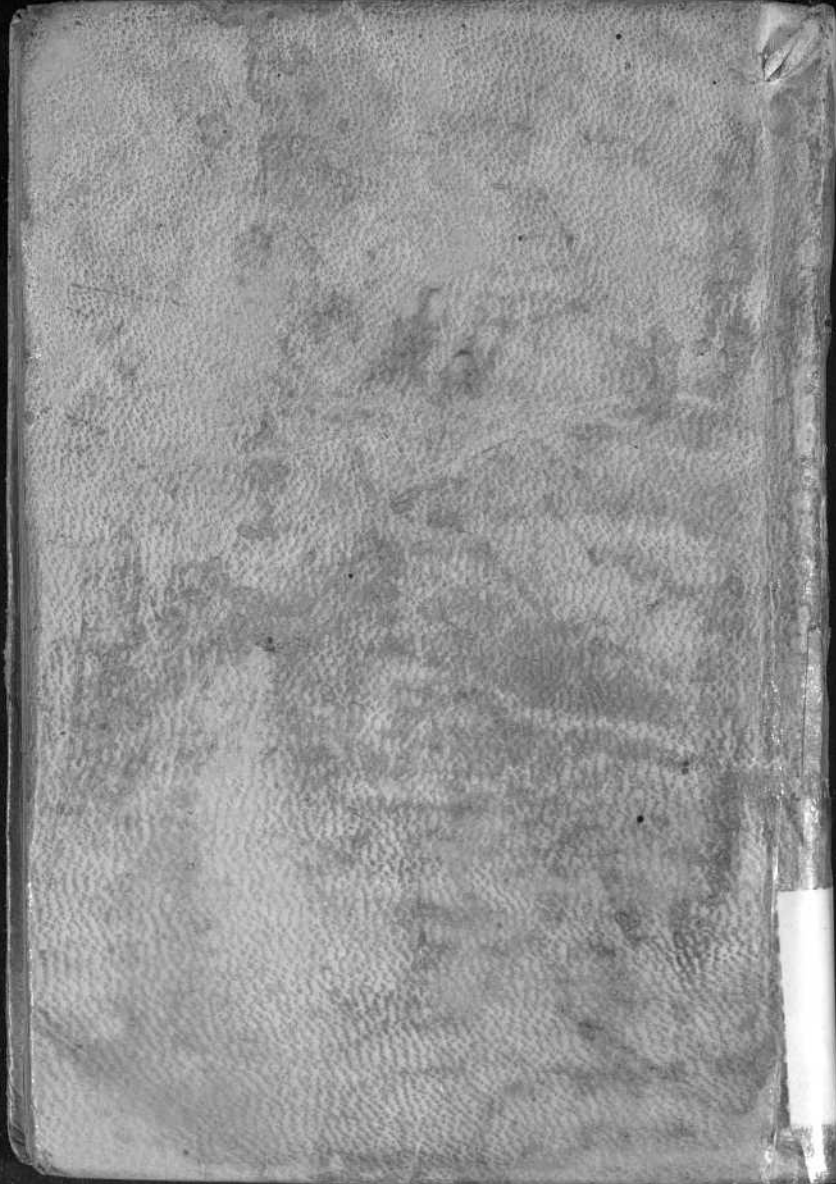
„nos hubiese dado Reyes, que seria
 „una vanidad mal colocada, cuan-
 „do apenas hay pueblo en el mundo
 „en cuyo trono no se hayan sentado
 „muchos Reyes forasteros; y actual-
 „mente veneramos en el nuestro al
 „segundo que Francia nos concedió
 „para tanta gloria de España, aun-
 „que descendiente tambien de nues-
 „tros primeros Monarcas por la línea
 „de las hembras; pero si los escrito-
 „res franceses hacen vanidad de an-
 „ticiparnos esta dicha tantos siglos an-
 „tes de haberla logrado; ni la verdad
 „de la historia, ni la seriedad de la
 „nacion sufren admitirla hasta aquel
 „preciso tiempo en que nos lo conce-
 „dió la divina Providencia. Con estas
 „prevenciones se debe leer el reina-
 „do antecedente y la tabla que se
 „sigue.”

FIN DE LA III. PARTE.









COMPENDIO

DE LA HISTORIA

DE ESPAÑA.

1.

164

D-1

2145